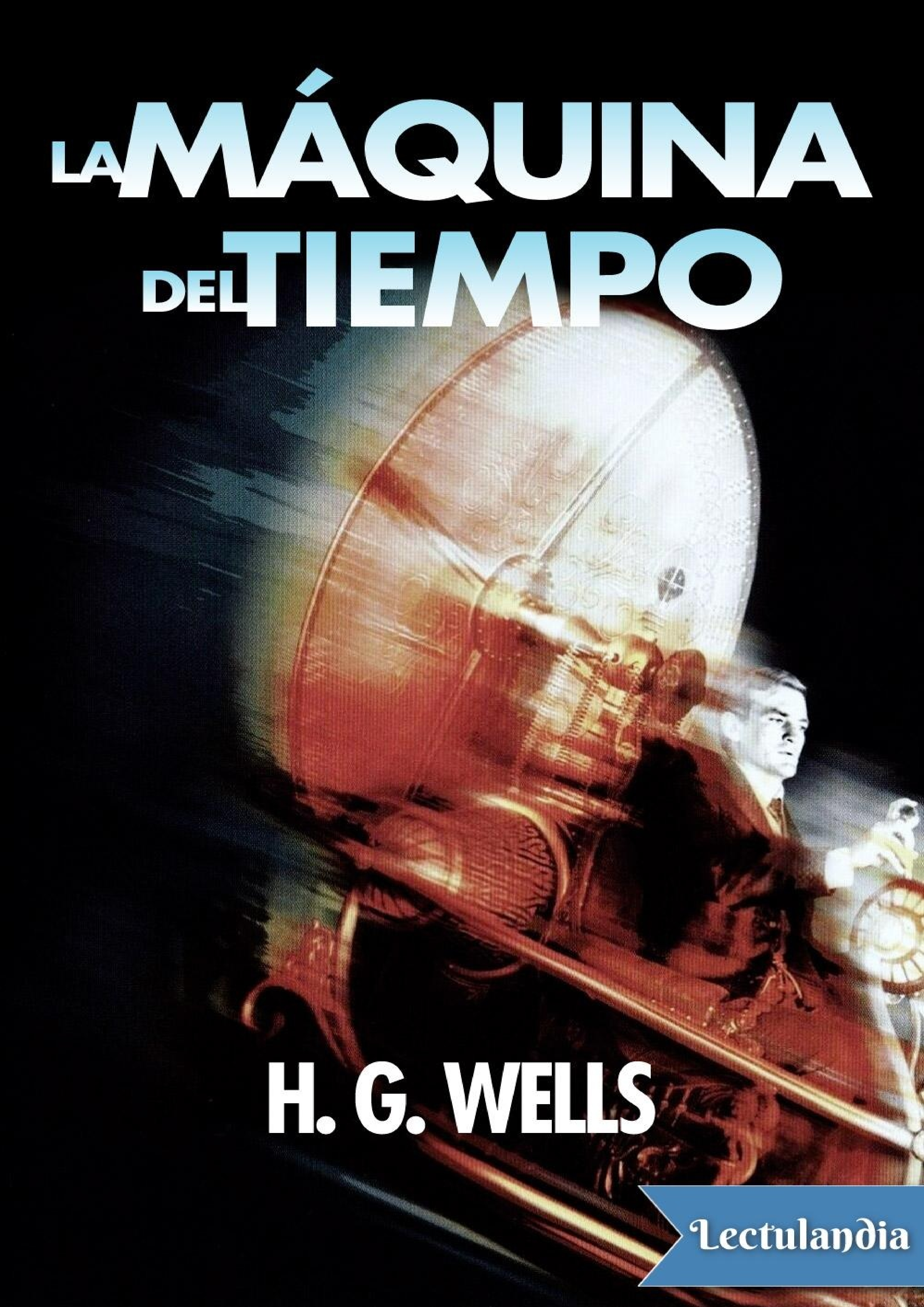


LA MÁQUINA DEL TIEMPO
H. G. WELLS
Lectulandia

Obra que se halla en los inicios de la novela de ciencia-ficción, La máquina del tiempo (1895) sigue conservando el mismo poder de fascinación y vigor narrativo que le valieron el éxito inmediato en el momento de su publicación. Afortunada síntesis de los conocimientos científicos del autor, del maquinismo que hacía furor en la época y de la visión escéptica de H.G. Wells (1866-1946) respecto al rumbo tomado por la sociedad que le tocó vivir, el relato un clásico describe un futuro inquietante en el que dos razas semibestiales, los eloi y los morlock, comparten en una peculiar simbiosis un planeta extraño y desolado sobre el que se han cernido catástrofes y transformaciones, pero en el que brilla aún, como tenue esperanza, un hálito de humanidad.

H. G. Wells

La máquina del tiempo

ePUB v1.0
Johan 03.06.11

Introducción a la literatura de ciencia-ficción

Consideraciones generales

La literatura de ciencia-ficción, de cuyos orígenes nos ocuparemos más adelante, ha alcanzado en pocos años un desarrollo notable, aunque secreto, que ha dado lugar a una industria cuyas cifras no dejan de ser sorprendentes.

Hay revistas americanas dedicadas al género, que conocen tiradas superiores a los cien mil ejemplares. Esto supone una cantidad asombrosa de lectores, que obliga necesariamente a replantearse el significado que puede tener la etiqueta de marginal aplicada a esta literatura. Y el significado que por lo general circula no es otro que aquel que identifica marginal con subgénero, dando a este último término un sentido peyorativo. De este modo, la literatura de ciencia-ficción, considerada como un subgénero de la «literatura culta», no podrá ser otra cosa que una literatura degradada; una mala literatura en definitiva.

El fin que se propone esta introducción consiste en utilizar de otro modo esa etiqueta, explicando el fenómeno e intentando rescatar de entre toda esa bazofia mal escrita y peor construida las numerosas excepciones que han dignificado el género a través del único camino posible: el de la calidad literaria.

El problema de los géneros marginales

El desprecio que tradicionalmente han mostrado los estudiosos por todo cuanto se refiere a los géneros marginales ha dado lugar a un desconocimiento crítico de los mismos, cuyas consecuencias, entre otras, han sido las siguientes:

La confusión

1ª La confusión, una confusión que por otra parte con frecuencia ha beneficiado a editores poco escrupulosos, que han podido vender bajo el rótulo de ciencia-ficción historias que nada tenían que ver con lo que los puristas del género llevan décadas defendiendo. Así, por ejemplo, las novelas de aventuras espaciales —o *Space opera*, de acuerdo con el término de Kingsley Amis—, que no son sino una trasposición de las novelas del Oeste, en las que el héroe ha cambiado el revólver por los láser y el caballo por la nave espacial.

El desorden

2ª Como reflejo de esa confusión temática, funciona un desorden de peores consecuencias, que se refiere a la calidad literaria. En efecto, la falta de un estudio crítico mínimamente sistematizado coloca al hipotético lector de ciencia-ficción en una situación indefensa y complicada a la hora de escoger, entre los miles de autores y de títulos, aquellos cuyas calidades formales estén más cuidadas. En otras palabras, el desconocimiento del género ha hecho posible la convivencia, dentro de las mismas colecciones, de autores rescatables junto a otros que no han escrito más que bazofia, amparados bajo el socorrido marbete de un género que ha sido rechazado globalmente por la literatura culta. Ésta labor, que consistiría en rescatar las excepciones, no ha sido hecha o se ha hecho demasiado tarde, en perjuicio de algunos magníficos escritores dedicados al cultivo de la ciencia-ficción.

Reacción crítica

3ª Finalmente, y como consecuencia de ese olvido culpable de la crítica, han aparecido numerosos estudios teóricos hechos desde dentro, por los mismos autores de ciencia-ficción, que tenían más de reacción agresiva ante el silencio de la crítica oficial que de sereno estudio sobre una clase de literatura que puede gustar o no, pero que en todo caso no debería ignorarse. La reducción a un gueto de cualquier manifestación cultural obliga a reaccionar violentamente a los integrantes de ese grupo. Y lo peor es que esa situación de grupo aislado suele estimular un tipo de defensas que conducen indefectiblemente a una exaltación casi religiosa de sus propios productos. Así, no es difícil encontrar afirmaciones tales como que la ciencia-ficción es la literatura propia de nuestra época, descalificando de un plumazo aquello que no encaje en sus límites, tan confusos por otra parte.

Todo esto no es nuevo. Le ha sucedido también a. la novela policíaca, cuyos autores rara vez se han visto incluidos en las historias de la literatura. Nadie duda, sin embargo, a estas alturas que entre los cultivadores de la novela policíaca ha habido y hay magníficos escritores. El reconocimiento, pues, ha llegado tarde, pero su venida ha significado una jerarquización en lo que atañe a la calidad literaria, que en la ciencia ficción está costando más trabajo, aunque se trata sin duda de un género más joven.

Los orígenes de la ciencia-ficción

Remontarse a los orígenes de cualquier manifestación cultural es siempre complicado, puesto que la actividad de los hombres es compleja. El deseo inmediato de colocar fechas, nombres, y otros datos que limiten el campo de estudio obedece con frecuencia al temor de hallarse en un laberinto sin salida y a la necesidad de

sistematizar, o de incluir en un proceso lógico, algo que a primera vista no comprendemos. En la literatura, como en otras artes e incluso en las ciencias, las clasificaciones guardan a veces más relación con la necesidad de instituir un método que con la disposición real del objeto en estudio. Toda nomenclatura (entendiendo el término como conjunto de palabras usadas en un campo determinado) es susceptible de ser mal utilizada, como todo bisturí en manos de un mal cirujano puede seccionar un miembro sano. De manera que procuraremos en este breve estudio utilizar los datos de que disponemos como herramientas más que como soportes de una apariencia histórica siempre cuestionable.

El hilo de Ariadna

Según la mitología, Ariadna, hija del rey Minos, dio a Teseo un hilo que le permitió salir del Laberinto de Creta después de dar muerte al Minotauro. *El hilo de Ariadna* ha quedado desde entonces como un conjunto de palabras que expresa el medio para salir de una dificultad.

La literatura de ciencia-ficción de que hoy disponemos, y considerando sólo la escrita en inglés, constituye por su cantidad, por su diversidad temática y por su desigual calidad literaria un laberinto de proporciones y dificultades semejantes al del rey Minos. Para salir de él, lo que significaría tanto como alcanzar su origen, no disponemos de un solo hilo, sino de multitud de señales y de pistas constituidas por diversos materiales (de orden sociológico, literario, religioso y científico) entre las que tendremos que elegir en función de los fines que se propone esta introducción.

Los niveles especulativos

La aclaración anterior tiene sentido, porque el terreno en el que nos vamos a mover es especialmente apto para toda clase de especulaciones, incluidas aquellas que colocan el origen de la literatura de ciencia-ficción en épocas remotas, confundiendo este fenómeno literario y social relativamente moderno con hechos sin explicar que pueden constituir en la actualidad una fuente temática del género, pero que no son el género en sí.

El interés por culturas y textos antiguos

Nos referimos, claro está, al interés que han despertado los descubrimientos iconográficos de algunas culturas antiguas, como la Maya, y que hacen suponer la existencia de culturas tecnológicamente avanzadas que pudieron haber desaparecido bajo los efectos de un desastre que algunos quieren comparar con lo que hoy sería una explosión nuclear. La tesis moral de esta interpretación es, por otra parte, uno de los temas recurrentes de la ciencia-ficción: la evolución tecnológica conduce inevitablemente a la auto-destrucción. Ya veremos más adelante cómo este género utópico (utópico en el sentido de que nos coloca en una situación inexistente por futura) suele ser más bien pesimista en relación con ese futuro al que parecen arrastrarnos las diferentes opciones científicas en curso.

También dentro de esta tendencia ligada a remontarse a épocas lejanas para seguir el hilo de lo que, insistimos, es un fenómeno moderno, hay quienes, no conformándose con la interpretación de los signos iconográficos en apoyo de sus tesis, utilizan textos antiguos, como la *Biblia*, alguna de cuyas partes hábilmente manipuladas podrían guardar relación con la temática del género.

Todo eso no es literatura de ciencia-ficción

Pero todo eso, como las aventuras espaciales, ya aludidas, o la mayoría de los relatos en torno a los *ovnis*, ni son ciencia-ficción ni se refieren al género al que hoy trataremos de acercarnos en sucesivas aproximaciones, evitando desde luego cualquier definición que, por amplia que fuese, no dejaría de ser reduccionista.

Nos enfrentamos aquí con un problema común a los géneros marginales. Y así como la novela policíaca ha sido obligada a convivir frecuentemente con la literatura de aventuras, fantástica o de terror, así también la novela de ciencia-ficción se confunde, entre el público no especializado, con temas tan de moda como la parapsicología, los *ovnis*, o la reciente tendencia a buscar en culturas casi extinguidas las respuestas a la angustia que proporcionan los fenómenos tecnológicos actuales.

Bien es cierto que parte de esa confusión es achacable en alguna medida a revistas especializadas que hacia 1956, en plena crisis del género, decidieron vender a cualquier precio. El precio fue excesivo, porque si la ciencia-ficción estaba sufriendo entonces ataques desde afuera (cine, *comics*, televisión), que hacían pasar por el género en cuestión «pastiches» que confundían al público, hurtándoles la posibilidad de acercarse a los verdaderos creadores de esta narrativa, las agresiones desde dentro podrían haber significado la muerte, por confusión total, de la ciencia-ficción. Y estos ataques se produjeron en publicaciones que, decididas a superar la crisis por el camino más corto, comenzaron a publicar asuntos ajenos al género, en ocasiones

sutilmente pornográficos, que atrajeron a algunos lectores, pero que acentuaron también la idea general de que la literatura de ciencia-ficción era un subgénero, en el peor de los sentidos que se le pueda dar a este término.

Nuestro hilo de Ariadna

Una vez rechazados algunos de los hilos de que disponíamos para salir del laberinto, nos queda una fina línea (nuestro hilo de Ariadna) como resultado de este aproximarse al objeto a través de la negación; es decir, diciendo lo que el objeto de nuestro estudio no es y separando de su contorno las adherencias que podían confundirlo con temáticas que no le son propias y con medios de expresión que no pertenecen a la literatura. Conste aquí nuestro respeto por el estudio de esos asuntos (*ovnis*, parapsicología, aventuras espaciales, etc.), así como nuestra enorme consideración por medios de expresión tales como el *comic* o la televisión, siempre y cuando aquellos temas y estos contenidos formales no traten de confundirse con la *literatura* de ciencia-ficción.

Lo que no quiere decir que desde el *comic*, por ejemplo, como desde cualquier otro medio de expresión, no puedan abordarse temáticas relacionadas con la ciencia-ficción. Pero como su «vestidura formal» es distinta, su estudio no puede ser considerado en este trabajo sino como fenómeno sociológico, o epifenómeno, en torno al tema central que es la literatura.

En cuanto al cine de ciencia-ficción, por la importancia que ha adquirido en los últimos tiempos y también porque muchos de sus títulos más notables son adaptaciones de textos publicados anteriormente como cuentos o novelas, merecería un estudio aparte que escapa a las intenciones de este trabajo.

Las coordenadas espacio-temporales

Esa fina línea, que definíamos por negación, nos conducirá, si la seguimos, al tipo de salida que conviene a los fines orientativos de nuestro trabajo. Tiene entre otras la virtud de situar el fenómeno de la literatura de ciencia-ficción dentro de unos límites comprensibles y abarcables en el espacio y en el tiempo, dos términos tan manipulados, generalmente con acierto, por esta clase de literatura.

• En el tiempo, porque nos va a conducir a los finales del siglo XIX en la búsqueda de sus orígenes más próximos, dejando para otros niveles de especulación distintos a nuestra propuesta la consideración de otros orígenes, que siempre serán

cuestionables, puesto que siempre se puede ir más allá.

• En el espacio, porque esta línea va a pasar por aquellos países donde nace la ciencia-ficción para recorrer después sus principales áreas de cultivo.

El resultado será un esquema que sin duda tendrá todos los defectos comunes a una idea general, no detallada; pero esta carencia podrá actuar también como virtud, puesto que habremos levantado al menos el esqueleto o armadura interna, sobre la que será más fácil ensamblar las distintas formas de este auténtico y desconocido gigante que es la literatura de ciencia-ficción. No es otro el objeto de esta colección básica de literatura, que se propone la creación de un conjunto orgánico a partir del cual se puede dar el salto para disfrutar de otros productos literarios de dificultades crecientes, pero de sorpresas cada vez más intensas.

Dos clases de estímulos

La literatura de ciencia-ficción, como fenómeno moderno y hasta donde nos podemos remontar de forma razonable, ha crecido bajo dos clases de estímulos:

• Uno de orden extraliterario, ligado en su origen a transformaciones sociales tan importantes como la revolución industrial.

• Otro de orden literario, que podemos asociar a las novelas científicas del autor francés Jules Verne (1828-1905) y, sobre todo, a alguno de los títulos del novelista inglés Herbert George Wells (1886-1946), profesor de ciencias en sus primeros tiempos, que supo combinar sus conocimientos científicos con una imaginación que cautivó a los lectores de su época.

Los factores extraliterarios

El maquinismo, como técnica de producción tendente a substituir el trabajo muscular del hombre, alcanzó durante el siglo XIX un gran desarrollo y fue el origen de la revolución industrial que conoció ese siglo, aunque muchos de los inventos aplicados entonces procedían del siglo XVIII.

La revolución industrial, como es sabido, transformó la vida social y urdió sobre esa trama un conjunto de cambios que dio lugar a un tejido social cuya necesidad de adaptarse a los nuevos modelos repercutió en todas las áreas de la actividad humana.

Estos cambios se notaron principalmente en las zonas industrializadas y desde estos focos, a la manera de círculos concéntricos, fueron actuando en mayor o menor medida, según la distancia que se guardara del centro, en los habitantes de todos los

países industrializados. No es difícil imaginar, desde la perspectiva que nos proporciona esta segunda mitad del siglo XX, lo que hubo de suponer para la vida cotidiana de miles de hombres el nuevo desarrollo de la producción, la disminución de los precios de coste, y el ordenamiento urbano que exigía la nueva infraestructura económica en marcha.

La espectacularidad de este proceso dio lugar a finales del siglo XIX a un conjunto de novelas de escasa calidad literaria, cuyo soporte argumental solía estar constituido por aventuras más o menos descabelladas en las que jugaban un papel de primer orden supuestos descubrimientos científicos que el «maquinismo» de la época parecía posibilitar. Uno de los temas favoritos de esta clase de novelas eran los viajes al año 2000, vistos por estos autores de escasa formación científica repletos de artilugios que, en el mejor de los casos, hoy nos pueden parecer ingenuos.

La primera excepción

Dentro de toda esta literatura que constituiría algo así como la edad de piedra de lo que consideramos que es la ciencia-ficción, aparece en Francia una primera excepción digna de ser reseñada con todas las matizaciones que sean precisas. Esta excepción se llama Jules Verne.

Nacido en Nantes en 1828 y muerto en los primeros años de nuestro siglo (1905), Verne obtuvo a los 36 años de edad y con la publicación de *Cinco semanas en globo* un éxito que compensó ampliamente sus anteriores fracasos como autor teatral. A partir de entonces se consagra a la novela de aventuras convirtiéndose en uno de los escritores más populares de su época. Novelas como *Viaje al centro de la Tierra*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, o *La isla misteriosa*, se reeditan hoy en todo el Mundo, habiendo alcanzado también un gran éxito sus versiones cinematográficas. Además Jules Verne, que durante tiempo fue considerado un escritor para niños, ha calado en los últimos años en un tipo de lector maduro que ha sabido encontrar en el alto valor simbólico de sus personajes un reflejo de sus propias fantasías.

Verne y la novela científica

El término *ciencia-ficción,* traducción del *Science-fiction* bajo el que circula este género en el mundo anglosajón, no comenzó a usarse hasta el año 1927. Y no conviene aplicarlo todavía a la narrativa de Verne por cuanto Verne no escribió ciencia-ficción, sino novela *científica*.

Con este término designaremos a aquella clase de narrativa en cuya trama argumenta!, y como elemento esencial de la misma, aparezcan descubrimientos científicos, imaginarios o reales, en torno a los cuales gire la acción de la novela. En Verne se dan estas condiciones y, si bien los adelantos científicos que muestra aparecen en su época como posibles, la crítica que de él se hace desde el mundo de la ciencia-ficción es que no profundiza bastante en la problemática social que generarían tales adelantos.

Que Verne sea o no un precursor de la ciencia-ficción es algo que se ha discutido con frecuencia. Desde nuestro punto de vista, no hay ninguna duda de que es así, y no sólo por el hecho de que en sus novelas combina sabiamente las aventuras con elementos científicos imaginarios, sino también porque en su obra se dan de forma más o menos explícita reflexiones que atañen al porvenir de la ciencia y del hombre en un Mundo dominado por ella.

El segundo foco

Tras esta primera excepción de novela científica de calidad, aparece de nuevo en Europa (en Inglaterra esta vez) un segundo foco de irradiación en la figura del escritor Herbert George Wells (1866-1946), cronológicamente posterior a Jules Verne.

La formación de este escritor, de cuya biografía nos ocuparemos más extensamente en el epílogo de esta obra, era eminentemente científica. Había estudiado ciencias naturales (con Huxley) en la universidad de Londres y llegó a publicar un manual de biología.

No hay duda de que esta base científica influyó notablemente en su actividad como escritor de anticipación. Sus novelas *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible*, y *La guerra de los mundos* obtuvieron pronto un éxito notable, siendo inevitablemente comparadas con las de Verne no ya por la fácil asociación temática, sino sobre todo por la minuciosa elaboración y el cuidado formal común en la obra de ambos escritores.

Pero es preciso hacer notar que Wells, aparte de poseer un bagaje científico considerable, es un autor muy politizado, que observa con cierta distancia crítica los adelantos de la sociedad industrial. La combinación de ambas tendencias darán lugar a un tipo de escritura más «realista» que la de Verne y en la que subyace siempre un cierto pesimismo sobre el futuro de la humanidad. Este pesimismo habría de aumentar con el inicio de la segunda guerra mundial, marcado por los primeros descubrimientos de la era atómica.

La discusión sobre si Wells es un precursor o no de la novela de ciencia-ficción se

ha desarrollado en semejantes términos a la sostenida a propósito de Verne. Desde nuestro punto de vista no hay ninguna duda de que se trata de un escritor de novela científica de anticipación, y en ese sentido, aunque también por las connotaciones ideológicas presentes en su obra, nos parece el inmediato precursor del género que en esta introducción analizamos.

Persistencia de algunos rasgos y aparición del género

Si bien H. G. Wells fue quien alcanzó más fama, hubo en el mundo inglés otros autores, contemporáneos suyos, que cultivaron la novela de anticipación, siendo común a casi todos ellos una cierta preocupación sociológica ligada a la crítica de algunos aspectos de la época victoriana y del progreso industrial. Claro está que no todas las novelas de anticipación son necesariamente científicas, pero la incidencia en la utopía (y la ciencia-ficción es una clase de literatura utópica), combinada con las fantasías de lo que podría llegar a constituir el desarrollo tecnológico, van creando una serie de señales cuya síntesis darán lugar a la ciencia-ficción en el sentido más moderno del término.

La síntesis

Y esta síntesis se produce en América. La fecha que se suele citar es 1911; el autor, Hugo Gernsback, y la obra un cuento titulado *Ralf 194 C 41 +*. A este mismo autor se atribuye la paternidad del término *Science-fiction* y fue asimismo el fundador de la gran primera revista dedicada exclusivamente al cultivo de la ciencia-ficción. Esta revista apareció en 1926 bajo el nombre de *Amazing Stories*. Con ella se inaugura, ahora sí, la ciencia-ficción, que habrá de conocer un desarrollo espectacular en EE. UU. y no en forma de novela, sino de relato corto o cuento.

¿Por qué en Norteamérica?

Antes de continuar con la breve historia de este género, es preciso hacer un paréntesis reflexivo que nos explique por qué algo cuyos antecedentes están localizados en Europa, y además sobre la base de dos autores de prestigio localizables en cualquier manual de literatura, aparece con toda su fuerza en Norteamérica y bajo

una forma distinta (el cuento) de la original.

El itinerario es parecido al de la novela policíaca. Es sabido que durante el siglo XIX los editores norteamericanos habían preferido publicar novelas inglesas, cuyas posibilidades de éxito ya eran conocidas de antemano por su funcionamiento comercial en el país de origen. Esta resistencia de los editores norteamericanos a publicar novelas de compatriotas suyos había obligado a los autores a refugiarse en el cuento o la narración breve, que era un género más fácil de vender a las numerosas revistas literarias y suplementos de periódicos que circulaban en Norteamérica. Este hecho, bajo el que laten motivaciones de orden económico, dio lugar en aquel país a una tradición cuentista de gran calidad, que se prolonga hasta nuestros días.

Así pues, no es raro que sea en Norteamérica, un país joven de gran empuje, en constante desarrollo acelerado y con cantidad de autores que dominan las técnicas narrativas del cuento, donde se produce la síntesis que dará su forma definitiva a la ciencia-ficción.

Por otra parte, la oposición cuento-novela, tratada también a propósito del género policíaco, parece decantarse hacia el cuento. Si bien es cierto que se han escrito novelas magníficas de ciencia-ficción, la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que es la narración breve el contenido formal que mejor va a este género, porque es bajo esa forma donde la paradoja y el elemento sorpresa (factores ambos importantes en la ciencia-ficción) alcanzan su mayor virtualidad.

La ciencia-ficción en América hasta 1956

La aparición del cuento ya citado de Hugo Gernsback, pero, sobre todo, la fundación años más tarde de la primera revista periódica especializada (*Amazing Stories*) actuaron como una contraseña que movilizó hacia el género a un numeroso grupo de escritores agrupados bajo publicaciones diferentes.

La década de los 30

Fue durante la década de los años 30 (*Amazing Stories* había aparecido en 1926) cuando este género conoció un desarrollo más espectacular. Los editores, sorprendidos por el éxito de ventas de la pionera de estas publicaciones, deciden prestar más atención a esa nueva narrativa. De este modo aparecen *Astounding Science-fiction* y *Galaxy*, revistas ambas que llegan a alcanzar tiradas superiores a los cien mil ejemplares, sin considerar las traducciones que de ellas se hacen en

diferentes países.

Los premios «Hugo»

Pronto aparecen también los premios «Hugo», que premian anualmente la mejor narración de ciencia-ficción y cuya ceremonia, que tiene también las características de un congreso, se realiza cada año en un lugar diferente. La euforia del triunfo es contagiosa y el triunfo es tal, que atrae a escritores consagrados en otros campos de la literatura y que llegan al género investidos por el reconocimiento crítico conseguido en otras áreas.

La pureza del género

Desde esta época y hasta los primeros años de la década de los 50, conocida como la era del cambio, se producen centenares de títulos. La mayoría de quienes detentan puestos de responsabilidad en publicaciones especializadas se esfuerzan por mantener la pureza del género. Para ellos la ciencia-ficción es casi un sistema filosófico, una visión del Mundo, y no se les puede confundir con quienes sólo escriben de platillos volantes o de aventuras espaciales.

Veamos cómo recuerda el final de esa época Michael Ashley en la introducción a un cuento del escritor británico Kenneth Bulmer, publicado por *Authentic Science Fiction* en 1956:

«Los años cincuenta conocieron una clase de relato de ciencia-ficción que en la actualidad no goza de tanta popularidad. Se trataba de la narración limpia y precisa, basada en una simple premisa tratada con precisión por el autor para conducirla a un resultado explosivo.»

Quizá lo más importante de esta breve frase no esté constituido tanto por su tono nostálgico como por la afirmación de principios que la misma contiene. Se podría decir que la visión formal del cuento expresada por Ashley tiene mucho que ver con las teorías de Poe sobre el mismo asunto. En todo caso, delata una preocupación teórica por la forma, que las más de las veces no ha tenido el tratamiento adecuado por parte de los cultivadores de la ciencia-ficción.

Un largo catálogo de títulos

Sería una tarea agotadora hacer un catálogo de los títulos publicados en Norteamérica hasta la crisis, localizada en 1956. Baste como dato señalar que en esta fecha todavía circulan en EE. UU. catorce revistas, de publicación periódica, dedicadas al tema. Citaremos alguna de las más importantes: *Astounding SF*, *Galaxy*, *Magazine of Fantasy and Sciencefiction*, *Science Fiction Storíes*, *Infinity*, *Fantastic*, etc..

Y en esta relación no están incluidas las revistas nacidas y muertas durante el período considerado, ni las novelas o selecciones de cuentos publicados en volumen, ni los acercamientos teóricos al tema efectuados desde medios de expresión tales como periódicos y libros.

La sensación, dado el panorama descripto, es que Norteamérica entera estaba volcada sobre el género; sin embargo, seguía siendo un género marginal que se desarrollaba y crecía paralelamente a otros géneros cuyos títulos alcanzaban tiradas inferiores, pero que contaban con el apoyo crítico del que carecía la ciencia-ficción.

Sin duda también el tipo de lector que se acercaba a este género estaba constituido por un público que no leía otra clase de literatura o que combinaba la ciencia-ficción con otros géneros marginales. El acercamiento de intelectuales prestigiados a este nuevo fenómeno narrativo fue sin duda tardío y su atención se focalizó en unos pocos autores que, en el desarrollo de aquella temática que le es propia a la ciencia-ficción, consiguieron una calidad literaria o perfección formal que hacían atractiva su lectura.

Autores principales

La nómina de autores norteamericanos de ciencia-ficción que se revelaron durante esta época ocuparía más páginas de las que le han sido concedidas a esta introducción. De manera que citaremos a continuación los más importantes; los que han constituido la columna vertebral del género hasta la crisis. Como toda selección, además de parcial, será inevitablemente algo arbitraria, pero este es un riesgo inevitable cuando hay que elegir y ahora nos encontramos en la situación de elegir.

• *Isaac Asimov*, nacido en 1920. Ha publicado numerosas obras de divulgación científica traducidas a varias lenguas. En ellas, con un lenguaje sugestivo y accesible a gran cantidad de lectores, ha planteado algunos interrogantes científicos de indudable valor especulativo. En el terreno de la ciencia-ficción sus obras más conocidas son: *Yo, robot*; *Fundación*; *Fundación e Imperio*; *Segunda Fundación*. En esta trilogía plantea uno de los temas más apasionantes de ciencia-ficción, referido a un futuro lejano con un encadenamiento lógico que atrapa al lector.

• *Ray Bradbury*, nacido en 1920. Se trata de uno de los autores que han alcanzado mayor fama universal. Sus *Crónicas marcianas* han conocido numerosas ediciones en diversos países. Quizá su novela más conocida sea *Fahrenheit-451*, llevada al cine con acierto por Francois Truffaut, y que narra con pesimismo las incidencias de una sociedad futura donde el control individual de las personas alcanza límites de terror. En esa sociedad están prohibidos los libros; el título alude a los grados de la escala Fahrenheit a que arde el papel y con él la letra impresa.

• *Alfred Elton van Vogt*, nacido en 1912. Ha recorrido a través de su extensa obra casi todos los temas relacionados con la ciencia-ficción. Citaremos *El mundo de los No-A*, que tiene el mérito casi imposible de imaginar un futuro utópico en el que las leyes de la percepción y las formas de pensamiento tradicionales han sufrido cambios tan importantes y espectaculares como los objetos externos o la ambientación general del nuevo Mundo.

• *Robert Anson Heinlein*, nacido en 1912. Se trata de uno de los autores de ciencia-ficción que con más acierto ha tratado el tema de los viajes a través del tiempo. Este ir desde el presente hacia el pasado o el futuro implica siempre la existencia de atractivas paradojas que bien manipuladas constituyen aciertos narrativos tan sugerentes como los que Heinlein logra en *La puerta del tiempo*.

• *Henry Kuttner*, nacido en 1914. Su novela *Mutante* constituye un modelo en el tratamiento literario de las posibles mutaciones humanas en un futuro posible.

• *Clifford D. Simak*, nacido en 1904. Al igual que Kuttner, tiene entre su extensa obra una novela, *Anillo en torno al sol*, donde se trata de forma maestra el problema de las alteraciones genéticas del organismo humano en un medio diferente al actual.

En fin, la lista podría multiplicarse ocupando más páginas de las que disponemos si no nos conformamos con citar de pasada algunos otros nombres importantes: James Blish, Jack Vance, Hal Clement, Theodore Sturgeon, Fritz Leiber, Frederick Pohl, Poul Anderson, etc..

Contenidos temáticos

En el breve repaso del apartado anterior ya hemos seleccionado desordenadamente alguno de los temas principales de la ciencia-ficción, tales como la paradoja espacio-temporal (Heinlein), las mutaciones orgánicas del ser humano (Simak y Kuttner), el enfrentamiento con sistemas filosóficos y formas de razonar desconocidos (van Vogt), la utopía política de carácter pesimista (Bradbury), o el mundo de los robots (Asimov).

Intentaremos proceder ahora con más orden para facilitar un esquema de aquellos contenidos temáticos que con más asiduidad trataron los escritores de ciencia-ficción

de la primera época.

Según acudamos a uno u otro crítico o estudioso del género, el número de temas se reduce o se amplía de forma sorprendente. Esto no es más que el resultado de la utilización de términos más o menos generales. Así, por ejemplo, el término «técnica» puede abarcar dentro de sí una temática que incluya desde los robots hasta las naves espaciales.

Nosotros optaremos por una clasificación de ese tipo dejando a la inteligencia del lector la creación de subdivisiones que completen el cuadro. Y nos parece que de entre aquellas que cumplen la labor de síntesis a que aludíamos de forma más precisa está la de J. Ignacio Ferreras, contenida en su obra La *novela de ciencia-ficción*.

Según Ferreras, que antes de dar su opinión hace algunas consideraciones sobre la selección del crítico francés Jean Cattegno, así como las del inglés Ray Amis, los tres apartados que incluirían dentro de sí todas las posibilidades temáticas de este género son las siguientes:

—Ciencias y técnica.

—Extraterrestres y mundos paralelos.

—La conquista del tiempo.

Para la ampliación de cada uno de estos apartados remitimos al lector a la obra ya citada de Ferreras. Su trabajo tiene además el mérito de haber abordado (por primera vez seguramente en castellano) un catálogo de obras y autores muy completo.

La ciencia-ficción en EE. UU. a partir de 1956

Las razones de una crisis

La crisis de la ciencia ficción en la década de los 50 no significa necesariamente un hundimiento del género, sino más bien la existencia de un cambio muy marcado debido a factores de naturaleza distinta. Se trata, pues, de un momento de reflexión o de ajuste de las nuevas necesidades sociales, que dará lugar finalmente a un renacer del género si bien con algunas características algo diferentes a las de la etapa anterior.

—Razones de orden económico y social.

—Razones de orden científico.

Razones de orden económico y social

El soporte del género en EE. UU. durante la primera época había estado constituido sin duda alguna por las numerosas revistas especializadas, algunas de gran calidad, que se editaban en aquel país. El auge de las colecciones de bolsillo, por una parte, y el hecho de que los escritores más famosos de ciencia-ficción fueran reclamados por otros medios (cine, televisión, revistas generales como *Playboy*) con contratos que las primeras no podían ofrecer fue definitivo y colocó en una situación difícil a estas revistas.

Para enfrentarse a la competencia de las ediciones de bolsillo algunas revistas cambiaron de formato, lo que significaba modificaciones importantes tanto en la infraestructura editorial como en los medios de distribución utilizados hasta el momento. Otras revistas, como ya ha quedado dicho, optaron por la fácil solución de ofrecer al lector relatos con «garra», aun cuando su temática se relacionara con el género de forma marginal.

Es de destacar el papel casi heroico que en esta época de cambio jugaron revistas tales como *If*, *Analog*, *The Magazine of Fantasy and Science-fiction*, y *Galaxy*, en las que algunos autores nuevos o menos nuevos se enfrentaron con el reto que todo cambio impone en la búsqueda de nuevos temas y nuevas fórmulas narrativas que devolvieran a la ciencia-ficción su anterior esplendor.

Razones de orden científico

El *Sputnik I* fue el primero de una serie de satélites lanzados por la URSS al espacio. El hecho sucedía en 1957, cuando todavía no se habían elaborado las consecuencias de la era atómica iniciada con la segunda guerra mundial (1939-1945). Comenzaban a cumplirse algunas de las predicciones lanzadas al público desde la narrativa de ciencia-ficción.

A partir de este suceso (el lanzamiento del primer *Sputnik*) comenzó entre americanos y rusos una carrera espacial que todavía no ha terminado. El avance de los inventos tecnológicos (soporte importante del género) transcurre a una velocidad tal, que la puesta al día es complicada para los propios científicos, cuya especialización creciente limita cada día más su campo de estudio. Llegará un día, como dice John Ziman en *La credibilidad de la ciencia*, en que el modelo ideal de científico sea aquel que sepa todo sobre nada. (Un buen tema para un cuento de ciencia-ficción.)

Los avances de la informática

En otros terrenos es preciso hacer notar los avances espectaculares de la informática, cuya aplicación práctica en todos los campos va a producir en el entramado social transformaciones mucho más profundas que las que supusieron la aparición de la máquina en la Revolución Industrial.

Si aquella época se caracterizaba por el *automatismo*, ésta se caracterizará por la *automación*. La máquina substituyó el trabajo muscular del hombre; el ordenador tiende a substituir su actividad mental.

Y cómo no hablar también de la *ingeniería genética*, rama de la medicina con alguno de cuyos descubrimientos se ha llegado a substituir la función primera del útero materno (los bebés-probetas) y se han reproducido un número de individuos (ratones) de características exactamente iguales, como si dispusiéramos ya de una fotocopiadora capaz de reproducir seres vivos. (Véase a propósito de esto último el cuento de Sturgeon titulado *Cuando hay interés, cuando hay amor*.)

Todos estos descubrimientos, y las consecuencias de todo orden que su aparición implica en las sociedades modernas, han sido presentidos con frecuencia por la literatura de ciencia-ficción. Pero su aparición real no deja de suponer un reto para estos novelistas cuya función ha sido ir siempre más allá de los límites reales para darnos una visión de la sociedad futura, que desaparecerá, si no es capaz de adaptarse a las profundas transformaciones de los rápidos avances tecnológicos.

El renacimiento de la ciencia-ficción en EE. UU.

Tras los años de crisis, cuyas causas hemos esbozado en el apartado anterior, se produce hacia 1966 un renacimiento del género, que se caracteriza por una mayor audacia en los planteamientos narrativos, así como por una imaginación desbordante en el tratamiento de los nuevos temas abordados por la ciencia-ficción.

También en esta época se produce el acercamiento al género de un tipo de lector culto que hasta entonces había permanecido alejado de él por considerarlo como una degradación de la Literatura con mayúscula. Este acercamiento permitió rescatar y valorar las obras importantes de la primera época, cuyas sucesivas reediciones en numerosas lenguas no han cesado de producirse.

Entre los autores que contribuyen a este renacimiento, citaremos a Samuel Delany, Philip J. Farmer, Harlan Ellison, Roger Zelany, y Philip K. Dick.

Y como dato que muestra el creciente interés del público por el tema no podemos dejar de anotar el éxito que tuvo la exposición internacional de ciencia-ficción realizada en Berna en 1967 y en París al año siguiente.

Otras áreas de cultivo

Si bien Norteamérica es el país donde mayor desarrollo alcanza la ciencia-ficción, creando en cierto modo las pautas por las que habrán de regirse aquellas áreas que cuentan ya con una tradición en este género, no podemos olvidar que algunos de sus grandes autores contemporáneos proceden de Inglaterra y, en menor medida, de Rusia, siendo escasas las aportaciones de Francia, Italia, Alemania, etc..

Inglaterra

Con todo, podemos afirmar que es dentro del mundo anglosajón donde el cultivo de este género alcanza mayores proporciones tanto en cantidad como en calidad.

No es raro que hayamos citado a Inglaterra en segundo lugar. Se trata de un país pionero en la Revolución Industrial y muchos de sus autores de finales del siglo pasado y principios del XX se interesaron por la novela científica y la narrativa de anticipación. No olvidemos que hemos citado a H. G. Wells entre los principales precursores del género y que hasta el propio Conan Doyle, famosísimo autor de relatos policíacos, se sintió fuertemente atraído por él. Hay, pues, en Inglaterra una tradición que sólo necesita el empuje que le lleve a dar con las fórmulas narrativas adecuadas para producir la importante obra que nos ha dado en este terreno.

Se da además la circunstancia de que en esta área alguno de los autores que fueron ganados para el género provenían del campo de la literatura no marginal o habían conseguido gran reputación como filósofos o científicos. La aportación de ellos, pues, magnificó esta literatura muchas veces despreciada con títulos que hoy funcionan como clásicos en el mercado mundial. Citemos a alguno de ellos.

• *Aldous Huxley*, nacido en Godalmieng en 1894 y muerto en Hollywood en 1963. Se graduó en medicina, aunque no llegó a ejercer esta profesión. Publicó su primera novela en 1921 alcanzando la fama rápidamente. Su obra es extensa y ha gozado de una consideración crítica notable. *Un mundo feliz,* aparecida en 1932, se considera ya como un clásico de la ciencia-ficción y se cita a propósito de la progresiva pérdida de la individualidad del ser humano.

• *George Orwell*, seudónimo de Eric Arthur Blair, nacido en 1903 y fallecido en Londres en 1950. Se trata de un autor altamente politizado. Participó en la guerra civil española en las filas del POUM y en su obra demuestra una creciente preocupación por el futuro de la izquierda socialista, motivada en parte por la experiencia soviética. *1984* es el título de una de las novelas más importantes y más

tristes de ciencia-ficción escritas a lo largo de todos los tiempos. En ella se produce una amarga reflexión sobre el futuro de los hombres de un Estado totalitario.

• *Fred Hoyle*, nacido en Yorkshire en 1915. Fue profesor de Astronomía en la Universidad de Cambridge y de Astrofísica en el Instituto de Tecnología de California. En la actualidad goza de gran reputación como hombre de ciencia y, aparte de su descubrimiento sobre el origen de los elementos químicos y de su *Teoría del estado estacionario del Universo*, ha elaborado una sugerente tesis según la cual la vida llegó a la Tierra desde el Cosmos en estado de congelación. En su novela de ciencia-ficción *La nube negra* narra la destrucción del sistema solar por un gigantesco organismo cósmico dotado de inteligencia.

Resumidas las aportaciones que a la ciencia-ficción han hecho estos tres escritores británicos, citemos ahora otros nombres importantes de autores especializados: John Brunner, Arthur C. Clarke, J. G. Ballard, Brian W. Aldiss, y Michael Moorcock, este último director de la revista especializada *New Worlds*.

Y a propósito de revistas no dejaremos de citar *Authentic*, *Nebula*, y *Science Fantasy* que con *New Worlds* forman el grupo más importante de las publicaciones británicas especializadas en el género.

El pesimismo como denominador común

Antes de poner punto final a esta introducción queremos señalar un rasgo que caracteriza a casi todas las obras: su pesimismo sobre el futuro de la humanidad.

Este pesimismo, que se atenúa o desaparece en los autores de los países del este de Europa, suele estar justificado por una desconfianza de orden político más que por un rechazo hacia los avances de la ciencia. En efecto, el escritor de ciencia-ficción disfruta con el conocimiento de los descubrimientos científicos y, sobre todo, con el material especulativo que éstos ofrecen a quienes viven de las ideas, pero desconfía de la aplicación práctica de tales avances, aplicación que en última instancia escapa del control del investigador para pasar a manos del político.

Estos autores han comprendido más que nadie hasta qué punto estamos inmersos en un cambio cuyas ultimas consecuencias, de no corregirse el actual estado de las cosas, no dejan de describir en sus relatos. La tendencia hacia la autodestrucción parece formar parte constitutiva del ser humano y de sus representantes políticos. Ahí están para demostrarlo los numerosos misiles que desde un lado u otro del planeta nos apuntan a la espera de que algún loco apriete por fin el botón que los haga funcionar.

El regreso a una especie de Edad Media como consecuencia de una explosión nuclear ha sido descrito ya por numerosos novelistas. Y según el pensador italiano

Umberto Eco, ese regreso se puede dar de todos modos sin que medie tal clase de catástrofe. Bastaría tal vez con que ciudades-monstruos como New York, sometidas a un crecimiento tumoral, permaneciesen sin energía eléctrica durante un par de semanas. El encadenamiento de sucesos terribles a partir de un hecho como ese, que a simple vista puede parecer trivial, conduciría finalmente a los ciudadanos a matarse entre sí por un pedazo de carne.

Y, sin llegar a sucesos tan espectaculares, la simple visión de un mundo donde el control de los individuos alcance el grado de *1984*, la novela de Orwell, o de *Fahrenheit 451*, de Bradbury, ya es lo suficientemente aterradora como para prestar más atención a este género, alguna de cuyas predicciones se han cumplido con creces.

Juan José Millás

A mi querida madre

1 - Introducción



El Viajero a través del Tiempo (pues convendrá llamarle así al hablar de él) nos exponía una misteriosa cuestión. Sus ojos grises brillaban lanzando centellas, y su rostro, habitualmente pálido, se mostraba encendido y animado. El fuego ardía fulgurante y el suave resplandor de las lámparas incandescentes, en forma de lirios de plata, se prendía en las burbujas que destellaban y subían dentro de nuestras copas. Nuestros sillones, construidos según sus diseños, nos abrazaban y acariciaban en lugar de someterse a que nos sentásemos sobre ellos; y había allí esa sibarítica atmósfera de sobremesa, cuando los pensamientos vuelan gráciles, libres de las trabas de la exactitud. Y él nos la expuso de este modo, señalando los puntos con su afilado índice, mientras que nosotros, arrellanados perezosamente, admirábamos su seriedad al tratar de aquella nueva paradoja (eso la creíamos) y su fecundidad.

—Deben ustedes seguirme con atención. Tendré que discutir una o dos ideas que están casi universalmente admitidas. Por ejemplo, la geometría que les han enseñado en el colegio está basada sobre un concepto erróneo.

—¿No es más bien excesivo con respecto a nosotros ese comienzo? —dijo Filby, un personaje polemista de pelo rojo.

—No pienso pedirles que acepten nada sin motivo razonable para ello. Pronto admitirán lo que necesito de ustedes. Saben, naturalmente, que una línea matemática de espesor nulo no tiene existencia real. ¿Les han enseñado esto? Tampoco la posee un plano matemático. Estas cosas son simples abstracciones.

—Esto está muy bien —dijo el Psicólogo.

—Ni poseyendo tan sólo longitud, anchura y espesor, un cubo tener existencia real.

—Eso lo impugno —dijo Filby—. Un cuerpo sólido puede, por supuesto, existir. Todas las cosas reales...

—Eso cree la mayoría de la gente. Pero espere un momento, ¿puede un cubo instantáneo existir?

—No le sigo a usted —dijo Filby.

—¿Un cubo que no lo sea en absoluto durante algún tiempo puede tener una existencia real?

Filby se quedó pensativo.

—Evidentemente —prosiguió el Viajero a través del Tiempo— todo cuerpo real debe extenderse en cuatro direcciones: debe tener Longitud, Anchura, Espesor y... Duración. Pero debido a una flaqueza natural de la carne, que les explicaré dentro de un momento, tendemos a olvidar este hecho. Existen en realidad cuatro dimensiones, tres a las que llamamos los tres planos del Espacio, y una cuarta, el Tiempo. Hay, sin embargo, una tendencia a establecer una distinción imaginaria entre las tres primeras dimensiones y la última, porque sucede que nuestra conciencia se mueve por intermitencias en una dirección a lo largo de la última desde el comienzo hasta el fin de nuestras vidas.

—Eso —dijo un muchacho muy joven, haciendo esfuerzos espasmódicos para encender de nuevo su cigarro encima de la lámpara—, eso... es, realmente, muy claro.

—Ahora bien, resulta notabilísimo que se olvide esto con tanta frecuencia —continuó el Viajero a través del Tiempo en un ligero acceso de jovialidad—. Esto es lo que significa, en realidad, la Cuarta Dimensión, aunque ciertas gentes que hablan de la Cuarta Dimensión no sepan lo que es. Es solamente otra manera de considerar el Tiempo. *No hay diferencia entre el Tiempo y cualesquiera de las tres dimensiones salvo que nuestra conciencia se mueve a lo largo de ellas.* Pero algunos necios han captado el lado malo de esa idea. ¿No han oído todos ustedes lo que han dicho esas gentes acerca de la Cuarta Dimensión?

—Yo no —dijo el Corregidor.

—Pues, sencillamente, esto. De ese Espacio, tal como nuestros matemáticos lo entienden, se dice que tiene tres dimensiones, que pueden llamarse Longitud, Anchura, y Espesor, y que es siempre definible por referencia a tres planos, cada uno de ellos en ángulo recto con los otros. algunas mentes filosóficas se han preguntado: ¿por qué tres dimensiones, precisamente?, ¿por qué no otra dirección en ángulos rectos con las otras tres? E incluso han intentado construir una geometría de Cuatro Dimensiones. El profesor Simon Newcomb [1] expuso esto en la Sociedad Matemática de New York hace un mes aproximadamente. Saben ustedes que, sobre una superficie plana que no tenga más que dos dimensiones, podemos representar la figura de un sólido de tres dimensiones, e igualmente creen que por medio de modelos de tres dimensiones representarían uno de cuatro, si pudiesen conocer la perspectiva de la cosa. ¿Comprenden?

—Así lo creo —murmuró el Corregidor; y frunciendo las cejas se sumió en un estado de introversión, moviendo sus labios como quien repite unas palabras místicas —. Sí, creo que ahora le comprendo —dijo después de un rato, animándose de un modo completamente pasajero.

—Bueno, no tengo por qué ocultarles que vengo trabajando hace tiempo sobre esa geometría de las Cuatro Dimensiones. Algunos de mis resultados son curiosos. Por ejemplo, he aquí el retrato de un hombre a los ocho años, otro a los quince, otro a los

diecisiete, otro a los veintitrés, y así sucesivamente. Todas éstas son sin duda secciones, por decirlo así, representaciones Tri-Dimensionales de su ser de Cuatro Dimensiones, que es una cosa fija e inalterable.

»Los hombres de ciencia —prosiguió el Viajero a través del Tiempo, después de una pausa necesaria para la adecuada asimilación de lo anterior— saben muy bien que el Tiempo es únicamente una especie de Espacio. Aquí tienen un diagrama científico conocido, un indicador del tiempo. Esta línea que sigo con el dedo muestra el movimiento del barómetro. Ayer estaba así de alto, anoche descendió, esta mañana ha vuelto a subir y llegado suavemente hasta aquí. Con seguridad el mercurio no ha trazado esta línea en las dimensiones del Espacio generalmente admitidas. Indudablemente esa línea ha sido trazada, y por ello debemos inferir que lo ha sido a lo largo de la dimensión del Tiempo.

—Pero —dijo el Doctor, mirando fijamente arder el carbón en la chimenea—, si el Tiempo es tan sólo una cuarta dimensión del Espacio, ¿por qué se le ha considerado siempre como algo diferente? ¿Y por qué no podemos movernos aquí y allá en el Tiempo como nos movemos aquí y allá en las otras dimensiones del Espacio?

El Viajero a través del Tiempo sonrió.

—¿Esta usted seguro de que podemos movernos libremente en el Espacio? Podemos ir a la derecha y a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás con bastante libertad, y los hombres siempre lo han hecho. Admito que nos movernos libremente en dos dimensiones. Pero ¿cómo hacia arriba y hacia abajo? La gravitación nos limita ahí.

—Eso no es del todo exacto —dijo el Doctor—. Ahí tiene usted los globos.

—Pero antes de los globos, excepto en los saltos espasmódicos y en las desigualdades de la superficie, el hombre no tenía libertad para el movimiento vertical.

—Aunque puede moverse un poco hacia arriba y hacia —dijo el Doctor.

—Con facilidad, con mayor facilidad hacia abajo que hacia arriba.

—Y usted no puede moverse de ninguna manera en el Tiempo, no puede huir del momento presente.

—Mi querido amigo, en eso es en lo que está usted pensado. Eso es justamente en lo que el Mundo entero se equivoca. Estamos escapando siempre del momento presente. Nuestras existencias mentales, que son inmateriales y que carecen de dimensiones, pasan a lo largo de la dimensión del Tiempo con una velocidad uniforme, desde la cuna hasta la tumba. Lo mismo que viajaríamos hacia abajo si empezásemos nuestra existencia ochenta kilómetros por encima de la superficie terrestre.

—Pero la gran dificultad es ésta —interrumpió el Psicólogo—: puede usted

moverse de aquí para allá en todas las direcciones del Espacio; pero no puede usted moverse de aquí para allá en el Tiempo.

—Ese es el origen de mi gran descubrimiento. Pero se equivoca usted al decir que no podemos movernos de aquí para allá en el Tiempo. Por ejemplo, si recuerdo muy vivamente un incidente, retrocedo al momento en que ocurrió: me convierto en un distraído, como usted dice. Salto hacia atrás durante un momento. Naturalmente, no tenemos medios de permanecer atrás durante un período cualquiera de Tiempo, como tampoco un salvaje o un animal pueden sostenerse en el aire seis pies por encima de la tierra. Pero el hombre civilizado está en mejores condiciones que el salvaje a ese respecto. Puede elevarse en un globo pese a la gravitación; y ¿por qué no ha de poder esperarse que al final sea capaz de detener o de acelerar su impulso a lo largo de la dimensión del Tiempo, o incluso de dar la vuelta y de viajar en el otro sentido?



—¡Oh!, eso... —comentó Filby— es...

—¿Por qué no...? —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Eso va contra la razón —terminó Filby.

—¿Qué razón? —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Puede usted por medio de la argumentación demostrar que lo negro es blanco —dijo Filby—, pero no me convencerá usted nunca.

—Es posible —replicó el Viajero a través del Tiempo—. Pero ahora empieza usted a percibir el objeto de mis investigaciones en la geometría de Cuatro Dimensiones. Hace mucho que tenía yo un vago vislumbre de una máquina...

—¡Para viajar a través del Tiempo! —exclamó el Muchacho Muy joven.

—Que viaje indistintamente en todas las direcciones del Espacio y del Tiempo, como decida el conductor de ella.

Filby se contentó con reír.

—Pero he realizado la comprobación experimental —dijo el Viajero a través del Tiempo.

—Eso sería muy conveniente para el historiador —sugirió el Psicólogo—. ¡Se podría viajar hacia atrás y confirmar el admitido relato de la batalla de Hastings [2] , por ejemplo!

—¿No cree usted que eso atraería la atención? —dijo el Doctor—. Nuestros antepasados no tenían una gran tolerancia por los anacronismos.

—Podría uno aprender el griego de los propios labios de Homero y de Platón [3] —sugirió el Muchacho Muy joven.

—En cuyo caso le suspenderían a usted con seguridad en el primer curso. Los sabios alemanes ¡han mejorado tanto el griego!

—Entonces, ahí está el porvenir —dijo el Muchacho Muy Joven—. ¡Figúrense! ¡Podría uno invertir todo su dinero, dejar que se acumulase con los intereses, y lanzarse hacia adelante!

—A descubrir una sociedad —dije yo— asentada sobre una base estrictamente comunista.

—De todas las teorías disparatadas y extravagantes —comenzó el Psicólogo.

—Sí, eso me parecía a mí, por lo cual no he hablado nunca de esto hasta...

—¿Verificación experimental? —exclamé—. ¿Va usted a experimentar eso?

—¡El experimento! —exclamó Filby, que tenía el cerebro fatigado.

—Déjenos presenciar su experimento de todos modos —dijo el Psicólogo—, aunque bien sabe usted que es todo patraña.

El Viajero a través del Tiempo nos sonrió a todos. Luego, sonriendo aún levemente y con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones, salió despacio de la habitación y oímos sus zapatillas arrastrarse por el largo corredor hacia su laboratorio.

El Psicólogo nos miro.

—Y yo pregunto: ¿a qué ha ido?

—Algún juego de manos, o cosa parecida —dijo el Doctor; y Filby intentó hablarnos de un prestidigitador que había visto en Burslem [4] ; pero antes de que hubiese terminado su exordio, el Viajero a través del Tiempo volvió y la anécdota de Filby fracasó.

2 - La máquina

La cosa que el Viajero a través del Tiempo tenía en su mano era una brillante armazón metálica, apenas mayor que un relojito y muy delicadamente confeccionada. Había en aquello marfil y una substancia cristalina y transparente. Y ahora debo ser explícito, pues lo que sigue —a menos que su explicación sea aceptada— es algo absolutamente inadmisible. Cogió él una de las mesitas octogonales que había esparcidas alrededor de la habitación y la colocó enfrente de la chimenea, con dos patas sobre la alfombra. Puso la máquina encima de ella. Luego acercó una silla y se sentó. El otro objeto que había sobre la mesa era una lamparita con pantalla, cuya brillante luz daba de lleno sobre aquella cosa. Había allí también una docena de bujías aproximadamente, dos en candelabros de bronce sobre la repisa de la chimenea y otras varias en brazos de metal, así es que la habitación estaba profusamente iluminada. Me senté en un sillón muy cerca del fuego y lo arrastré hacia adelante a fin estar casi entre el Viajero a través del Tiempo y el hogar. Filby se sentó detrás de él, mirando por encima de su hombro. El Doctor y el Corregidor le observaban de perfil desde la derecha, y el Psicólogo desde la izquierda. El Muchacho Muy joven se erguía detrás del Psicólogo. Estábamos todos sobre aviso. Me parece increíble que cualquier clase de treta, aunque sutilmente ideada y realizada con destreza, nos hubiese engañado en esas condiciones.



El Viajero a través del Tiempo nos contempló, y luego a su máquina.

—Bien, ¿y qué? —dijo el Psicólogo.

—Este pequeño objeto —dijo el Viajero a través del Tiempo acodándose sobre la mesa y juntando sus manos por encima del aparato— es sólo un modelo. Es mi modelo de una máquina para viajar a través del tiempo. Advertirán ustedes que parece singularmente ambigua y que esta varilla rutilante presenta un extraño aspecto, como si fuese en cierto modo irreal.

Y la señaló con el dedo.

—He aquí, también, una pequeña palanca blanca, y ahí otra.

El Doctor se levantó de su asiento y escudriñó el interior de la cosa.

—Está esmeradamente hecho —dijo.

—He tardado dos años en construirlo —replicó el Viajero a través del Tiempo.

Luego, cuando todos hubimos imitado el acto del Doctor, aquél dijo:

—Ahora quiero que comprendan ustedes claramente que, al apretar esta palanca, envía la máquina a planear en el futuro y esta otra invierte el movimiento. Este soporte representa el asiento del Viajero a través del Tiempo. Dentro de poco voy a mover la palanca, y la máquina partirá. Se desvanecerá, Se adentrará en el tiempo futuro, y desaparecerá. Mírenla a gusto. Examinen también la mesa, y convénzanse ustedes de que no hay trampa. No quiero desperdiciar este modelo y que luego me digan que soy un charlatán.

Hubo, una pausa aproximada de un minuto. El Psicólogo pareció que iba a hablarme, pero cambió de idea. el Viajero a través del Tiempo adelantó su dedo hacia la palanca.

—No —dijo de repente—. Deme su mano.

Y volviéndose hacía el Psicólogo, le cogió la mano y le dijo que extendiese el índice. De modo que fue el propio Psicólogo quien envió el modelo de la Máquina del Tiempo hacia su interminable viaje. Vimos todos bajarse la palanca. Estoy completamente seguro de que no hubo engaño. Sopló una ráfaga de aire, y la llama de la lámpara se inclinó. Una de las bujías de la repisa de la chimenea se apagó y la maquinita giró en redondo de pronto, se hizo indistinta, la vimos como un fantasma durante un segundo quizá, como un remolino de cobre y marfil brillando débilmente; y partió... ¡se desvaneció! Sobre la mesa vacía no quedaba más que la lámpara.

Todos permanecimos silenciosos durante un minuto.

—¡Vaya con el chisme! —dijo Filby a continuación.

El Psicólogo salió de su estupor y miró repentinamente de la mesa. Ante lo cual el Viajero a través del Tiempo rió jovialmente.

—Bueno, ¿y qué? —dijo, rememorando al Psicólogo; después se levantó, fue hacia el bote de tabaco que estaba sobre la repisa de la chimenea y, de espaldas a nosotros, empezó a llenar su pipa.

Nos mirábamos unos a otros con asombro.

—Dígame —preguntó el Doctor—: ¿ha hecho usted esto en serio? ¿Cree usted seriamente que esa máquina viajará a través del tiempo?

—Con toda certeza —contestó el Viajero a través del Tiempo, deteniéndose para prender una cerilla en el fuego, luego se volvió, encendiendo su pipa, para mirar al Psicólogo de frente; éste, para demostrar que no estaba trastornado, cogió un cigarro e intentó encenderlo sin cortarle la punta—. Es más, tengo ahí una gran máquina casi terminada —y señaló hacia el laboratorio—, y cuando esté montada por completo, pienso hacer un viaje por mi propia cuenta.

—¿Quiere usted decir que esa máquina viaja por el futuro? —dijo Filby.

—Por el futuro y por el pasado... no sé, con seguridad, por cuál.

Después de una pausa el Psicólogo tuvo una inspiración.

—De haber ido a alguna parte, habrá sido al pasado —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero a través del Tiempo.

—Porque supongo que no se ha movido en el espacio; si viajase por el futuro aún estaría aquí en este momento, puesto que debería viajar por el momento presente.

—Pero —dije yo—, si viajase por el pasado, hubiera sido visible cuando entramos antes en esta habitación; y el jueves último cuando estuvimos aquí; y el jueves anterior a ése, ¡y así sucesivamente!

—Serias objeciones —observó el Corregidor con aire de imparcialidad, volviéndose hacia el Viajero a través del Tiempo.

—Nada de eso —dijo éste, y luego, dirigiéndose al Psicólogo—: piénselo. Usted puede explicar esto. Ya sabe usted que hay una representación bajo el umbral, una representación diluida.

—En efecto —dijo el Psicólogo, y nos tranquilizó—. es un simple punto de psicología. Debería haber pensado en ello. Es bastante claro y sostiene la paradoja deliciosamente. No podemos ver, ni podemos apreciar esta máquina, como tampoco podemos ver el rayo de una rueda en plena rotación, o una bala volando por el aire. Si viaja a través del tiempo cincuenta o cien veces más de prisa que nosotros, si recorre un minuto mientras nosotros un segundo, la impresión producida será, naturalmente, tan sólo una cincuentésima o una centésima de lo que sería si no viajase a través del tiempo. Está bastante claro.

Paso su mano por el sitio donde había estado la máquina

—¿Comprenden ustedes? —dijo riendo.

Seguimos sentados mirando fijamente la mesa vacía casi un minuto. Luego el Viajero a través del Tiempo nos preguntó qué pensábamos de todo aquello.

—Me parece bastante plausible esta noche —dijo—; pero hay que esperar hasta mañana. De día se ven las cosas de distinto modo.

—¿Quieren ustedes ver la auténtica Máquina del Tiempo? —preguntó el Viajero a través del Tiempo.

Y, dicho esto, cogió una lámpara y mostró el camino por el largo y obscuro corredor hacia su laboratorio. Recuerdo vivamente la luz vacilante, la silueta de su extraña y gruesa cabeza, la danza de las sombras, cómo le seguíamos todos, perplejos pero incrédulos, y cómo allí, en el laboratorio, contemplamos una reproducción en gran tamaño de la maquinita que habíamos visto desvanecerse ante nuestros ojos. Tenía partes de níquel, de marfil, otras que habían sido indudablemente limadas o aserradas de un cristal de roca. La máquina estaba casi completa, pero unas barras de cristal retorcido sin terminar estaban colocadas sobre un banco de carpintero, junto a

algunos planos; cogí una de aquéllas para examinarla mejor. Parecía ser de cuarzo.

—¡Vamos! —dijo el Doctor—. ¿Habla usted completamente en serio? ¿O es esto una burla... como ese fantasma que nos enseñó usted la pasada Navidad?

—Montado en esta máquina —dijo el Viajero a través del Tiempo, levantando la lámpara— me propongo explorar el tiempo. ¿Está claro? No he estado nunca en mi vida más serio.

Ninguno sabíamos en absoluto cómo tomar aquello.

Capté la mirada de Filby por encima del hombro del Doctor, y me guiñó solemnemente un ojo.

3 - El Viajero a través del Tiempo vuelve

Creo que ninguno de nosotros creyó en absoluto ni por un momento en la Máquina del Tiempo. El hecho es que el Viajero a través del Tiempo era uno de esos hombres demasiado inteligentes para ser creídos; con él se tenía la sensación de que nunca se le percibía por entero; sospechaba uno siempre en él alguna sutil reserva, alguna genialidad emboscada, detrás de su lúcida franqueza. De haber sido Filby quien nos hubiese enseñado el modelo y explicado la cuestión con las palabras del Viajero a través del Tiempo, le habríamos mostrado mucho menos escepticismo. Porque hubiésemos comprendido sus motivos: un carnicero entendería a Filby. Pero el Viajero a través del Tiempo tenía más de un rasgo de fantasía entre sus elementos, y desconfiábamos de él. Cosas que hubieran hecho la fama de un hombre menos inteligente parecían supercherías en sus manos. Es un error hacer las cosas con demasiada facilidad. Las gentes serias que le tomaban en serio no se sentían nunca seguras de su proceder; sabían en cierto modo que confiar sus reputaciones al juicio de él era como amueblar un cuarto para niños con loza muy fina. Por eso no creo que ninguno de nosotros haya hablado mucho del viaje a través del tiempo en el intervalo entre aquel jueves y el siguiente, aunque sus extrañas capacidades cruzasen indudablemente por muchas de nuestras mentes: su plausibilidad, es decir, su incredibilidad práctica, las curiosas posibilidades de anacronismo y de completa confusión que sugería. Por mi parte, me preocupaba especialmente la treta del modelo. Recuerdo que lo discutí con el Doctor, a quien encontré el viernes en el Linnaean. Dijo que había visto una cosa parecida en Tübingen [5] , e insistía mucho en el apagón de la bujía. Pero no podía explicar cómo se efectuaba el engaño.

El jueves siguiente fui a Richmond —supongo que era yo uno de los más asiduos invitados del Viajero a través del Tiempo—, y como llegué tarde, encontré a cuatro o cinco hombres reunidos ya en su sala. El Doctor estaba colocado delante del fuego con una hoja de papel en una mano y su reloj en la otra. Busqué con la mirada al Viajero a través del Tiempo, y...

—Son ahora las siete y media —dijo el Doctor—. Creo que haríamos mejor en cenar.

—¿Dónde está...? —dije yo, nombrando a nuestro anfitrión.

—¿Acaba usted de llegar? Es más bien extraño. Ha sufrido un retraso inevitable. Me pide en esta nota que empecemos a cenar a las siete si él no ha vuelto. Dice que lo explicará cuando llegue.

—Es realmente una lástima dejar que se estropee la comida —dijo el Director de un diario muy conocido; y, al punto, el Doctor tocó el timbre.

El Psicólogo, el Doctor y yo éramos los únicos que habíamos asistido a la comida

anterior. Los otros concurrentes eran Blank, el mencionado Director, cierto periodista, y otro —un hombre tranquilo, tímido, con barba— a quien yo no conocía y que, por lo que pude observar, no despegó los labios en toda la noche. Se hicieron algunas conjeturas en la mesa sobre la ausencia del Viajero a través del Tiempo, y yo sugerí con humor semijocoso que estaría viajando a través del tiempo. El Director del diario quiso que le explicasen aquello, y el Psicólogo le hizo gustoso un relato de «la ingeniosa paradoja y del engaño» de que habíamos sido testigos días antes. Estaba en la mitad de su exposición cuando la puerta del corredor se abrió lentamente y sin ruido. Estaba yo sentado frente a dicha puerta y fui el primero en verlo.

—¡Hola! —dije—. ¡Por fin!

La puerta se abrió del todo y el Viajero a través del Tiempo se presentó ante nosotros. Lancé un grito de sorpresa.



—¡Cielo santo! ¿Qué pasa amigo? —exclamó el Doctor, que lo vio después. Y todos los presentes se volvieron hacia la puerta.

Aparecía nuestro anfitrión en un estado asombroso. Su chaqueta estaba polvorienta y sucia, manchada de verde en las mangas, y su pelo enmarañado me pareció más gris, ya fuera por el polvo y la suciedad o porque estuviese ahora descolorido. Tenía la cara atrozmente pálida y en su mentón un corte obscuro, a medio cicatrizar; su expresión era ansiosa y descompuesta como por un intenso sufrimiento. Durante un instante vaciló en el umbral, como si le cegase la luz. Luego entró en la habitación. Vi que andaba exactamente como un cojo que tiene los pies

doloridos de vagabundear. Le mirábamos en silencio, esperando a que hablase.

No dijo una palabra, pero se acercó penosamente a la mesa e hizo un ademán hacia el vino. El Director del diario llenó una copa de champaña y la empujó hacia él. La vació, pareciendo sentirse mejor. Miró a su alrededor, y la sombra de su antigua sonrisa fluctuó sobre su rostro.

—¿Qué ha estado usted haciendo bajo tierra, amigo mío? —dijo el Doctor.

El Viajero a través del Tiempo no pareció oír.

—Permítame que le interrumpa —dijo, con vacilante pronunciación—. Estoy muy bien.

Se detuvo, tendió su copa para que la llenasen de nuevo, y cogiéndola la volvió a vaciar.

—Esto sienta bien —dijo; sus ojos grises brillaron, y un ligero color afloró a sus mejillas; su mirada revoloteó sobre nuestros rostros con cierta apagada aprobación, luego recorrió el cuarto caliente y confortable, y después habló de nuevo, como buscando su camino entre sus palabras—: Voy a lavarme y a vestirme, y luego bajaré y explicaré las cosas. Guárdenme un poco de ese carnero. Me muero de hambre y quisiera comer algo.

Vio al Director del diario, que rara vez iba a visitarlo, y le preguntó cómo estaba. El Director inició una pregunta.

—Le contestaré en seguida —dijo el Viajero a través del Tiempo—. ¡Estoy... raro! Todo marchará bien dentro de un minuto.

Dejó su copa, y fue hacia la puerta de la escalera. Noté de nuevo su cojera y el pesado ruido de sus pisadas y, levantándome en mi sitio, vi sus pies al salir. No llevaba en ellos más que unos calcetines harapientos y manchados de sangre. Luego la puerta se cerró tras él. Tuve intención de seguirle, pero recordé cuánto le disgustaba que se preocupasen de él. Durante un minuto, quizá, estuve ensimismado. Luego oí decir al Director del diario:

—«Notable conducta de un eminente sabio» —pensando (según solía) en epígrafes de periódicos; y esto volvió mi atención hacia la brillante mesa.

—¿Qué broma es ésta? —dijo el Periodista—. ¿Es que ha estado haciendo de pordiosero aficionado? No lo entiendo.

Tropecé con los ojos del Psicólogo, y leí mi propia interpretación en su cara. Pensé en el Viajero a través del Tiempo cojeando penosamente al subir la escalera. No creo que ningún otro hubiera notado su cojera.

El primero en recobrarse por completo de su asombro fue el Doctor, que tocó el timbre —el Viajero a través del Tiempo detestaba tener a los criados esperando durante la comida— para que sirviesen un plato caliente. En ese momento el Director cogió su cuchillo y su tenedor con un gruñido, y el hombre silencioso siguió su ejemplo. La cena se reanudó. Durante un breve rato la conversación fue una serie de

exclamaciones, con pausas de asombro; y luego el Director mostró una vehemente curiosidad.

—¿Aumenta nuestro amigo su modesta renta pasando a gente por un vado? ¿O tiene fases de Nabucodonosor [6]? —pregunto.

—Estoy seguro de que se trata de la Máquina del Tiempo —dije; y reanudé el relato del Psicólogo de nuestra reunión anterior.

Los nuevos invitados se mostraron francamente incrédulos. El Director del diario planteaba objeciones.

—¿Qué era aquello del viaje por el tiempo? ¿No puede un hombre cubrirse él mismo de polvo revolcándose en una paradoja? —y luego, como la idea tocaba su cuerda sensible, recurrió a la caricatura—: ¿No había ningún cepillo de ropa en el Futuro?

El Periodista tampoco quería creer a ningún precio, y se unió al Director en la fácil tarea de colmar de ridículo la cuestión entera. Ambos eran de esa nueva clase de periodistas jóvenes muy alegres e irrespetuosos.

—Nuestro corresponsal especial para los artículos de pasado mañana... —estaba diciendo el Periodista (o más bien gritando) cuando el Viajero a través del Tiempo volvió; se había vestido de etiqueta y nada, salvo su mirada ansiosa, quedaba del cambio que me había sobrecogido.

—Dígame —preguntó riendo el Director—, estos muchachos cuentan que ha estado usted viajando ¡por la mitad de la semana próxima! Díganos todo lo referente al pequeño Rosebery [7] , ¿quiere? ¿Cuánto pide usted por la serie de artículos?

El Viajero a través del Tiempo fue a sentarse al sitio reservado para él sin pronunciar una palabra. Sonrió tranquilamente a su antigua manera.

—¿Dónde está mi carnero? —dijo—. ¡Qué placer este de clavar de nuevo un tenedor en la carne!

—Eso es un cuento! —exclamó el Director.

—¡Maldito cuento! —dijo el Viajero a través del Tiempo—. Necesito comer algo. No quiero decir una palabra hasta que haya introducido un poco de peptona en mis arterias. Gracias. Y la sal.

—Una palabra —dije yo—. ¿Ha estado usted viajando a través del tiempo?

—Sí —dijo el Viajero a través del Tiempo, con la boca llena, asintiendo con la cabeza.

—Pago la línea a un chelín por una reseña al pie de la letra —dijo el Director del diario.

El Viajero a través del Tiempo empujó su copa hacia el Hombre Silencioso y la golpeó con la uña, a lo cual el Hombre Silencioso, que lo estaba mirando fijamente a la cara, se estremeció convulsivamente, y le sirvió vino. El resto de la cena transcurrió embarazosamente. Por mi parte, repentinas preguntas seguían subiendo a

mis labios, y me atrevo a decir que a los demás les sucedía lo mismo. El Periodista intentó disminuir la tensión contando anécdotas de Hettie Potter. El Viajero dedicaba su atención a la comida, mostrando el apetito de un vagabundo. El Doctor fumaba un cigarrillo y contemplaba al Viajero a través del Tiempo con los ojos entornados. El Hombre Silencioso parecía más desmañado que de costumbre, y bebía champaña con una regularidad y una decisión evidentemente nerviosas. Al fin el Viajero a través del Tiempo apartó su plato, y nos miró a todos.

—Creo que debo disculparme —dijo—. Estaba simplemente muerto de hambre. He pasado una temporada asombrosa.

Alargó la mano para coger un cigarro, y le cortó la punta.

—Pero vengan al salón de fumar. Es un relato demasiado largo para contarlo entre platos grasientos.

Y tocando el timbre al pasar, nos condujo a la habitación contigua.

—¿Ha hablado usted a Blank, a Dash y a Chose de la máquina? —me preguntó, echándose hacia atrás en su sillón y nombrando a los tres nuevos invitados.

—Pero la máquina es una simple paradoja —dijo el Director del diario.

—No puedo discutir esta noche. No tengo inconveniente en contarles la aventura, pero no puedo discutirla. Quiero —continuó— relatarles lo que me ha sucedido, si les parece, pero deberán abstenerse de hacer interrupciones. Necesito contar esto. De mala manera. Gran parte de mi relato les sonará a falso. ¡Sea! Es cierto (palabra por palabra) a pesar de todo. Estaba yo en mi laboratorio a las cuatro, y desde entonces... He vivido ocho días..., ¡unos días tales como ningún ser humano los ha vivido nunca antes! Estoy casi agotado, pero no dormiré hasta que les haya contado esto a ustedes. Entonces me iré a acostar. Pero ¡nada de interrupciones! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el Director, y los demás hicimos eco:

—«De acuerdo.»

Y con esto el Viajero a través del Tiempo comenzó su relato tal como lo transcribo a continuación. Se echó hacia atrás en su sillón al principio, y habló como un hombre rendido. Después se mostró más animado. Al poner esto por escrito siento tan sólo con mucha agudeza la insuficiencia de la pluma y la tinta y, sobre todo, mi propia insuficiencia para expresarlo en su valor. Supongo que lo leerán ustedes con la suficiente atención; pero no pueden ver al pálido narrador ni su franco rostro en el brillante círculo de la lamparita, ni oír el tono de su voz. ¡No pueden ustedes conocer cómo su expresión seguía las fases de su relato! Muchos de sus oyentes estábamos en la sombra, pues las bujías del salón de fumar no habían sido encendidas, y únicamente estaban iluminadas la cara del Periodista y las piernas del Hombre Silencioso de las rodillas para abajo. Al principio nos mirábamos de vez en cuando unos a otros. Pasado un rato dejamos de hacerlo, y contemplamos tan sólo el rostro del Viajero a través del Tiempo.

4 - El viaje a través del tiempo

—Ya he hablado a algunos de ustedes el jueves último de los principios de la Máquina del Tiempo, y mostrado el propio aparato tal como estaba entonces, sin terminar, en el taller. Allí está ahora, un poco fatigado por el viaje, realmente; una de las barras de marfil está agrietada y uno de los carriles de bronce, torcido; pero el resto sigue bastante firme. Esperaba haberlo terminado el viernes; pero ese día, cuando el montaje completo estaba casi hecho, me encontré con que una de las barras de níquel era exactamente una pulgada más corta y esto me obligó a rehacerla; por eso el aparato no estuvo acabado hasta esta mañana. Fue, pues, a las diez de hoy cuando la primera de todas las Máquinas del Tiempo comenzó su carrera. Le di un último toque, probé todos los tornillos de nuevo, eché una gota de aceite más en la varilla de cuarzo y me senté en el soporte. Supongo que el suicida que mantiene una pistola contra su cráneo debe de sentir la misma admiración por lo que va a suceder, que experimenté yo entonces. Cogí la palanca de arranque con una mano y la de freno con la otra, apreté con fuerza la primera, y casi inmediatamente la segunda. Me pareció tambalearme; tuve una sensación pesadillesca de caída; y mirando alrededor, vi el laboratorio exactamente como antes. ¿Había ocurrido algo? Por un momento sospeché que mi intelecto me había engañado. Observé el reloj. Un momento antes, eso me pareció, marcaba un minuto o así después de las diez, ¡y ahora eran casi las tres y media!

Respiré, apretando los dientes, así con las dos manos la palanca de arranque, y partí con un crujido. El laboratorio se volvió brumoso y luego obscuro. La señora Watchets, mi ama de llaves, apareció y fue, al parecer sin verme, hacia la puerta del jardín. Supongo que necesitó un minuto o así para cruzar ese espacio, pero me pareció que iba disparada a través de la habitación como un cohete. Empujé la palanca hasta su posición extrema. La noche llegó como se apaga una lámpara, y en otro momento vino la mañana. El laboratorio se tornó desvaído y brumoso, y luego cada vez más desvaído. Llegó la noche de mañana, después el día de nuevo, otra vez la noche; luego, volvió el día, y así sucesivamente más y más de prisa. Un murmullo vertiginoso llenaba mis oídos, y una extraña, silenciosa confusión descendía sobre mi mente.

Temo no poder transmitir las peculiares sensaciones del viaje a través del tiempo. Son extremadamente desagradables. Se experimenta un sentimiento sumamente parecido al que se tiene en las montañas rusas zigzagueantes (¡un irresistible movimiento como si se precipitase uno de cabeza!). Sentí también la misma horrible anticipación de inminente aplastamiento. Cuando emprendí la marcha, la noche seguía al día como el aleteo de un ala negra. La obscura percepción del laboratorio pareció ahora debilitarse en mí, y vi el Sol saltar rápidamente por el cielo, brincando

a cada minuto, y cada minuto marcando un día. Supuse que el laboratorio había quedado destruido y que estaba yo al aire libre. Tuve la obscura impresión de hallarme sobre un andamiaje, pero iba ya demasiado de prisa para tener conciencia de cualquier cosa movible. El caracol más lento que se haya nunca arrastrado se precipitaba con demasiada velocidad para mí. La centelleante sucesión de obscuridad y de luz era sumamente dolorosa para los ojos. Luego, en las tinieblas intermitentes vi la Luna girando rápidamente a través de sus fases desde la nueva hasta la llena, y tuve un débil atisbo de las órbitas de las estrellas. Pronto, mientras avanzaba con velocidad creciente aún, la palpitación de la noche y del día se fundió en una continua grisura; el cielo tomó una maravillosa intensidad azul, un espléndido y luminoso color como el de un temprano amanecer; el Sol saltarín se convirtió en una raya de fuego, en un arco brillante en el espacio, la Luna en una débil faja oscilante; y no pude ver nada de estrellas, sino de vez en cuando un círculo brillante fluctuando en el azul.

La vista era brumosa e incierta. Seguía yo situado en la ladera de la colina sobre la cual está ahora construida esta casa y el saliente se elevaba por encima de mí, gris y confuso. Vi unos árboles crecer y cambiar como bocanadas de vapor, tan pronto pardos como verdes: crecían, se desarrollaban, se quebraban y desaparecían. Vi alzarse edificios vagos y bellos y pasar como sueños. La superficie de la tierra parecía cambiada, disipándose y fluyendo bajo mis ojos. Las manecillas sobre los cuadrantes que registraban mi velocidad giraban cada vez más de prisa. Pronto observé que el círculo solar oscilaba de arriba abajo, solsticio a solsticio, en un minuto o menos, y que, por consiguiente, mi marcha era de más de un año por minuto; y minuto por minuto la blanca nieve destellaba sobre el Mundo, y se disipaba, siendo seguida por el verdor brillante y corto de la primavera.

Las sensaciones desagradables de la salida eran menos punzantes ahora. Se fundieron al fin en una especie de hilaridad histérica. Noté, sin embargo, un pesado bamboleo de la máquina, que era yo incapaz de explicarme. Pero mi mente se hallaba demasiado confusa para fijarse en eso, de modo que, con una especie de locura que aumentaba en mí, me precipité en el futuro. Al principio no pensé apenas en detenerme, no pensé apenas sino en aquellas nuevas sensaciones. Pero pronto una nueva serie de impresiones me vino a la mente —cierta curiosidad y luego cierto temor—, hasta que por último se apoderaron de mi por completo. ¡Qué extraños desenvolvimientos de la Humanidad, qué maravillosos avances sobre nuestra rudimentaria civilización, pensé, se me iban a aparecer cuando llegase a contemplar de cerca el vago y fugaz Mundo que desfilaba rápido y que fluctuaba ante mis ojos! Vi una grande y espléndida arquitectura elevarse a mi alrededor, más sólida que cualquiera de los edificios de nuestro tiempo; y, sin embargo, parecía construida de trémula luz y de niebla. Vi un verdor más rico extenderse sobre la colina, y

permanecer allí sin interrupción invernal. Aun a través del velo de mi confusión la tierra parecía muy bella. Y así vino a mi mente la cuestión de detener la máquina.

El riesgo especial estaba en la posibilidad de encontrarme alguna substancia en el espacio que yo o la máquina ocupábamos. Mientras viajaba a una gran velocidad a través del tiempo, esto importaba poco: el peligro estaba, por decirlo así, atenuado, ¡deslizándome como un vapor a través de los intersticios de las substancias intermedias! Pero llegar a detenerme entrañaba el aplastamiento de mí mismo, molécula por molécula, contra lo que se hallase en mi ruta; significaba poner a mis átomos en tan íntimo contacto con los del obstáculo, que una profunda reacción química —tal vez una explosión de gran alcance— se produciría, lanzándonos a mí y a mi aparato fuera de todas las dimensiones posibles... en lo Desconocido. Esta posibilidad se me había ocurrido muchas veces mientras estaba construyendo la máquina; pero entonces la había yo aceptado alegremente, como un riesgo inevitable, ¡uno de esos riesgos que un hombre tiene que admitir! Ahora que el riesgo era inevitable, ya no lo consideraba bajo la misma alegre luz. El hecho es que, insensiblemente, la absoluta rareza de todo aquello, la débil sacudida y el bamboleo de la máquina, y sobre todo la sensación de caída prolongada, habían alterado por completo mis nervios. Me dije a mí mismo que no podría detenerme nunca, y en un acceso de enojo decidí pararme inmediatamente. Como un loco impaciente, tiré de la palanca y acto seguido el aparato se tambaleó y salí despedido de cabeza por el aire.

Hubo un ruido retumbante de trueno en mis oídos. Debí quedarme aturdido un momento. Un despiadado granizo silbaba a mi alrededor, y me encontré sentado sobre una blanda hierba, frente a la máquina volcada. Todo. me pareció gris todavía, pero pronto observé que el confuso ruido en mis oídos había desaparecido. Miré en derredor. Estaba sobre lo que parecía ser un pequeño prado de un jardín, rodeado de macizos de rododendros; y observé que sus flores malva y púrpura caían como una lluvia bajo el golpeteo de las piedras de granizo. La rebotante y danzarina granizada caía en una nubecilla sobre la máquina, y se moría a lo largo de la tierra como una humareda. En un momento me encontré calado hasta los huesos.

—*«Bonita hospitalidad* —dije— *con un hombre que ha viajado innumerables años para veros.»*

Pronto pensé que era estúpido dejarse empapar. Me levanté y miré a mi alrededor. Una figura colosal, esculpida al parecer en una piedra blanca, aparecía confusamente más allá de los rododendros, a través del aguacero brumoso. Pero todo el resto del Mundo era invisible.



Sería difícil describir mis sensaciones. Como las columnas de granizo disminuían, vi la figura blanca más claramente. Parecía muy voluminosa, pues un abedul plateado tocaba sus hombros. Era de mármol blanco, algo parecida en su forma a una esfinge alada; pero las alas, en lugar de llevarlas verticalmente a los lados, estaban desplegadas de modo que parecían planear. El pedestal me pareció que era de bronce y estaba cubierto de un espeso verdín. Sucedió que la cara estaba de frente a mí; los ojos sin vista parecían mirarme; había la débil sombra de una sonrisa sobre sus labios. Estaba muy deteriorada por el tiempo, y ello le comunicaba una desagradable impresión de enfermedad. Permanecí contemplándola un breve momento, medio minuto quizá, o media hora. Parecía avanzar y retroceder según cayese delante de ella el granizo más denso o más espaciado. Por último aparté mis ojos de ella por un momento, y vi que la cortina de granizo aparecía más transparente, y que el cielo se iluminaba con la promesa del Sol.

Volví a mirar a la figura blanca, agachado, y la plena temeridad de mi viaje se me apareció de repente. ¿Qué iba a suceder cuando aquella cortina brumosa se hubiera retirado por entero? ¿Qué podría haberles sucedido a los hombres? ¿Qué hacer si la crueldad se había convertido en una pasión común? ¿Qué, si en ese intervalo la raza había perdido su virilidad, desarrollándose como algo inhumano, indiferente y abrumadoramente potente? Yo podría parecer algún animal salvaje del viejo Mundo, pero el más espantoso por nuestra común semejanza, un ser inmundo que habría que matar inmediatamente.

Ya veía yo otras amplias formas: enormes edificios con intricados parapetos y altas columnas, entre una colina obscuramente arbolada que llegaba hasta mí a través de la tormenta encalmada. Me sentí presa de un terror pánico. Volví frenéticamente hacia la Máquina del Tiempo, y me esforcé penosamente en reajustarla. Mientras lo intentaba los rayos del Sol traspasaron la tronada. El gris aguacero había pasado y se desvaneció como las vestiduras arrastradas por un fantasma. Encima de mí, en el azul intenso del cielo estival, jirones obscuros y ligeros de nubes remolineaban en la nada.

Los grandes edificios a mi alrededor se elevaban claros y nítidos, brillantes con la lluvia de la tormenta, y resultando blancos por las piedras de granizo sin derretir, amontonadas a lo largo de sus hiladas. Me sentía desnudo en un extraño Mundo. Experimenté lo que quizá experimenta un pájaro en el aire claro, cuando sabe que el gavilán vuela y quiere precipitarse sobre él. Mi pavor se tornaba frenético. Hice una larga aspiración, apreté los dientes, y luché de nuevo furiosamente, empleando las muñecas y las rodillas, con la máquina. Cedió bajo mi desesperado esfuerzo y retrocedió. Golpeó violentamente mi barbilla. Con una mano sobre el asiento y la otra sobre la palanca permanecí jadeando penosamente en actitud de montarme de nuevo.

Pero con la esperanza de una pronta retirada recobré mi valor. Miré con más curiosidad y menos temor aquel Mundo del remoto futuro. Por una abertura circular, muy alta en el muro del edificio más cercano, divisé un grupo de figuras vestidas con ricos y suaves ropajes. Me habían visto, y sus caras estaban vueltas hacia mí.

Oí entonces voces que se acercaban. Viniendo a través de los macizos que crecían junto a la Esfinge Blanca, veía las cabezas y los hombros de unos seres corriendo. Uno de ellos surgió de una senda que conducía directamente al pequeño prado en el cual permanecía con mi máquina. Era una ligera criatura —de una estatura quizá de cuatro pies— vestida con una túnica púrpura, ceñida al talle por un cinturón de cuero. Unas sandalias o coturnos —no pude distinguir claramente lo que eran— calzaban sus pies; sus piernas estaban desnudas hasta las rodillas, y su cabeza al aire. Al observar esto, me di cuenta por primera vez de lo cálido que era el aire.

Me impresionaron la belleza y la gracia de aquel ser, aunque me chocó también su fragilidad indescriptible. Su cara sonrosada me recordó mucho la clase de belleza de los tísicos, esa belleza hética de la que tanto hemos oído hablar. Al verle recobré de pronto la confianza. Aparté mis manos de la máquina.

5 - En la Edad de Oro

En un momento estuvimos cara a cara, yo y aquel ser frágil, mas allá del futuro. Vino directamente a mí y se echó a reír en mis narices. La ausencia en su expresión de todo signo de miedo me impresionó en seguida. Luego se volvió hacia los otros dos que le seguían y les habló en una lengua extraña muy dulce y armoniosa.

Acudieron otros más, y pronto tuve a mi alrededor un pequeño grupo de unos ocho o diez de aquellos exquisitos seres. Uno de ellos se dirigió a mí. Se me ocurrió, de un modo bastante singular, que mi voz era demasiado áspera y profunda para ellos. Por eso moví la cabeza y, señalando mis oídos, la volví a mover. Dio él un paso hacia delante, vaciló y luego tocó mi mano. Entonces sentí otros suaves tentáculos sobre mi espalda y mis hombros. Querían comprobar si era yo un ser real. No había en esto absolutamente nada de alarmante. En verdad tenían algo aquellas lindas gentes que inspiraba confianza: una graciosa dulzura, cierta desenvoltura infantil. Y, además, parecían tan frágiles que me imaginé a mí mismo derribando una docena entera de ellos como si fuesen bolos. Pero hice un movimiento repentino para cuando vi sus manitas rosadas palpando la Máquina del Tiempo. Afortunadamente, entonces, cuando no era todavía demasiado tarde, pensé en un peligro del que me había olvidado hasta aquel momento, y, tomando las barras de la máquina, desprendí las pequeñas palancas que la hubieran puesto en movimiento y las metí en mi bolsillo. Luego intenté hallar el medio de comunicarme con ellos.

Entonces, viendo más de cerca sus rasgos, percibí nuevas particularidades en su tipo de belleza, muy de porcelana de Dresden [8]. Su pelo, que estaba rizado por igual, terminaba en punta sobre el cuello y las mejillas; no se veía el más leve indicio de vello en su cara, y sus orejas eran singularmente menudas. Las bocas, pequeñas, de un rojo brillante, de labios más bien delgados, y las barbillas reducidas, acababan en punta. Los ojos grandes y apacibles, y —esto puede parecer egoísmo por mi parte— me imaginé entonces que les faltaba cierta parte del interés que había yo esperado encontrar en ellos.

Como no hacían esfuerzo alguno para comunicarse conmigo, sino que me rodeaban simplemente, sonriendo y hablando entre ellos en suave tono arrullado, inicié la conversación. Señalé hacia la Máquina del Tiempo y hacia mí mismo. Luego, vacilando un momento sobre cómo expresar la idea de tiempo, indiqué el Sol con el dedo. Inmediatamente una figura pequeña, lindamente arcaica, vestida con una estofa blanca y púrpura, siguió mi gesto y, después, me dejó atónito imitando el ruido del trueno.

Durante un instante me quedé tambaleante, aunque la importancia de su gesto era suficientemente clara. Una pregunta se me ocurrió bruscamente: ¿estaban locos

aquellos seres? Les sería difícil a ustedes comprender cómo se me ocurrió aquello. Ya saben que he previsto siempre que las gentes del año 802.000 y tantos nos adelantarán increíblemente en conocimientos, arte, en todo. Y, en seguida, uno de ellos me hacía de repente una pregunta que probaba que su nivel intelectual era el de un niño de cinco años, que me preguntaba en realidad ¡si había yo llegado del Sol con la tronada! Lo cual alteró la opinión que me había formado de ellos por sus vestiduras, sus miembros frágiles y ligeros y sus delicadas facciones. Una oleada de desengaño cayó sobre mi mente. Durante un momento sentí que había construido la Máquina del Tiempo en vano.

Incliné la cabeza, señalando hacia el Sol, e interpreté tan gráficamente un trueno, que los hice estremecer. Se apartaron todos un paso o más y se inclinaron. Entonces uno de ellos avanzó riendo hacia mí, llevando una guirnalda de bellas flores, que me eran desconocidas por completo, y me la puso al cuello. La idea fue acogida con un melodioso aplauso; y pronto todos empezaron a correr de una parte a otra cogiendo flores; y, riendo, me las arrojaban hasta que estuve casi asfixiado bajo el amontonamiento. Ustedes que no han visto nunca nada parecido, apenas podrán figurarse qué flores delicadas y maravillosas han creado innumerables años de cultura. Después, uno de ellos sugirió que su juguete debía ser exhibido en el edificio más próximo y así me llevaron más allá de la esfinge de mármol blanco, que parecía haber estado mirándome entretanto con una sonrisa ante mi asombro, hacia un amplio edificio gris de piedra desgastada. Mientras iba con ellos, volvió a mi mente con irresistible júbilo el recuerdo de mis confiadas anticipaciones de una posteridad hondamente seria e intelectual.

El edificio tenía una enorme entrada y era todo él de colosales dimensiones. Estaba yo naturalmente muy ocupado por la creciente multitud de gentes menudas y por las grandes puertas que se abrían ante mí sombrías y misteriosas. Mi impresión general del Mundo que veía sobre sus cabezas era la de un confuso derroche de hermosos arbustos y de flores, de un jardín largo tiempo descuidado y, sin embargo, sin malas hierbas. Divisé un gran número de extrañas flores blancas, de altos tallos, que medían quizá un pie en sus pétalos de cera extendidos. Crecían desperdigadas, silvestres, entre los diversos arbustos, pero, como ya he dicho, no pude examinarlas de cerca en aquel momento. La Máquina del Tiempo quedó abandonada sobre la hierba, entre los rododendros.

El arco de la entrada estaba ricamente esculpido, pero, naturalmente, no pude observar desde muy cerca las esculturas, aunque me pareció vislumbrar indicios de antiguos adornos fenicios al pasar y me sorprendió que estuvieran muy rotos y deteriorados por el tiempo. Vinieron a mi encuentro en la puerta varios seres brillantemente ataviados, entramos, yo vestido con deslucidas ropas del siglo XIX, de aspecto bastante grotesco, enguirnaldado de flores, y rodeado de una remolineante

masa de vestidos alegres y suavemente coloridos y de miembros tersos y blancos en un melodioso corro de risas y de alegres palabras.



La enorme puerta daba a un vestíbulo relativamente grande, tapizado de obscuro. El techo estaba en la sombra, y las ventanas, guarnecidas en parte de cristales de colores y en parte desprovistas de ellos, dejaban pasar una luz suave. El suelo estaba hecho de inmensos bloques de un metal muy duro, no de planchas ni de losas; pensé que debía estar tan desgastado por el ir y venir de pasadas generaciones, debido a los hondos surcos que había a lo largo de los caminos más frecuentados. Transversalmente a su longitud había innumerables mesas hechas de losas de piedra pulimentada, elevadas, quizá, un pie del suelo, y sobre ellas montones de frutas. Reconocí algunas como una especie de frambuesas y naranjas hipertrofiadas, pero la mayoría eran muy raras.

Entre las mesas había esparcidos numerosos cojines. Mis guías se sentaron sobre ellos, indicándome que hiciese otro tanto. Con una grata ausencia de ceremonia comenzaron a comer las frutas con sus manos, arrojando las pieles, las pepitas y lo demás, dentro de unas aberturas redondas que había a los lados de las mesas. Estaba yo dispuesto a seguir su ejemplo, pues me sentía sediento y hambriento. Mientras lo hacía, observé el vestíbulo con todo sosiego.

Y quizá la cosa que me chocó más fue su aspecto ruinoso. Los cristales de color, que mostraban un solo modelo geométrico, estaban rotos en muchos sitios y las cortinas que colgaban sobre el extremo inferior aparecían cubiertas de polvo. Y mi mirada descubrió que la esquina de la mesa de mármol, cercana a mí, estaba rota. No obstante lo cual, el efecto general era de suma suntuosidad y muy pintoresco. Había allí, quizá, un par de centenares de personas comiendo en el vestíbulo; y muchas de ellas, sentadas tan cerca de mí como podían, me contemplaban con interés, brillándoles los ojillos sobre el fruto que comían. Todas estaban vestidas con la misma tela suave, sedeña y, sin embargo, fuerte.

La fruta, dicho sea de paso, constituía todo su régimen alimenticio. Aquella gente del remoto futuro era estrictamente vegetariana, y mientras estuve con ella, pese a algunos deseos carnívoros, tuve que ser frugívoro. Realmente, vi después que los caballos, el ganado, las ovejas, los perros, habían seguido al ictiosaurio en su extinción. Pero las frutas eran en verdad deliciosas; una en particular, que pareció estar en sazón durante todo el tiempo que permanecí allí —una fruta harinosa de envoltura triangular—, era especialmente sabrosa, e hice de ella mi alimento habitual. Al principio me desconcertaban todas aquellas extrañas frutas, y las flores raras que veía, pero después empecé a comprender su importancia.

Y ahora ya les he hablado a ustedes bastante de mi alimentación frugívora en el lejano futuro. Tan pronto como calmé un poco mi apetito, decidí hacer una enérgica tentativa para aprender el lenguaje de aquellos nuevos compañeros míos. Era, evidentemente, lo primero que debía hacer. Las frutas parecían una cosa adecuada para iniciar aquel aprendizaje, y cogiendo una la levanté esbozando una serie de sonidos y de gestos interrogativos. Tuve una gran dificultad en dar a entender mi propósito. Al principio mis intentos tropezaron con unas miradas fijas de sorpresa o con risas inextinguibles, pero pronto una criatura de cabellos rubios pareció captar mi intención y repitió un nombre. Ellos charlaron y se explicaron largamente la cuestión unos a otros, y mis primeras tentativas de imitar los exquisitos y suaves sonidos de su lenguaje produjeron una enorme e ingenua, ya que no cortés, diversión. Sin embargo, me sentí un maestro de escuela rodeado de niños, insistí, y conté con una veintena de nombres substantivos, por lo menos, a mi disposición; luego llegué a los pronombres demostrativos e incluso al verbo «comer». Pero era una tarea lenta, y aquellos pequeños seres se cansaron pronto y quisieron huir de mis interrogaciones, por lo cual decidí, más bien por necesidad, dejar que impartiesen sus lecciones en pequeñas dosis cuando se sintieran inclinados a ello. Y en me di cuenta de que tenía que ser en dosis muy pequeñas, pues jamás he visto gente más indolente ni que se cansase con mayor facilidad.

6 - El ocaso de la humanidad

Pronto descubrí una cosa extraña en relación con mis pequeños huéspedes: su falta de interés. Venían a mí con gritos anhelantes de asombro, como niños; pero cesaban en seguida de examinarme, y se apartaban para ir en pos de algún otro juguete. Terminadas la comida y mis tentativas de conversación, observé por primera vez que casi todos los que me rodeaban al principio se habían ido. Y resulta también extraño cuán rápidamente llegué a no hacer caso de aquella gente menuda. Franqueé la puerta y me encontré de nuevo a la luz del Sol del Mundo, una vez satisfecha mi hambre. Encontré continuamente más grupos de aquellos hombres del futuro, que me seguían a corta distancia, parloteando y riendo a mi costa, y habiéndome sonreído y hecho gestos de una manera amistosa, me dejaban entregado a mis propios pensamientos.

La calma de la noche se extendía sobre el Mundo cuando salí del gran vestíbulo y la escena estaba iluminada por el cálido resplandor del Sol poniente. Al principio las cosas aparecían muy confusas. Todo era completamente distinto del Mundo que yo conocía; hasta las flores. El enorme edificio que acababa de abandonar estaba situado sobre la ladera de un valle por el que corría un ancho río; pero el Támesis [9] había sido desviado, a una milla aproximadamente de su actual posición. Decidí subir a la cumbre de una colina, a una milla y media poco más o menos de allí, desde donde podría tener una amplia vista de este nuestro planeta en el año de gracia 802.701. Pues ésta era, como debería haberlo explicado, la fecha que los pequeños cuadrantes de mi máquina señalaban.

Mientras caminaba, estaba alerta a toda impresión que pudiera probablemente explicarme el estado de ruinoso esplendor en que encontré al Mundo, pues aparecía ruinoso. En un pequeño sendero que ascendía a la colina, por ejemplo, había un amontonamiento de granito, ligado por masas de aluminio, un amplio laberinto de murallas escarpadas y de piedras desmoronadas, entre las cuales crecían espesos macizos de bellas plantas en forma de pagoda —ortigas probablemente—, pero de hojas maravillosamente coloridas de marrón y que no podían pinchar. Eran evidentemente los restos abandonados de alguna gran construcción, erigida con un fin que no podía yo determinar. Era allí donde estaba yo destinado, en una fecha posterior, a llevar a cabo una experiencia muy extraña —primer indicio de un descubrimiento más extraño aún—, pero de la cual hablaré en su adecuado lugar.

Miré alrededor con un repentino pensamiento, desde una terraza en la cual descansé un rato, y me di cuenta de que no había allí ninguna casa pequeña. Al parecer, la mansión corriente, y probablemente la casa de familia, habían desaparecido. Aquí y allá entre la verdura había edificios semejantes a palacios, pero

la casa normal y la de campo, que prestan unos rasgos tan característicos a nuestro paisaje inglés, habían desaparecido.

—«*Es el comunismo* —dije para mí».

Y pisándole los talones a éste vino otro pensamiento. Miré la media docena de figuritas que me seguían. Entonces, en un relámpago, percibí que todas tenían la misma forma de vestido, la misma cara imberbe y suave, y la misma morbidez femenil de miembros. Podrá parecer extraño, quizá, que no hubiese yo notado aquello antes. Pero ¡era todo tan extraño! Ahora veo el hecho con plena claridad. En el vestido y en todas las diferencias de contextura y de porte que marcan hoy la distinción entre uno y otro sexo, aquella gente del futuro era idéntica. Y los hijos no parecían ser a mis ojos sino las miniaturas de sus padres. Pensé entonces que los niños de aquel tiempo eran sumamente precoces, al menos físicamente, y pude después comprobar ampliamente mi opinión.

Viendo la desenvoltura y la seguridad en que vivían aquellas gentes, comprendí que aquel estrecho parecido de los sexos era, después de todo, lo que podía esperarse; pues la fuerza de un hombre y la delicadeza de una mujer, la institución de la familia y la diferenciación de ocupaciones son simples necesidades militantes de una edad de fuerza física. Allí donde la población es equilibrada y abundante, muchos nacimientos llegan a ser un mal más que un beneficio para el Estado; allí donde la violencia es rara y la prole es segura, hay menos necesidad —realmente no existe la, necesidad— de una familia eficaz, y la especialización de los sexos con referencia a las necesidades de sus hijos desaparece Vemos algunos indicios de esto hasta en nuestro propio tiempo, y en esa edad futura era un hecho consumado. Esto, debo recordárselo a ustedes, era una conjetura que hacia yo en aquel momento. Después, iba a poder apreciar cuán lejos estaba de la realidad.

Mientras meditaba sobre estas cosas, atrajo mi atención una linda y pequeña construcción, parecida a un pozo bajo una cúpula. Pensé de modo pasajero en la singularidad de que existiese aún un pozo, y luego reanudé el hilo de mis teorías. No había grandes edificios hasta la cumbre de la colina, Y corno mis facultades motrices eran evidentemente milagrosas, pronto me encontré solo por primera vez. Con una extraña sensación de libertad y de aventura avancé hacia la cumbre.

Allí encontré un asiento hecho de un metal amarillo, que no reconocí, corroído a trechos por una especie de orín rosado y semicubierto de blando musgo; tenía los brazos vaciados y bruñidos en forma de cabezas de grifo. Me senté y contemplé la amplia visión de nuestro viejo Mundo bajo el Sol poniente de aquel largo día. Era uno de los más bellos y agradables espectáculos que he visto nunca. El Sol se había puesto ya por debajo del horizonte y el oeste era de oro llameante, tocado por algunas barras horizontales de púrpura y carmesí. Por debajo estaba el valle del Támesis en donde el río se extendía como una banda de acero pulido. He hablado ya de los

grandes palacios que despuntaban entre el abigarrado verdor, algunos en ruinas y otros ocupados aún. Aquí y allá surgía una figura blanca o plateada en el devastado jardín de la Tierra, aquí y allá aparecía la afilada línea vertical de alguna cúpula u obelisco. No había setos, ni señales de derechos de propiedad, ni muestras de agricultura; la Tierra entera se había convertido en un jardín.



Contemplando esto, comencé a urdir mi interpretación acerca de las cosas que había visto, y dada la forma que tomó para mí aquella noche, mi interpretación fue algo por el siguiente estilo (después vi que había encontrado solamente una semiverdad, o vislumbrado únicamente una faceta de la verdad):

Me pareció encontrarme en la decadencia de la Humanidad. El ocaso rojizo me hizo pensar en el ocaso de la Humanidad. Por primera vez empecé a comprender una singular consecuencia del esfuerzo social en que estamos ahora comprometidos. Y sin embargo, créanlo, ésta es una consecuencia bastante lógica. La fuerza es el resultado de la necesidad; la seguridad establece un premio a la debilidad. La obra de mejoramiento de las condiciones de vida —el verdadero proceso civilizador que hace la vida cada vez más segura— había avanzado constantemente hacia su culminación. Un triunfo de una Humanidad unida sobre la Naturaleza había seguido a otro. Cosas que ahora son tan sólo sueños habían llegado a ser proyectos deliberadamente emprendidos y llevados adelante. ¡Y lo que yo veía era el fruto de aquello!

Después de todo, la salubridad y la agricultura de hoy día se hallan aún en una etapa rudimentaria. La ciencia de nuestro tiempo no ha atacado más que una pequeña división del campo de las enfermedades humanas, pero, aun así, extiende sus operaciones de modo constante y persistente. Nuestra agricultura y nuestra horticultura destruyen una mala hierba sólo aquí y allá y cultivan quizá una veintena aproximadamente de plantas saludables, dejando que la mayoría luche por equilibrarse como pueda. Mejoramos nuestras plantas y nuestros animales favoritos

—¡y qué pocos son!— gradualmente, por vía selectiva; ora un melocotón mejor, ora unas uvas sin pepita, ora una flor más grande y perfumada, ora una raza de ganado vacuno más conveniente. Los mejoramos gradualmente, porque nuestros ideales son vagos y tanteadores, y nuestro conocimiento muy limitado, pues la Naturaleza es también tímida y lenta en nuestras manos torpes. Algún día todo esto estará mejor organizado y será incluso mejor. Esta es la dirección de la corriente a pesar de los remansos. El Mundo entero será inteligente, culto y servicial; las cosas se moverán más y más de prisa hacia la sumisión de la Naturaleza. Al final, sabia y cuidadosamente, reajustaremos el equilibrio de la vida animal y vegetal para adaptarlas a nuestras necesidades humanas.

Este reajuste, digo yo, debe haber sido hecho y bien hecho, realmente para siempre, en el espacio de tiempo a través del cual mi máquina había saltado. El aire estaba libre de mosquitos, la tierra de malas hierbas y de hongos; por todas partes había frutas y flores deliciosas; brillantes mariposas revoloteaban aquí y allá. El ideal de la medicina preventiva estaba alcanzado. Las enfermedades, suprimidas. No vi ningún indicio de enfermedad contagiosa durante toda mi estancia allí. Y ya les contaré más adelante que hasta el proceso de la putrefacción y de la vejez había sido profundamente afectado por aquellos cambios.

Se habían conseguido también triunfos sociales. Veía yo la Humanidad alojada en espléndidas moradas, suntuosamente vestida; y, sin embargo, no había encontrado aquella gente ocupada en ninguna faena. Allí no había signo alguno de lucha, ni social ni económica. La tienda, el anuncio, el tráfico, todo ese comercio que constituye la realidad de nuestro Mundo había desaparecido. Era natural que en aquella noche preciosa me apresurase a aprovechar la idea de un Paraíso social. La dificultad del aumento de población había sido resuelta, supongo, y la población cesó de aumentar.

Pero con semejante cambio de condición vienen las inevitables adaptaciones a dicho cambio. A menos que la ciencia biológica sea un montón de errores, ¿cuál es la causa de la inteligencia y del vigor humanos? Las penalidades y la libertad: condiciones bajo las cuales el ser activo, fuerte y apto, sobrevive, y el débil sucumbe; condiciones que recompensan la alianza leal de los hombres capaces basadas en la autocontención, la paciencia y la decisión. Y la institución de la familia y las emociones que entraña, los celos feroces, la ternura por los hijos, la abnegación de los padres, todo ello encuentra su justificación y su apoyo en los peligros inminentes que amenazan a los jóvenes. Ahora, ¿dónde están esos peligros inminentes? Se origina aquí un sentimiento que crecerá contra los celos conyugales, contra la maternidad feroz, contra toda clase de pasiones; cosas inútiles ahora, cosas que nos hacen sentirnos molestos, supervivientes salvajes y discordantes en una vida refinada y grata.

Pensé en la pequeñez física de la gente, en su falta de inteligencia, en aquellas enormes y profundas ruinas; y esto fortaleció mi creencia en una conquista perfecta de la Naturaleza. Porque después de la batalla viene la calma. La Humanidad había sido fuerte, enérgica e inteligente, y había utilizado su abundante vitalidad para modificar las condiciones bajo las cuales vivía. Y ahora llegaba la reacción de aquellas condiciones cambiadas.

Bajo las nuevas condiciones de bienestar y de seguridad perfectos, esa bulliciosa energía, que es nuestra fuerza, llegaría a ser debilidad. Hasta en nuestro tiempo ciertas inclinaciones y deseos, en otro tiempo necesarios para sobrevivir, son un constante origen de fracaso. La valentía física y el amor al combate, por ejemplo, no representan una gran ayuda —pueden incluso ser obstáculos— para el hombre civilizado. Y en un estado de equilibrio físico y de seguridad, la potencia, tanto intelectual como física, estaría fuera de lugar. Pensé que durante incontables años no había habido peligro alguno de guerra o de violencia aislada, ningún peligro de fieras, ninguna enfermedad agotadora que haya requerido una constitución vigorosa, ni necesitado un trabajo asiduo. Para una vida tal, los que llamaríamos débiles se hallan tan bien pertrechados como los fuertes, no son realmente débiles. Mejor pertrechados en realidad, pues los fuertes estarían gastados por una energía para la cual no hay salida. Era indudable que la exquisita belleza de los edificios que yo veía era el resultado de las últimas agitaciones de la energía ahora sin fin determinado de la Humanidad, antes de haberse asentado en la perfecta armonía con las condiciones bajo las cuales vivía: el florecimiento de ese triunfo que fue el comienzo de la última gran paz. Esta ha sido siempre la suerte de la energía en seguridad; se consagra al arte y al erotismo, y luego vienen la languidez y la decadencia.

Hasta ese impulso artístico deberá desaparecer al final —había desaparecido casi en el Tiempo que yo veía—. Adornarse ellos mismos con flores, danzar, cantar al Sol; esto era lo que quedaba del espíritu artístico y nada más. Aun eso desaparecería al final, dando lugar a una satisfecha inactividad. Somos afilados sin cesar sobre la muela del dolor y de la necesidad, y, según me parecía, ¡he aquí que aquella odiosa muela se rompía al fin!

Permanecí allí en las condensadas tinieblas pensando que con aquella simple explicación había yo dominado el problema del Mundo, dominando el secreto entero de aquel delicioso pueblo. Tal vez los obstáculos por ellos ideados para detener el aumento de población habían tenido demasiado buen éxito, y su número, en lugar de permanecer estacionario, había más bien disminuido. Esto hubiese explicado aquellas ruinas abandonadas. Era muy sencilla mi explicación y bastante plausible, ¡como lo son la mayoría de las teorías equivocadas!

7 - Una conmoción repentina

Mientras permanecía meditando sobre este triunfo demasiado perfecto del hombre, la Luna llena, amarilla y jibosa, salió entre un desbordamiento de luz plateada, al nordeste. Las brillantes figuritas cesaron de moverse debajo de mí, un búho silencioso revoloteó, y me estremecí con el frío de la noche. Decidí descender y elegir un sitio donde poder dormir.

Busqué con los ojos el edificio que conocía. Luego mi mirada corrió a lo largo de la figura de la Esfinge Blanca sobre su pedestal de bronce, cada vez más visible a medida que la luz de la Luna ascendente se hacía más brillante. Podía yo ver el argentado abedul enfrente. Había allí, por un lado, el macizo de rododendros, negro en la pálida claridad, y por el otro la pequeña pradera, que volví a contemplar. Una extraña duda heló mi satisfacción.

—*«No* —me dije con resolución—, *ésa no es la pradera.»*

Pero era la pradera. Pues la lívida faz leprosa de la esfinge estaba vuelta hacia allí. ¿Pueden ustedes imaginar lo que sentí cuando tuve la plena convicción de ello? No Podrían. ¡La Máquina del Tiempo había desaparecido!

En seguida, como un latigazo en la cara, se me ocurrió la posibilidad de perder mi propia época, de quedar abandonado e impotente en aquel extraño Mundo nuevo. El simple pensamiento de esto representaba una verdadera sensación física. Sentía que me agarraba por la garganta, cortándome la. respiración. Un momento después sufrí un ataque de miedo y corrí con largas zancadas ladera abajo. En seguida tropecé, caí de cabeza y me hice un corte en la cara; no perdí el tiempo en restañar la sangre, sino que salté de nuevo en pie y seguí corriendo, mientras me escurría la sangre caliente por la mejilla y el mentón. Y mientras corría me iba diciendo a mí mismo:

—*«La han movido un poco, la han empujado debajo del macizo, fuera del camino.»*

Sin embargo, corría todo cuanto me era posible. Todo el tiempo, con la certeza que algunas veces acompaña a un miedo excesivo, yo sabía que tal seguridad era una locura, sabía instintivamente que la máquina había sido transportada fuera de mi alcance. Respiraba penosamente. Supongo que recorrí la distancia entera desde la cumbre de la colina hasta la pradera, dos millas aproximadamente, en diez minutos. Y no soy ya un joven. Mientras iba corriendo maldecía en voz alta mi necia confianza, derrochando así mi aliento. Gritaba muy fuerte y nadie contestaba. Ningún ser parecía agitarse en aquel Mundo iluminado por la Luna.

Cuando llegué a la pradera mis peores temores se realizaron. No se veía el menor rastro de la máquina. Me sentí desfallecido y helado cuando estuve frente al espacio vacío, entre la negra maraña de los arbustos. Corrí furiosamente alrededor, como si la máquina pudiera estar oculta en algún rincón, y luego me detuve en seco,

agarrándome el pelo con las manos. Por encima de mí descollaba la esfinge, sobre su pedestal de bronce, blanca, brillante, leprosa, bajo la luz de la Luna que ascendía. Parecía reírse burlonamente de mi congoja.

Pude haberme consolado a mí mismo imaginando que los pequeños seres habían llevado por mí el aparato a algún refugio, de no haber tenido la seguridad de su incapacidad física e intelectual. Esto era lo que me acongojaba: la sensación de algún poder insospechado hasta entonces, por cuya intervención mi invento había desaparecido. Sin embargo, estaba seguro de una cosa: salvo que alguna otra época hubiera construido un duplicado exacto, la máquina no podía haberse movido a través del tiempo. Las conexiones de las palancas —les mostraré después el sistema— impiden que, una vez quitadas, nadie pueda ponerla en movimiento de ninguna manera. Había sido transportada y escondida solamente en el espacio. Pero, entonces, ¿dónde podía estar?

Creo que debí ser presa de una especie de frenesí. Recuerdo haber recorrido violentamente por dentro y por fuera, a la luz de la Luna, todos los arbustos que rodeaban a la esfinge, y asustado en la incierta claridad a algún animal blanco al que tomé por un cervatillo.

Recuerdo también, ya muy avanzada la noche, haber aporreado las matas con mis puños cerrados hasta que mis articulaciones quedaron heridas y sangrantes por las ramas partidas. Luego, sollozando y delirando en mi angustia de espíritu, descendí hasta el gran edificio de piedra. El enorme vestíbulo estaba obscuro, silencioso y desierto. Resbalé sobre un suelo desigual y caí encima de una de las mesas de malaquita, casi rompiéndome la espinilla. Encendí una cerilla y penetré al otro lado de las cortinas polvorientas de las que les he hablado.



Allí encontré un segundo gran vestíbulo cubierto de cojines, sobre los cuales

dormían, quizá, una veintena de aquellos pequeños seres. Estoy seguro de que encontraron mi segunda aparición bastante extraña, surgiendo repentinamente de la tranquila obscuridad con ruidos inarticulados y el chasquido y la llama de una cerilla. Porque ellos habían olvidado lo que eran las cerillas.

—«*¿Dónde está mi Máquina del Tiempo?* —comencé, chillando como un niño furioso, asiéndolos y sacudiéndolos a un tiempo.»

Debió parecerles muy raro aquello. Algunos rieron, la mayoría parecieron dolorosamente amedrentados. Cuando vi que formaban corro a mi alrededor, se me ocurrió que estaba haciendo una cosa tan necia como era posible hacerla en aquellas circunstancias, intentando revivir la sensación de miedo. Porque razonando conforme a su comportamiento a la luz del día: pensé que el miedo debía estar olvidado.

Bruscamente tiré la cerilla, y, chocando con algunos de aquellos seres en mi carrera, crucé otra vez, desatinado, el enorme comedor hasta llegar afuera bajo la luz de la Luna. Oí gritos de terror y sus piececitos corriendo y tropezando aquí y allá. No recuerdo todo lo que hice mientras la Luna ascendía por el cielo. Supongo que era la circunstancia inesperada de mi pérdida lo que me enloquecía. Me sentía desesperanzado, separado de mi propia especie, como un extraño animal en un mundo desconocido. Debí desvariar de un lado para otro, chillando y vociferando contra Dios y el Destino. Recuerdo que sentí una horrible fatiga, mientras la larga noche de desesperación transcurría; que remiré en tal o cual sitio imposible; que anduve a tientas entre las ruinas iluminadas por la Luna y que toqué extrañas criaturas en las negras sombras, y, por último, que me tendí sobre la tierra junto a la esfinge, llorando por mi absoluta desdicha, pues hasta la cólera por haber cometido la locura de abandonar la máquina había desaparecido con mi fuerza. No me quedaba más que mi desgracia. Luego me dormí, y cuando desperté otra vez era ya muy de día, y una pareja de gorriones brincaba a mi alrededor sobre la hierba, al alcance de mi mano.

Me senté en el frescor de la mañana, intentando recordar cómo había llegado hasta allí, y por qué experimentaba una tan profunda sensación de abandono y desesperación. Entonces las cosas se aclararon en mi mente. Con la clara razonable luz del día, podía considerar de frente mis circunstancias. Me di cuenta de la grandísima locura cometida en mi frenesí de la noche anterior, pude razonar conmigo mismo.

—«*¿Suponer lo peor?* —me dije—. *¿Suponer que la máquina está enteramente perdida, destruida, quizá? Me importa estar tranquilo, ser paciente, aprender el modo de ser de esta gente, adquirir una idea clara de cómo se ha perdido mi aparato, y los medios de conseguir materiales y herramientas; a fin de poder, al final, construir tal vez otro.*»

Tenía que ser aquélla mi única esperanza, una mísera esperanza tal vez, pero

mejor que la desesperación. Y, después de todo, era aquél un Mundo bello y curioso.

Pero probablemente la máquina había sido tan sólo substraída. Aun así, debía yo mantenerme sereno, tener paciencia, buscar el sitio del escondite, y recuperarla por la fuerza o con astucia. Y con esto me puse en pie rápidamente y miré a mi alrededor, preguntándome dónde podría lavarme. Me sentía fatigado, entumecido y sucio a causa del viaje. El frescor de la mañana me hizo desear una frescura igual. Había agotado mi emoción. Realmente, buscando lo que necesitaba, me sentí asombrado de mi intensa excitación de la noche anterior. Examiné cuidadosamente el suelo de la praderita. Perdí un rato en fútiles preguntas dirigidas lo mejor que pude a aquellas gentecillas que se acercaban. Todos fueron incapaces de comprender mis gestos; algunos se mostraron simplemente estúpidos; otros creyeron que era una chanza, y se rieron en mis narices. Fue para mí la tarea más difícil del Mundo impedir que mis manos cayesen sobre sus lindas caras rientes. Era un loco impulso, pero el demonio engendrado por el miedo y la cólera ciega estaba mal refrenado y aun ansioso de aprovecharse de mi perplejidad. La hierba me trajo un mejor consejo. Encontré unos surcos marcados en ella, aproximadamente a mitad de camino entre el pedestal de la esfinge y las huellas de pasos de mis pies, a mi llegada. Había alrededor otras señales de traslación, con extrañas y estrechas huellas de pasos tales que las pude creer hechas por un perezoso [10]. Esto dirigió mi atención más cerca del pedestal.

Era éste, como creo haber dicho, de bronce. No se trataba de un simple bloque, sino que estaba ambiciosamente adornado con unos paneles hondos a cada lado.

Me acerqué a golpearlos. El pedestal era hueco. Examinando los paneles minuciosamente, observé que quedaba una abertura entre ellos y el marco. No había allí asas ni cerraduras, pero era posible que aquellos paneles, si eran puertas como yo suponía, se abriesen hacia dentro. Una cosa aparecía clara a mi inteligencia. No necesité un gran esfuerzo mental para inferir que mi Máquina del Tiempo estaba dentro de aquel pedestal. Pero cómo había llegado hasta allí era un problema diferente.

Vi las cabezas de dos seres vestidos color naranja, entre las matas y bajo unos manzanos cubiertos de flores, venir hacia mí. Me volví a ellos sonriendo y llamándoles por señas. Llegaron a mi lado, y entonces, señalando el pedestal de bronce, intenté darles a entender mi deseo de abrirlo. Pero a mi primer gesto hacia allí se comportaron de un modo muy extraño. No sé cómo describirles a ustedes su expresión. Supongan que hacen a una dama de fino temperamento unos gestos groseros e impropios; la actitud que esa dama adoptaría fue la de ellos. Se alejaron como si hubiesen recibido el último insulto. Intenté una amable mímica parecida ante un mocito vestido de blanco, con el mismo resultado exactamente. De un modo u otro su actitud me dejó avergonzado de mí mismo. Pero, como ustedes comprenderán, yo deseaba recuperar la Máquina del Tiempo, e hice una nueva tentativa. Cuando le vi a

éste dar la vuelta, como los otros, mi mal humor predominó. En tres zancadas le alcancé, le cogí por la parte suelta de su vestido alrededor del cuello, y le empecé a arrastrar hacia la esfinge. Entonces vi tal horror y tal repugnancia en su rostro que le solté de repente.

Pero no quería declararme vencido aún. Golpeé con los puños los paneles de bronce. Creí oír algún movimiento dentro —para ser más claro, creí percibir un ruido como de risas sofocadas—, pero debí equivocarme. Entonces fui a buscar una gruesa piedra al río, y volví a martillar con ella los paneles hasta que hube aplastado una espiral de los adornos, y cayó el verdín en laminillas polvorientas. La delicada gentecilla debió de oírme golpear en violentas arremetidas hasta una milla, pero no se acercó. Vi una multitud de ellos por las laderas, mirándome furtivamente. Al final, sofocado y rendido, me senté para vigilar aquel sitio. Pero estaba demasiado inquieto para vigilar largo rato. soy demasiado occidental para una larga vigilancia. Puedo trabajar durante años enteros en un problema, pero aguardar inactivo durante veinticuatro horas es otra cuestión.

Después de un rato me levanté, y empecé a caminar a la ventura entre la maleza, hacia la colina otra vez.

—*«Paciencia* —me dije—*; si quieres recuperar tu máquina debes dejar sola a la esfinge. Si piensan quitártela, de poco sirve destrozar sus paneles de bronce, y si no piensan hacerlo, te la devolverán tan pronto como se la pidas. Velar entre todas esas cosas desconocidas ante un rompecabezas como éste es desesperante. Representa una línea de conducta que lleva a la demencia. Enfréntate con este mundo. Aprende sus usos, obsérvale, abstente de hacer conjeturas demasiado precipitadas en cuanto a sus intenciones; al final encontrarás la pista de todo esto.»*

Entonces, me di cuenta de repente de lo cómico de la situación: el recuerdo de los años que había gastado en estudios y trabajos para adentrarme en el tiempo futuro y, ahora, una ardiente ansiedad por salir de él. Me había creado la más complicada y desesperante trampa que haya podido inventar nunca un hombre. Aunque era a mi propia costa, no pude remediarlo. Me reí a carcajadas.

Cuando cruzaba el enorme palacio, me pareció que aquellas gentecillas me esquivaban. Podían ser figuraciones mías, o algo relacionado con mis golpes en las puertas de bronce. Estaba, sin embargo, casi seguro de que me rehuían. Pese a lo cual tuve buen cuidado de mostrar que no me importaba, y de abstenerme de perseguirles, y en el transcurso de uno o dos días las cosas volvieron a su antiguo estado. Hice todos los progresos que pude en su lengua, y, además, proseguí mis exploraciones aquí y allá. A menos que no haya tenido en cuenta algún punto sutil, su lengua parecía excesivamente simple, compuesta casi exclusivamente de substantivos concretos y verbos. En lo relativo a los substantivos abstractos, parecía haber pocos (si los había). Empleaban escasamente el lenguaje figurado. Como sus frases eran por

lo general simples y de dos palabras, no pude darles a entender ni comprender yo sino las cosas más sencillas. Decidí apartar la idea de mi Máquina del Tiempo y el misterio de las puertas de bronce de la esfinge hasta donde fuera posible, en un rincón de mi memoria, esperando que mi creciente conocimiento me llevase a ella por un camino natural. Sin embargo, cierto sentimiento, como podrán ustedes comprender, me retenía en un círculo de unas cuantas millas alrededor del sitio de mi llegada.

8 - Explicación

Hasta donde podía ver, el Mundo entero desplegaba la misma exuberante riqueza que el valle del Támesis. Desde cada colina a la que yo subía, vi la misma profusión de edificios espléndidos, infinitamente variados de materiales y de estilos; los mismos amontonamientos de árboles de hoja perenne, los mismos árboles cargados de flores, y los mismos altos helechos. Aquí y allá el agua brillaba como plata, y más lejos la tierra se elevaba en azules ondulaciones de colinas, y desaparecía así en la serenidad del cielo. Un rasgo peculiar que pronto atrajo mi atención fue la presencia de ciertos pozos circulares, varios de ellos, según me pareció, de una profundidad muy grande. Uno se hallaba situado cerca del sendero que subía a la colina, y que yo había seguido durante mi primera caminata. Como los otros, estaba bordeado de bronce, curiosamente forjado, y protegido de la lluvia por una pequeña cúpula. Sentado sobre el borde de aquellos pozos, y escrutando su obscuro fondo, no pude divisar ningún centelleo de agua, ni conseguir ningún reflejo con la llama de una cerilla. Pero en todos ellos oí cierto ruido: un toc-toc-toc, parecido a la pulsación de alguna enorme máquina; y descubrí, por la llama de mis cerillas, que una corriente continua de aire soplaba abajo, dentro del hueco de los pozos. Además, arrojé un pedazo de papel en el orificio de uno de ellos; y en vez de descender revoloteando lentamente, fue velozmente aspirado y se perdió de vista.

También, después de un rato, llegué a relacionar aquellos pozos con altas torres que se elevaban aquí y allá sobre las laderas; pues había con frecuencia por encima de ellas esa misma fluctuación que se percibe en un día caluroso sobre una playa abrasada por el Sol. Enlazando estas cosas, llegué a la firme presunción de un amplio sistema de ventilación subterránea, cuya verdadera significación me resultaba difícil imaginar. Me incliné al principio a asociarlo con la instalación sanitaria de aquellas gentes. Era una conclusión evidente, pero absolutamente equivocada.

Y aquí debo admitir que he aprendido muy poco de desagües, de campanas y de modos de transporte, y de comodidades parecidas, durante el tiempo de mi estancia en aquel futuro real. En algunas de aquellas visiones de *Utopía* [11] y de los tiempos por venir que he leído, hay una gran cantidad de detalles sobre la construcción, las ordenaciones sociales, y demás cosas de ese género. Pero aunque tales detalles son bastante fáciles de obtener cuando el Mundo entero se halla contenido en la sola imaginación, son por completo inaccesibles para un auténtico viajero mezclado con la realidad, como me encontré allí.

¡Imagínense ustedes lo que contaría de Londres un negro recién llegado del África central al regresar a su tribu! ¿Qué podría él saber de las compañías de ferrocarriles, de los movimientos sociales, del teléfono y el telégrafo, de la compañía

de envío de paquetes a domicilio, de los giros postales y de otras cosas parecidas? ¡Sin embargo, nosotros accederíamos, cuando menos, a explicarle esas cosas! E incluso de lo que él supiese, ¿qué le haría comprender o creer a su amigo que no hubiese viajado? ¡Piensen, además, qué escasa distancia hay entre un negro y un blanco de nuestro propio tiempo, y qué extenso espacio existía entre aquellos seres de la Edad de oro y yo! Me daba cuenta de muchas cosas invisibles que contribuían a mi bienestar; pero salvo por una impresión general de organización automática, temo no poder hacerles comprender a ustedes sino muy poco de esa diferencia.

En lo referente a la sepultura, por ejemplo, no podía yo ver signos de cremación, ni nada que sugiriese tumbas. Pero se me ocurrió que, posiblemente, habría cementerios (u hornos crematorios) en alguna parte, más allá de mi línea de exploración. Fue ésta, de nuevo, una pregunta que me planteé deliberadamente y mi curiosidad sufrió un completo fracaso al principio con respecto a ese punto. La cosa me desconcertaba, y acabé por hacer una observación ulterior que me desconcertó más aún: que no había entre aquella gente ningún ser anciano o achacoso.

Debo confesar que la satisfacción que sentí por mi primera teoría de una civilización automática y de una Humanidad en decadencia, no duró mucho tiempo. Sin embargo, no podía yo imaginar otra. Los diversos enormes palacios que había yo explorado eran simples viviendas, grandes salones comedores y amplios dormitorios. No pude encontrar ni máquinas ni herramientas de ninguna clase. Sin embargo, aquella gente iba vestida con bellos tejidos, que deberían necesariamente renovar de vez en cuando, y sus sandalias, aunque sin adornos, eran muestras bastante complejas de labor metálica. De un modo o de otro tales cosas debían ser fabricadas. Y aquella gentecilla no revelaba indicio alguno de tendencia creadora. No había tiendas, ni talleres, ni señal ninguna de importaciones entre ellos. Gastaban todo su tiempo en retozar lindamente, en bañarse en el río, en hacerse el amor de una manera semijuguetona, en comer frutas, y en dormir. No pude ver cómo se conseguía que las cosas siguieran marchando.

Volvamos, entonces, a la Máquina del Tiempo: alguien, no sabía yo quién, la había encerrado en el pedestal hueco de la Esfinge Blanca. *¿Por qué?* A fe mía no pude imaginarlo. Había también aquellos pozos sin agua, aquellas columnas de aireación. Comprendí que me faltaba una pista. Comprendí..., ¿cómo les explicaría aquello? Supónganse que encuentran ustedes una inscripción, con frases aquí y allá en un excelente y claro inglés, e, interpoladas con esto, otras compuestas de palabras, incluso de letras, absolutamente desconocidas para ustedes. ¡Pues bien, al tercer día de mi visita, así era como se me presentaba el Mundo del año 802.701!

Ese día, también, hice una amiga... en cierto modo. Sucedió que, cuando estaba yo contemplando a algunos de aquellos seres bañándose en un bajío, uno de ellos sufrió un calambre, y empezó a ser arrastrado por el agua. La corriente principal era

más bien rápida, aunque no demasiado fuerte para un nadador regular. Les daré a ustedes una idea, por tanto, de la extraña imperfección de aquellas criaturas, cuando les diga que ninguna hizo el más leve gesto para intentar salvar al pequeño ser que gritando débilmente se estaba ahogando ante sus ojos. Cuando me di cuenta de ello, me despojé rápidamente de la ropa, y vadeando el agua por un sitio más abajo, agarré aquella cosa menuda y la puse a salvo en la orilla. Unas ligeras fricciones en sus miembros la reanimaron pronto, y tuve la satisfacción de verla completamente bien antes de separarme de ella. Tenía tan poca estimación por los de su raza que no esperé ninguna gratitud de la muchachita. Sin embargo, en esto me equivocaba.



Lo relatado ocurrió por la mañana. Por la tarde encontré a mi mujercilla —eso supuse que era— cuando regresaba yo hacia mi centro de una exploración. Me recibió con gritos de deleite, y me ofreció una gran guirnalda de flores, hecha evidentemente para mí. Aquello impresionó mi imaginación. Es muy posible que me sintiese solo. Sea como fuere, hice cuanto pude para mostrar mi reconocimiento por su regalo. Pronto estuvimos sentados juntos bajo un árbol sosteniendo una conversación compuesta principalmente de sonrisas. La amistad de aquella criatura me afectaba exactamente como puede afectar la de una niña. Nos dábamos flores uno a otro, y ella me besaba las manos. Le besé yo también las suyas. Luego intenté hablar y supe que se llamaba Weena, nombre que a pesar de no saber yo lo que

significaba me pareció en cierto modo muy apropiado. Este fue el comienzo de una extraña amistad que duró una semana, ¡y que terminó como les diré!

Era ella exactamente parecida a una niña. Quería estar siempre conmigo. Intentaba seguirme por todas partes, y en mi viaje siguiente sentí el corazón oprimido, teniendo que dejarla, al final, exhausta y llamándome quejumbrosamente, Pues me era preciso conocer a fondo los problemas de aquel Mundo. No había llegado, me dije a mí mismo, al futuro para mantener un flirteo en miniatura. Sin embargo, su angustia cuando la dejé era muy grande, sus reproches al separarnos eran a veces frenéticos, y creo plenamente que sentí tanta inquietud como consuelo con su afecto. Sin embargo, significaba ella, de todos modos, un gran alivio para mí. Creí que era un simple cariño infantil el que la hacía apegarse a mí. Hasta que fue demasiado tarde, no supe claramente qué pena le había infligido al abandonarla. Hasta entonces no supe tampoco claramente lo que era ella para mí. Pues, por estar simplemente en apariencia enamorada de mí, por su manera fútil de mostrar que yo le preocupaba, aquella humana muñequita pronto dio a mi regreso a las proximidades de la Esfinge Blanca casi el sentimiento de la vuelta al hogar; y acechaba la aparición de su delicada figurita, blanca y oro, no bien llegaba yo a la colina.

Por ella supe también que el temor no había desaparecido aún de la Tierra. Se mostraba ella bastante intrépida durante el día y tenía una extraña confianza en mi; pues una vez, en un momento estúpido, le hice muecas amenazadoras y, ella se echó a reír simplemente. Pero le amedrentaban la obscuridad, las sombras, las cosas negras. Las tinieblas eran para ella la única cosa aterradora. Era una emoción singularmente viva, y esto me hizo meditar y observarla. Descubrí, entonces, entre otras cosas, que aquellos seres se congregaban dentro de las grandes casas, al anochecer, y dormían en grupos. Entrar donde ellos estaban sin una luz les llenaba de una inquietud tumultuosa. Nunca encontré a nadie de puertas afuera, o durmiendo solo de puertas adentro, después de ponerse el Sol. Sin embargo, fui tan estúpido que no comprendí la lección de ese temor, y, pese a la angustia de Weena, me obstiné en acostarme apartado de aquellas multitudes adormecidas.

Esto le inquietó a ella mucho, pero al final su extraño afecto por mí triunfó, y durante las cinco noches de nuestro conocimiento, incluyendo la última de todas, durmió ella con la cabeza recostada sobre mi brazo. Pero mi relato se me escapa mientras les hablo a ustedes de ella. La noche anterior a su salvación debía despertarme al amanecer. Había estado inquieto, soñando muy desagradablemente que me ahogaba, y que unas anémonas de mar me palpaban la cara con sus blandos apéndices. Me desperté sobresaltado, con la extraña sensación de que un animal gris acababa de huir de la habitación. Intenté dormirme de nuevo, pero me sentía desasosegado y a disgusto. Era esa hora incierta y gris en que las cosas acaban de surgir de las tinieblas, cuando todo es incoloro y se recorta con fuerza, aun

pareciendo irreal. Me levanté, fui al gran vestíbulo y llegué así hasta las losas de piedra delante del palacio. Tenía intención, haciendo virtud de la necesidad, de contemplar la salida del Sol.

La Luna se ponía, y su luz moribunda y las primeras palideces del alba se mezclaban en una semiclaridad fantasmal. Los arbustos eran de un negro tinta, la tierra de un gris obscuro, el cielo descolorido y triste. Y sobre la colina creía ver unos espectros. En tres ocasiones distintas, mientras escudriñaba la ladera, vi unas figuras blancas. Por dos veces me pareció divisar una criatura solitaria, blanca, con el aspecto de un mono, subiendo más bien rápidamente por la colina, y una vez cerca de las ruinas vi tres de aquellas figuras arrastrando un cuerpo obscuro. Se movían velozmente. Y no pude ver qué fue de ellas. Parecieron desvanecerse entre los arbustos. El alba era todavía incierta, como ustedes comprenderán. Y tenía yo esa sensación helada, confusa, del despuntar del alba que ustedes conocen tal vez. Dudaba de mis ojos.

Cuando el cielo se tornó brillante al este, y la luz del Sol subió y esparció una vez más sus vivos colores sobre el Mundo, escruté profundamente el paisaje, pero no percibí ningún vestigio de mis figuras blancas. Eran simplemente seres de la media luz.

—«Deben de haber sido fantasmas —me dije—. *Me pregunto qué edad tendrán.»*

Pues una singular teoría de Grant Allen [12] vino a mi mente, y me divirtió. Si cada generación fenece y deja fantasmas, argumenta él, el Mundo al final estará atestado de ellos. Según esa teoría habrían crecido de modo innumerable dentro de unos ochocientos mil años a contar de esta fecha, y no sería muy sorprendente ver cuatro a la vez. Pero la broma no era convincente y me pasé toda la mañana pensando en aquellas figuras, hasta que gracias a Weena logré desechar ese pensamiento. Las asocié de una manera vaga con el animal blanco que había yo asustado en mi primera y ardorosa busca de la Máquina del Tiempo.

Pero Weena era una grata substituta. Sin embargo, todas ellas estaban destinadas pronto a tomar una mayor y más implacable posesión de mi espíritu.

Creo haberles dicho cuánto más calurosa que la nuestra era la temperatura de esa Edad de Oro. No puedo explicarme por qué. Quizá el Sol era más fuerte, o la Tierra estaba más cerca del Sol. Se admite, por lo general, que el Sol se irá enfriando constantemente en el futuro. Pero la gente, poco familiarizada con teorías tales como las de Darwin [13] , olvida que los planetas deben finalmente volver a caer uno por uno dentro de la masa que los engendró. Cuando esas catástrofes ocurran, el Sol llameará con renovada energía; y puede que algún planeta interior haya sufrido esa suerte. Sea cual fuere la razón, persiste el hecho de que el Sol era mucho más fuerte que el que nosotros conocemos.

Bien, pues una mañana muy calurosa —la cuarta, creo, de mi estancia—, cuando

intentaba resguardarme del calor y de la reverberación entre algunas ruinas colosales cerca del gran edificio donde dormía y comía, ocurrió una cosa extraña. Encaramándome sobre aquel montón de mampostería, encontré una estrecha galería, cuyo final y respiradero laterales estaban obstruidos por masas de piedras caídas. En contraste con la luz deslumbrante del exterior, me pareció al principio de una obscuridad impenetrable. Entré a tientas, pues el cambio de la luz a las tinieblas hacía surgir manchas flotantes de color ante mí. De repente me detuve como hechizado. Un par de ojos, luminosos por el reflejo de la luz de afuera, me miraba fijamente en las tinieblas.

El viejo e instintivo terror a las fieras se apoderó nuevamente de mí. Apreté los puños y miré con decisión aquellos brillantes ojos. Luego, el pensamiento de la absoluta seguridad en que la Humanidad parecía vivir se apareció a mi mente. Y después recordé aquel extraño terror a las tinieblas. Dominando mi pavor hasta cierto punto, avancé un paso y hablé. Confesaré que mi voz era bronca e insegura. Extendí la mano y toqué algo suave. Inmediatamente los ojos se apartaron y algo blanco huyó rozándome. Me volví con el corazón en la garganta, y vi una extraña figurilla de aspecto simiesco, sujetándose la cabeza de una manera especial, cruzar corriendo el espacio iluminado por el Sol, a mi espalda. Chocó contra un bloque de granito, se tambaleó, y en un instante se ocultó en la negra sombra bajo otro montón de escombros de las ruinas.

La impresión que recogí de aquel ser fue, naturalmente, imperfecta; pero sé que era de un blanco desvaído, y, que tenía unos ojos grandes y extraños de un rojo grisáceo, y también unos cabellos muy rubios que le caían por la espalda. Pero, como digo, se movió con demasiada rapidez para que pudiese verle con claridad. No puedo siquiera decir si corría a cuatro pies, o tan sólo manteniendo sus antebrazos muy bajos. Después de unos instantes de detención le seguí hasta el segundo montón de ruinas. No pude encontrarle al principio; pero después de un rato entre la profunda obscuridad, llegué a una de aquellas aberturas redondas y parecidas a un pozo de que ya les he hablado a ustedes, semiobstruida por una columna derribada. Un pensamiento repentino vino a mi mente. ¿Podría aquella Cosa haber desaparecido por dicha abertura abajo? Encendí una cerilla y, mirando hasta el fondo, vi agitarse una pequeña y blanca criatura con unos ojos brillantes que me miraban fijamente. Esto me hizo estremecer. ¡Aquel ser se asemejaba a una araña humana! Descendía por la pared y divisé ahora por primera vez una serie de soportes y de asas de metal formando una especie de escala, que se hundía en la abertura. Entonces la llama me quemó los dedos y la solté, apagándose al caer; y cuando encendí otra, el pequeño monstruo había desaparecido.

No sé cuánto tiempo permanecí mirando el interior de aquel pozo. Necesité un rato para conseguir convencerme a mí mismo de que aquella cosa entrevista era un

ser humano. Pero, poco a poco, la verdad se abrió paso en mí: el Hombre no había seguido siendo una especie única, sino que se había diferenciado en dos animales distintos; las graciosas criaturas del Mundo Superior no eran los únicos descendientes de nuestra generación, sino que aquel ser, pálido, repugnante, nocturno, que había pasado fugazmente ante mí, era también el heredero de todas las edades.

Pensé en las columnas de aireación y en mi teoría de una ventilación subterránea. Empecé a sospechar su verdadera importancia. ¿Y qué viene a hacer, me pregunté, este Lémur en mi esquema de una organización perfectamente equilibrada? ¿Qué relación podía tener con la indolente serenidad de los habitantes del Mundo Superior? ¿Y qué se ocultaba debajo de aquello en el fondo de aquel pozo? Me senté sobre el borde diciéndome que, en cualquier caso, no había nada que temer, y que debía yo bajar allí para solucionar mis apuros. ¡Y al mismo tiempo me aterraba en absoluto bajar! Mientras vacilaba, dos de los bellos seres del Mundo Superior llegaron corriendo en su amoroso juego desde la luz del Sol hasta la sombra. El varón perseguía a la hembra, arrojándole flores en su huida.

Parecieron angustiados de encontrarme, con mi brazo apoyado contra la columna caída, y escrutando el pozo. Al parecer, estaba mal considerado el fijarse en aquellas aberturas; pues cuando señalé ésta junto a la cual estaba yo e intenté dirigirles una pregunta sobre ello en su lengua, se mostraron más angustiados aún y se dieron la vuelta. Pero les interesaban mis cerillas, y encendí unas cuantas para divertirlos. Intenté de nuevo preguntarles sobre el pozo, Y fracasé otra vez. Por eso los dejé en seguida, a fin de ir en busca de Weena, y ver qué podía sonsacarle. Pero mi mente estaba ya trastornada; mis conjeturas e impresiones se deslizaban y enfocaban hacia una nueva interpretación. Tenía ahora una pista para averiguar la importancia de aquellos pozos, de aquellas torres de ventilación, de aquel misterio de los fantasmas; ¡y esto sin mencionar la indicación relativa al significado de las puertas de bronce y de la suerte de la Máquina del Tiempo! Y muy vagamente hallé una sugerencia acerca de la solución del problema económico que me había desconcertado.

He aquí mi nuevo punto de vista. Evidentemente, aquella segunda especie humana era subterránea. Había en especial tres detalles que me hacían creer que sus raras apariciones sobre el suelo eran la consecuencia de una larga y continuada costumbre de vivir bajo tierra. En primer lugar, estaba el aspecto lívido común a la mayoría de los animales que viven prolongadamente en la obscuridad; el pez blanco de las grutas del Kentucky, por ejemplo. Luego, aquellos grandes ojos con su facultad de reflejar la luz son rasgos comunes en los seres nocturnos, según lo demuestran el búho y el gato. Y por último, aquel patente desconcierto a la luz del Sol, y aquella apresurada y, sin embargo, torpe huida hacia la obscura sombra, y aquella postura tan particular de la cabeza mientras estaba a la luz, todo esto reforzaba la teoría de una extremada sensibilidad de la retina.

Bajo mis pies, por tanto, la tierra debía estar inmensamente socavada y aquellos socavones eran la vivienda de a Nueva Raza. La presencia de tubos de ventilación y de los pozos a lo largo de las laderas de las colinas, por todas partes en realidad, excepto a lo largo del valle por donde corría el río, revelaba cuán universales eran sus ramificaciones. ¿No era muy natural, entonces, suponer que era en aquel Mundo Subterráneo donde se hacía el trabajo necesario para la comodidad de la raza que vivía a la luz del Sol? La explicación era tan plausible que la acepté inmediatamente y llegué hasta imaginar el porqué de aquella diferenciación de la especie humana. Me atrevo a creer que prevén ustedes la hechura de mi teoría, aunque pronto comprendí por mí mismo cuán alejada estaba de la verdad.

Al principio, procediendo conforme a los problemas de nuestra propia época, me parecía claro como la luz del día que la extensión gradual de las actuales diferencias meramente temporales y sociales entre el Capitalista y el Trabajador era la clave de la situación entera. Sin duda les parecerá a ustedes un tanto grotesco —¡y disparatadamente increíble!—, y, sin embargo, aun ahora existen circunstancias que señalan ese camino. Hay una tendencia a utilizar el espacio subterráneo para los fines menos decorativos de la civilización; hay, por ejemplo, en Londres el Metro, hay los nuevos tranvías eléctricos, hay pasos subterráneos, talleres y restaurantes subterráneos, que aumentan y se multiplican.

—*«Evidentemente* —pensé— *esta tendencia ha crecido hasta el punto que la industria ha perdido gradualmente su derecho de existencia al aire libre.»*

Quiero decir que se había extendido cada vez más profundamente y cada vez en más y más amplias fábricas subterráneas ¡consumiendo una cantidad de tiempo sin cesar creciente, hasta que al final...! Aun hoy día, ¿es que un obrero del *East End* [14] no vive en condiciones de tal modo artificiales que, prácticamente, está separado de la superficie natural de la Tierra?

Además, la tendencia exclusiva de la gente rica —debida, sin duda, al creciente refinamiento de su educación y al amplio abismo en aumento entre ella y la ruda violencia de la gente pobre— la lleva ya a acotar, en su interés, considerables partes de la superficie del país. En los alrededores de Londres, por ejemplo, tal vez la mitad de los lugares más hermosos están cerrados a la intrusión. Y ese mismo abismo creciente que se debe a los procedimientos más largos y costosos de la educación superior y a las crecientes facilidades y tentaciones por parte de los ricos, hará que cada vez sea menos frecuente el intercambio entre las clases y el ascenso en la posición social por matrimonios entre ellas, que retrasa actualmente la división de nuestra especie a lo largo de líneas de estratificación social. De modo que, al final, sobre el suelo habremos de tener a los Poseedores, buscando el placer, el bienestar, y la belleza, y debajo del suelo a los No Poseedores; los obreros se adaptan continuamente a las condiciones de su trabajo. Una vez allí, tuvieron, sin duda, que

pagar un canon nada reducido por la ventilación de sus cavernas; y si se negaban, los mataban de hambre o los asfixiaban para hacerles pagar los atrasos. Los que habían nacido para ser desdichados o rebeldes, murieron; y finalmente, al ser permanente el equilibrio, los supervivientes acabaron por estar adaptados a las condiciones de la vida subterránea y tan satisfechos en su medio como la gente del Mundo Superior en el suyo. Por lo que, me parecía, la refinada belleza y la palidez marchita se seguían con bastante naturalidad.

El gran triunfo de la Humanidad que había yo soñado tomaba una forma distinta en mi mente. No había existido tal triunfo de la educación moral y de la cooperación general, como imaginé. En lugar de esto, veía yo una verdadera aristocracia, armada de una ciencia perfecta y preparando una lógica conclusión al sistema industrial de hoy día. Su triunfo no había sido simplemente un triunfo sobre la Naturaleza, sino un triunfo sobre la Naturaleza y sobre el prójimo. Esto, debo advertirlo a ustedes, era mi teoría de aquel momento. No tenía ningún guía adecuado como ocurre en los libros utópicos. Mi explicación puede ser errónea por completo. Aunque creo que es la más plausible. Pero, aun suponiendo esto, la civilización equilibrada que había sido finalmente alcanzada debía haber sobrepasado hacía largo tiempo su cenit, y haber caído en una profunda decadencia. La seguridad demasiado perfecta de los habitantes del Mundo Superior los había llevado, en un pausado movimiento de degeneración, a un aminoramiento general de estatura, de fuerza e inteligencia. Eso podía yo verlo ya con bastante claridad. Sin embargo, no sospechaba aún lo que había ocurrido a los habitantes del Mundo Subterráneo, pero por lo que había visto de los Morlocks —que era el nombre que daban a aquellos seres— podía imaginar que la modificación del tipo humano era aún más profunda que entre los Eloi, la raza que ya conocía.

Entonces tuve unas dudas fastidiosas respecto a los Morlocks,. ¿Por qué habían cogido mi Máquina del Tiempo? Pues estaba seguro de que eran ellos quienes la habían cogido. ¿Y por qué, también, si los Eloi eran los amos, no podían devolvérmela? ¿Y por qué sentían un miedo tan terrible de la obscuridad? Empecé, como ya he dicho, por interrogar a Weena acerca de aquel Mundo Subterráneo, pero de nuevo quedé defraudado. Al principio no comprendió mis preguntas, y luego se negó a contestarlas. Se estremecía como si el tema le fuese insoportable. Y cuando la presioné, quizá un poco bruscamente, se deshizo en llanto. Fueron las únicas lágrimas, exceptuando las mías, que vi jamás en la Edad de Oro. Viéndolas cesé de molestarla sobre los Morlocks, y me dediqué a borrar de los ojos de Weena aquellas muestras de su herencia humana. Pronto sonrió, aplaudiendo con sus manitas, mientras yo encendía solemnemente una cerilla.

9 - Los Morlocks

Podrá parecerles raro, pero dejé pasar dos días antes de seguir la reciente pista que llevaba evidentemente al camino apropiado. Sentía una aversión especial por aquellos cuerpos pálidos. Tenían exactamente ese tono semiblancuzco de los gusanos y de los animales conservados en alcohol en un museo zoológico. Y al tacto eran de una frialdad repugnante. Mi aversión se debía en gran parte a la influencia simpática de los Eloi, cuyo asco por los Morlocks empezaba yo a comprender.

La noche siguiente no dormí nada bien. Sin duda mi salud estaba alterada. Me sentía abrumado de perplejidad y de dudas. Tuve una o dos veces la sensación de un pavor intenso al cual no podía yo encontrar ninguna razón concreta. Recuerdo haberme deslizado sin ruido en el gran vestíbulo donde aquellos seres dormían a la luz de la Luna —aquella noche Weena se hallaba entre ellas— y me sentía tranquilizado con su presencia. Se me ocurrió, en aquel momento, que en el curso de pocos días la Luna debería entrar en su último cuarto, y las noches serían obscuras; entonces, las apariciones de aquellos desagradables seres subterráneos, de aquellos blancuzcos lémures, de aquella nueva gusanera que había substituido a la antigua, serían más numerosas. Y durante esos dos días tuve la inquieta sensación de quien elude una obligación inevitable. Estaba seguro de que solamente recuperaría la Máquina del Tiempo penetrando audazmente en aquellos misterios del subsuelo. Sin embargo, no podía enfrentarme con aquel enigma. De haber tenido un compañero la cosa sería muy diferente. Pero estaba horriblemente solo, y el simple hecho de descender por las tinieblas del pozo me hacía palidecer. No sé si ustedes comprenderán mi estado de ánimo, pero sentía sin cesar un peligro a mi espalda.

Esta inquietud, esta inseguridad, era quizá la que me arrastraba más y más lejos en mis excursiones exploradoras. Yendo al sudoeste, hacia la comarca escarpada que se llama ahora Combe Wood, observé a lo lejos, en la dirección del Banstead [15] del siglo XIX, una amplia construcción verde, de estilo diferente a las que había visto hasta entonces. Era más grande que el mayor de los palacios o ruinas que conocía, y la fachada tenía un aspecto oriental: mostraba ésta el brillo de un tono gris pálido, de cierta clase de porcelana china, Esta diferencia de aspecto sugería una diferencia de uso, y se me ocurrió llevar hasta allí mi exploración. Pero el día declinaba ya, y llegué a la vista de aquel lugar después de un largo y extenuante rodeo; por lo cual decidí aplazar la aventura para el día siguiente, y volví hacia la bienvenida y las caricias de la pequeña Weena. Pero a la mañana siguiente me di cuenta con suficiente claridad que mi curiosidad referente al Palacio de Porcelana Verde era un acto de autodecepción, capaz de evitarme, por un día más, la experiencia que yo temía. Decidí emprender el descenso sin más pérdida de tiempo, y salí al amanecer hacia un

pozo cercano a las ruinas de granito y aluminio.

La pequeña Weena vino corriendo conmigo, Bailaba junto al pozo, pero, cuando vio que me inclinaba yo sobre el brocal mirando hacia abajo, pareció singularmente desconcertada.

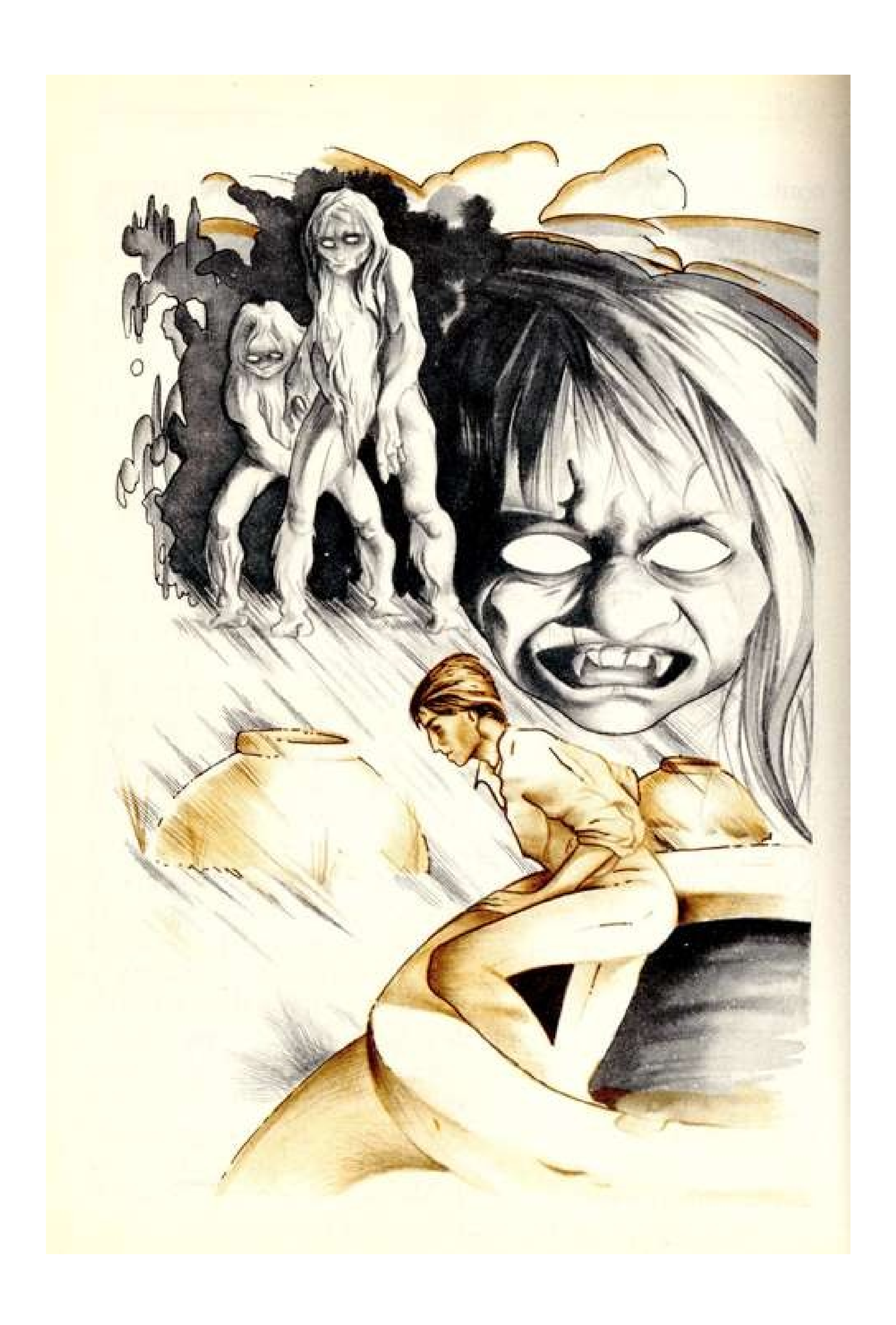
«—Adiós, pequeña Weena, —dije, besándola, y luego, dejándola sobre el suelo, comencé a buscar sobre el brocal los escalones y los ganchos.»

Más bien de prisa —debo confesarlo—, ¡pues temía que flaquease mi valor! Al principio ella me miró con asombro. Luego lanzó un grito quejumbroso y, corriendo hacia mí, quiso retenerme con sus manitas. Creo que su oposición me incitó más bien a continuar. La rechacé, acaso un poco bruscamente, y un momento después estaba adentrándome en el pozo. Vi su cara agonizante sobre el brocal y le sonreí para tranquilizarla. Luego me fue preciso mirar hacia abajo a los ganchos inestables a que me agarraba.

Tuve que bajar un trecho de doscientas yardas, quizá. El descenso lo efectuaba por medio de los barrotes metálicos que salían de las paredes del pozo, y como estaban adaptados a las necesidades de unos mucho más pequeños que yo, pronto me sentí entumecido y fatigado por la bajada. ¡Y no sólo fatigado! Uno de los barrotes cedió de repente bajo mi peso, y casi me balanceé en las tinieblas de debajo. Durante un momento quedé suspendido por una mano, y después de esa prueba no me atreví a descansar de nuevo. Aunque mis brazos y mi espalda me doliesen ahora agudamente, seguía descendiendo de un tirón, tan de prisa como era posible. Al mirar hacia arriba, vi la abertura, un pequeño disco azul, en el cual era visible una estrella, mientras que la cabeza de la pequeña Weena aparecía como una proyección negra y redonda. El ruido acompasado de una máquina, desde el fondo, se hacía cada vez más fuerte y opresivo. Todo, salvo el pequeño disco de arriba, era profundamente obscuro, y cuando volví a mirar hacia allí, Weena había desaparecido. Me sentía en una agonía de inquietud. Pensé vagamente Intentar remontar del pozo y dejar en su soledad al Mundo Subterráneo. Pero hasta cuando estaba dándole vueltas a esa idea, seguía descendiendo. Por último, con un profundo alivio, vi confusamente aparecer, a un pie a mi derecha, una estrecha abertura en la pared. Me introduje allí y descubrí que era el orificio de un reducido túnel horizontal en el cual pude tenderme y descansar. Y ya era hora. Mis brazos estaban doloridos, mi espalda entumecida, y temblaba con el prolongado terror de una caída. Además, la obscuridad ininterrumpida tuvo un efecto doloroso sobre mis ojos. El aire estaba lleno del palpitante zumbido de la maquinaria que ventilaba el pozo.

No sé cuánto tiempo permanecí tendido allí. Me despertó una mano suave que tocaba mi cara. Me levanté de un salto en la obscuridad y, sacando mis cerillas, encendí una rápidamente: vi tres seres encorvados y blancos semejantes a aquel que había visto sobre la tierra, en las ruinas, y que huyó velozmente de la luz. Viviendo,

como vivían, en las que me parecían tinieblas impenetrables, sus ojos eran de un tamaño anormal y muy sensibles, como lo son las pupilas de los peces de los fondos abisales, y reflejaban la luz de idéntica manera. No me cabía duda de que podían verme en aquella absoluta obscuridad, y no parecieron tener miedo de mí, aparte de su temor a la luz. Pero, en cuanto encendí una cerilla con objeto de verlos, huyeron veloces, desapareciendo dentro de unos sombríos canales y túneles, desde los cuales me miraban sus ojos del modo más extraño.



Intenté llamarles, pero su lenguaje era al parecer diferente del de los habitantes

del Mundo Superior; por lo cual me quedé entregado a mis propios esfuerzos, y la idea de huir antes de iniciar la exploración pasó por mi mente. Pero me dije a mí mismo: «Estás aquí ahora para eso», y avancé a lo largo del túnel, sintiendo que el ruido de la maquinaria se hacía más fuerte.

Pronto dejé de notar las paredes a mis lados, llegué a un espacio amplio y abierto, y encendiendo otra cerilla, vi que había entrado en una vasta caverna arqueada que se extendía en las profundas tinieblas más allá de la claridad de mi cerilla. Vi lo que se puede ver mientras arde una cerilla.

Mi recuerdo es forzosamente vago. Grandes formas parecidas a enormes máquinas surgían de la obscuridad y proyectaban negras sombras entre las cuales los inciertos y espectrales Morlocks se guarecían de la luz. El sitio, dicho sea de paso, era muy sofocante y opresivo, y débiles emanaciones de sangre fresca flotaban en el aire. Un poco más abajo del centro había una mesita de un metal blanco, en la que parecía haberse servido una comida. ¡Los Morlocks eran, de todos modos, carnívoros! Aun en aquel momento, recuerdo haberme preguntado qué voluminoso animal podía haber sobrevivido para suministrar el rojo cuarto que yo veía. Estaba todo muy confuso: el denso olor, las enormes formas carentes de significado, la figura repulsiva espiando en las sombras, ¡y esperando tan sólo a que volviesen a reinar las tinieblas para acercarse a mí de nuevo! Entonces la cerilla se apagó, quemándome los dedos, y cayó, con una roja ondulación, en las tinieblas.

He pensado después lo mal equipado que estaba yo para semejante experiencia. Cuando la inicié con la Máquina del Tiempo, lo hice en la absurda suposición de que todos los hombres del futuro debían ser infinitamente superiores a nosotros mismos en todos los artefactos. Había llegado sin armas, sin medicinas, sin nada que fumar —¡a veces notaba atrozmente la falta del tabaco!—; hasta sin suficientes cerillas. ¡Si tan sólo hubiera pensado en una Kodak! Podría haber tomado aquella visión del Mundo Subterráneo en un segundo, y haberlo examinado a gusto. Pero, sea lo que fuere, estaba allí con las únicas armas y los únicos poderes con que la Naturaleza me ha dotado: manos, pies y dientes; esto y cuatro cerillas suecas que aún me quedaban.

Temía yo abrirme camino entre toda aquella maquinaria en la obscuridad, y solamente con la última llama descubrí que mi provisión de cerillas se había agotado. No se me había ocurrido nunca hasta entonces que hubiera necesidad de economizarlas, y gasté casi la mitad de la caja en asombrar a los habitantes del Mundo Superior, para quienes el fuego era una novedad. Ahora, como digo, me quedaban cuatro, y mientras permanecía en la obscuridad, una mano tocó la mía, sentí unos dedos descarnados sobre mi cara, y percibí un olor especial muy desagradable. Me pareció oír a mi alrededor la respiración de una multitud de aquellos horrorosos pequeños seres. Sentí que intentaban quitarme suavemente la caja de cerillas que tenía en la mano, y que otras manos detrás de mí me tiraban de la

ropa. La sensación de que aquellas criaturas invisibles me examinaban érame desagradable de un modo indescriptible. La repentina comprensión de mi desconocimiento de sus maneras de pensar y de obrar se me presentó de nuevo vivamente en las tinieblas. Grité lo más fuerte que pude. Se apartaron y luego los sentí acercarse otra vez. Sus tocamientos se hicieron más osados mientras se musitaban extraños sonidos unos a otros. Me estremecí con violencia, y volví a gritar, de un modo más bien discordante. Esta vez se mostraron menos seriamente alarmados, y se acercaron de nuevo a mí con una extraña y ruidosa risa. Debo confesar que estaba horriblemente asustado. Decidí encender otra cerilla y escapar amparado por la claridad. Así lo hice, y acreciendo un poco la llama con un pedazo de papel que saqué de mi bolsillo, llevé a cabo mi retirada hacia el estrecho túnel. Pero apenas hube entrado mi luz se apagó, y en tinieblas pude oír a los Morlocks susurrando como el viento entre las hojas, haciendo un ruido acompasado como la lluvia, mientras se Precipitaban detrás de mí.

En un momento me sentí agarrado por varias manos, y no pude equivocarme sobre su propósito, que era arrastrarme hacia atrás. Encendí otra cerilla y la agité ante sus deslumbrantes caras. Difícilmente podrán ustedes imaginar lo nauseabundos e inhumanos que parecían —¡rostros lívidos y sin mentón, ojos grandes, sin párpados, de un gris rosado!— mientras que se paraban en su ceguera y aturdimiento. Pero no me detuve a mirarlos, se lo aseguro a ustedes: volví a retirarme, y cuando terminó mi segunda cerilla, encendí la tercera. Estaba casi consumida cuando alcancé la abertura que había en el pozo. Me tendí sobre el borde, pues la palpitación de la gran bomba del fondo me aturdía. Luego palpé los lados para buscar los asideros salientes, y al hacerlo, me agarraron de los pies Y fui tirado violentamente hacia atrás. Encendí mi última cerilla... y se apagó en el acto. Pero había yo empuñado ahora uno de los barrotes, y dando fuertes puntapiés, me desprendí de las manos de los Morlocks, y ascendí rápidamente por el pozo, mientras ellos se quedaban abajo atisbando y guiñando los ojos hacia mí: todos menos un pequeño miserable que me siguió un momento, y casi se apoderó de una de mis botas como si hubiera sido un trofeo.

Aquella escalada me pareció interminable. En los últimos veinte o treinta pies sentí una náusea mortal. Me costó un gran trabajo mantenerme asido. En las últimas yardas sostuve una lucha espantosa contra aquel desfallecimiento. Me dieron varios vahídos y experimenté todas las sensaciones de la caída. Al final, sin embargo, pude, no sé cómo, llegar al brocal y escapar tambaleándome fuera de las ruinas bajo la cegadora luz del Sol. Caí de bruces. Hasta el suelo olía dulce y puramente. Luego recuerdo a Weena besando mis manos y mis orejas, y las voces de otros Eloi. Después estuve sin sentido durante un rato.

10 - Al llegar la noche

Ahora, realmente, parecía encontrarme en una situación peor que la de antes. Hasta aquí, excepto durante mi noche angustiosa después de la pérdida de la Máquina del Tiempo, había yo tenido la confortadora esperanza de una última escapatoria, pero esa esperanza se desvanecía con los nuevos descubrimientos. Hasta ahora me había creído simplemente obstaculizado por la pueril simplicidad de aquella pequeña raza, y por algunas fuerzas desconocidas que me era preciso comprender para superarlas; pero había un elemento nuevo por completo en la repugnante especie de los Morlocks, algo inhumano y maligno. Instintivamente los aborrecía. Antes había yo sentido lo que sentiría un hombre que cayese en un precipicio: mi preocupación era el precipicio y cómo salir de él. Ahora me sentía como una fiera en una trampa, cuyo enemigo va a caer pronto sobre ella.

El enemigo al que yo temía tal vez les sorprenda a ustedes. Era la obscuridad de la Luna nueva. Weena me había inculcado eso en la cabeza haciendo algunas observaciones, al principio incomprensibles, acerca de las Noches Obscuras. No era un problema muy difícil de adivinar lo que iba a significar la llegada de las Noches Obscuras. La Luna estaba en menguante: cada noche era más largo el período de obscuridad. Y ahora comprendí hasta cierto grado, cuando menos, la razón del miedo de los pequeños habitantes del Mundo Superior a las tinieblas. Me pregunté vagamente qué perversas infamias podían ser las que los Morlocks realizaban durante la Luna nueva.

Estaba casi seguro de que mi segunda hipótesis era totalmente falsa. La gente del Mundo Superior podía haber sido antaño la favorecida aristocracia y los Morlocks sus servidores mecánicos; pero aquello había acabado hacía largo tiempo. Las dos especies que habían resultado de la evolución humana declinaban o habían llegado ya a unas relaciones completamente nuevas. Los Eloi, como los reyes carlovingios [16] , habían llegado a ser simplemente unas lindas inutilidades. Poseían todavía la Tierra por consentimiento tácito, desde que los Morlocks, subterráneos hacía innumerables generaciones, habían llegado a encontrar intolerable la superficie iluminada por el Sol. Y los Morlocks confeccionaban sus vestidos, infería yo, y subvenían a sus necesidades habituales, quizá a causa de la supervivencia de un viejo hábito de servidumbre. Lo hacían como un caballo encabritado agita sus patas, o como un hombre se divierte en matar animales por deporte: porque unas antiguas y fenecidas necesidades lo habían inculcado en su organismo. Pero, evidentemente, el antiguo orden estaba ya en parte invertido. La Némesis [17] de los delicados hombrecillos se acercaba de prisa. Hacía edades, hacía miles de generaciones, el hombre había privado a su hermano el hombre de la comodidad y de la luz del Sol. ¡Y ahora aquel

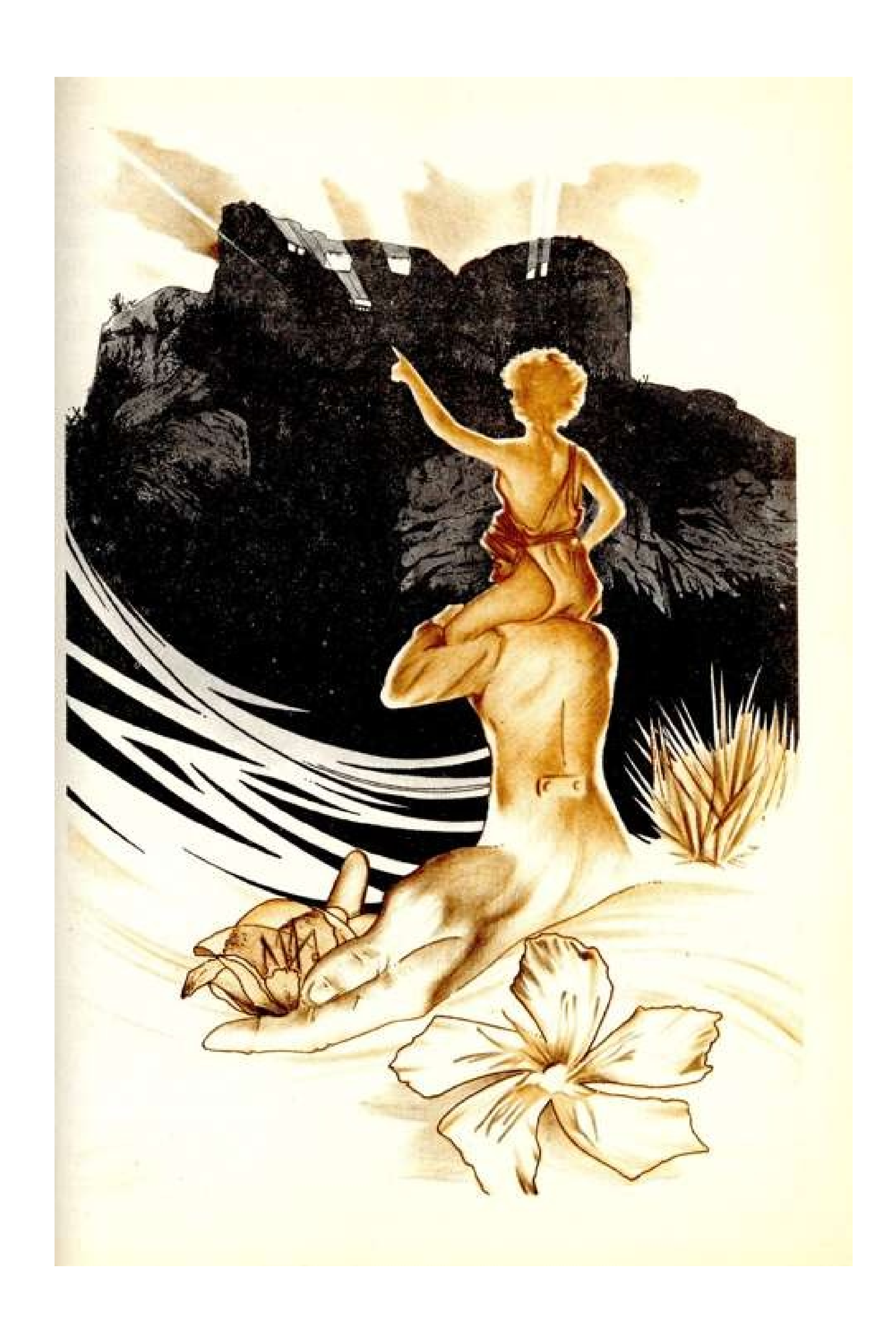
hermano volvía cambiado! Ya los Eloi habían empezado a aprender una vieja lección otra vez. Trababan de nuevo conocimiento con el Miedo. Y de pronto me vino a la mente el recuerdo de la carne que había visto en el mundo subterráneo. Parece extraño cómo aquel recuerdo me obsesionó; no lo despertó, por decirlo así, el curso de mis meditaciones, sino que surgió casi como una interrogación desde fuera. Intenté recordar la forma de aquello. Tenía yo una vaga sensación de algo familiar, pero no pude decir lo que era en aquel momento.

Sin embargo, por impotentes que fuesen los pequeños seres en presencia de su misterioso Miedo, yo estaba constituido de un modo diferente. Venía de esta edad nuestra, de esta prístina y madura raza humana, en la que el Miedo no paraliza y el misterio ha perdido sus terrores. Yo, al menos, me defendería por mí mismo. Sin dilación, decidí fabricarme unas armas y un albergue fortificado donde poder dormir. Con aquel refugio como base, podría hacer frente a aquel extraño Mundo con algo de la confianza que había perdido al darme cuenta de la clase de seres a que iba a estar expuesto noche tras noche. Sentí que no podría dormir de nuevo hasta que mi lecho estuviese a salvo de ellos. Me estremecí de horror al pensar cómo me habían examinado ya.

Vagué durante la tarde a lo largo del valle del Támesis, pero no pude encontrar nada que se ofreciese a mi mente como inaccesible. Todos los edificios y todos los árboles parecían fácilmente practicables para unos trepadores tan hábiles como debían ser los Morlocks, a juzgar por sus pozos. Entonces los altos pináculos del Palacio de Porcelana Verde y el bruñido fulgor de sus muros resurgieron en mi memoria; y al anochecer, llevando a Weena como una niña sobre mi hombro, subí a la colina, hacia el sudoeste. Había calculado la distancia en unas siete u ocho millas, pero debía estar cerca de las dieciocho. Había yo visto el palacio por primera vez en una tarde húmeda, en que las distancias disminuyen engañosamente. Además, perdí el tacón de una de mis botas, y un clavo penetraba a través de la suela —eran unas botas viejas, cómodas, que usaba en casa—, por lo que cojeaba. Y fue ya largo rato después de ponerse el Sol cuando llegué a la vista del palacio, que se recortaba en negro sobre el amarillo pálido del cielo.

Weena se mostró contentísima cuando empecé a llevarla, pero pasado un rato quiso que la dejase en el suelo, para correr a mi lado, precipitándose a veces a coger flores que introducía en mis bolsillos. Estas habían extrañado siempre a Weena, pero al final pensó que debían ser una rara clase de búcaros para adornos florales. ¡Y esto me recuerda...! Al cambiar de chaqueta he encontrado...

El Viajero a través del Tiempo se interrumpió, metió la mano en el bolsillo y colocó silenciosamente sobre la mesita dos flores marchitas, que no dejaban de parecerse a grandes malvas blancas. Luego prosiguió su relato.



Cuando la quietud del anochecer se difundía sobre el Mundo y avanzábamos más allá de la cima de la colina hacia Wimbledon, Weena se sintió cansada y quiso volver a la casa de piedra gris. Pero le señalé los distantes pináculos del Palacio de Porcelana Verde, y me las ingenié para hacerle comprender que íbamos a buscar allí un refugio contra su miedo ¿Conocen ustedes esa gran inmovilidad que cae sobre las cosas antes de anochecer? La brisa misma se detiene en los árboles. Para mí hay siempre un aire de expectación en esa quietud del anochecer. El cielo era claro remoto y despejado, salvo algunas fajas horizontales al fondo, hacia poniente. Bueno, aquella noche la expectación tomó el color de mis temores. En aquella obscura calma mis sentidos parecían agudizados de un modo sobrenatural. Imaginé que sentía

incluso la tierra hueca bajo mis pies: y que podía, realmente, casi ver a través de ella a los Morlocks en su hormiguero, yendo de aquí para allá en espera de la obscuridad. En mi excitación me figuré que recibieron mi invasión de sus madrigueras como una declaración de guerra. ¿Y por qué habían cogido mi Máquina del Tiempo?

Así pues, seguimos en aquella ciudad, y el crepúsculo se adensó en la noche. El azul claro de la distancia palideció, y una tras otra aparecieron las estrellas. La tierra se tornó gris obscura y los árboles negros. Los temores de Weena y su fatiga aumentaron. La cogí en mis brazos, le hablé y la acaricié. Luego, como la obscuridad aumentaba, me rodeó ella el cuello con sus brazos, y cerrando los ojos, apoyó apretadamente su cara contra mi hombro. Así descendimos una larga pendiente hasta el valle y allí, en la obscuridad, me metí casi en un pequeño río. Lo vadeé y ascendí al lado opuesto del valle, más allá de muchos edificios-dormitorios y de una estatua —un Fauno o una figura por el estilo— sin cabeza. Allí también había acacias. Hasta entonces no había visto nada de los Morlocks, pero la noche se hallaba en su comienzo y las horas de obscuridad anteriores a la salida de la Luna nueva no habían llegado aún.

Desde la cumbre de la cercana colina vi un bosque espeso que se extendía, amplio y negro, ante mí. Esto me hizo vacilar. No podía ver el final, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Sintiéndome cansado —el pie en especial me dolía mucho— bajé cuidadosamente a Weena de mi hombro al detenerme, y me senté sobre la hierba. No podía ya ver el Palacio de Porcelana Verde, y dudaba sobre la dirección a seguir. Escudriñé la espesura del bosque y pensé en lo que podía ocultar. Bajo aquella densa maraña de ramas no debían verse las estrellas. Aunque no existiese allí ningún peligro emboscado —un peligro sobre el cual no quería yo dar rienda suelta a la imaginación—, habría, sin embargo, raíces en que tropezar y troncos contra los cuales chocar. Estaba rendido, además, después de las excitaciones del día; por eso decidí no afrontar aquello, y pasar en cambio la noche al aire libre en la colina.

Me alegró ver que Weena estaba profundamente dormida. La envolví con cuidado en mi chaqueta, y me senté junto a ella para esperar la salida de la Luna. La ladera estaba tranquila y desierta, pero de la negrura del bosque venía de vez en cuando una agitación de seres vivos. Sobre mí brillaban las estrellas, pues la noche era muy clara. Experimentaba cierta sensación de amistoso bienestar con su centelleo. Sin embargo, todas las vetustas constelaciones habían desaparecido del cielo; su lento movimiento, que es imperceptible durante centenares de vidas humanas, las había, desde hacía largo tiempo, reordenado en grupos desconocidos. Pero la Vía Láctea, me parecía, era aún la misma banderola harapienta de polvo de estrellas de antaño. Por la parte sur (según pude apreciar) había una estrella roja muy brillante, nueva para mí; parecía aún más espléndida que nuestra propia y verde Sirio [18]. Y entre todos aquellos puntos de luz centelleante, brillaba un planeta benévola y constantemente como la

cara de un antiguo amigo.

Contemplando aquellas estrellas disminuyeron mis propias inquietudes y todas las seriedades de la vida terrenal. Pensé en su insondable distancia, y en el curso lento e inevitable de sus movimientos desde el desconocido pasado hacia el desconocido futuro. Pensé en el gran ciclo precesional [19] que describe el eje de la Tierra. Sólo cuarenta veces se había realizado aquella silenciosa revolución durante todos los años que había yo atravesado. Y durante aquellas escasas revoluciones todas las actividades, todas las tradiciones las complejas organizaciones, las naciones, lenguas, literaturas, aspiraciones, hasta el simple recuerdo del Hombre tal como yo lo conocía, habían sido barridas de la existencia. En lugar de ello quedaban aquellas ágiles criaturas que habían olvidado a sus antepasados, y los seres blancuzcos que me aterraban.. Pensé entonces en el Gran Miedo que separaba a las dos especies, y por primera vez, con un estremecimiento repentino, comprendí claramente de dónde procedía la carne que había yo visto. ¡Sin embargo, era demasiado horrible! Contemplé a la pequeña Weena durmiendo junto a mí, su cara blanca y radiante bajo las estrellas, e inmediatamente deseché aquel pensamiento.

Durante aquella larga noche aparté de mi mente lo mejor que pude a los Morlocks, y entretuve el tiempo intentando imaginar que, podía encontrar las huellas de las viejas constelaciones en la nueva confusión. El cielo seguía muy claro, aparte de algunas nubes como brumosas. Sin duda me adormecí a ratos. Luego, al transcurrir mi velada, se difundió una débil claridad por el cielo, al este, como reflejo de un fuego incoloro, Y salió la Luna nueva, delgada, puntiaguda y blanca. E inmediatamente detrás, alcanzándola e inundándola, llegó el alba, pálida al principio, y luego rosada y ardiente. Ningún Morlock se había acercado a nosotros. Realmente, no había yo visto ninguno en la colina aquella noche. Y con la confianza que aportaba el día renovado, me pareció casi que mi miedo había sido irrazonable. Me levanté, y vi que mi pie calzado con la bota sin tacón estaba hinchado por el tobillo y muy dolorido bajo el talón; de modo que me senté, me quité las botas, y las arrojé lejos.

Desperté a Weena y nos adentramos en el bosque, ahora verde y agradable, en lugar de negro y aborrecible. Encontramos algunas frutas con las cuales rompimos nuestro ayuno. Pronto encontramos a otros delicados Eloi, riendo y danzando al Sol como si no existiera en la Naturaleza esa cosa que es la noche. Y entonces pensé otra vez en la carne que había visto. Estaba ahora seguro de lo que era aquello, y desde el fondo de mi corazón me apiadé de aquel último y débil arroyuelo del gran río de la Humanidad. Evidentemente, en cierto momento del Largo Pasado de la decadencia humana, el alimento de los Morlocks había escaseado. Quizá habían subsistido con ratas y con inmundicias parecidas. Aun ahora el hombre es mucho menos delicado y exclusivo para su alimentación que lo era antes; mucho menos que cualquier mono. Su prejuicio contra la carne humana no es un instinto hondamente arraigado. ¡Así

pues, aquellos inhumanos hijos de los hombres...! Intenté considerar la cosa con un espíritu científico. Después de todo, eran menos humanos y estaban más alejados que nuestros caníbales antepasados de hace tres o cuatro mil años. Y la inteligencia que hubiera hecho de ese estado de cosas un tormento había desaparecido. ¿Por qué inquietarme? Aquellos Eloi eran simplemente ganado para cebar, que, como las hormigas, los Morlocks preservaban y consumían, y a cuya cría tal vez atendían. ¡Y allí estaba Weena bailando a mi lado!

Intenté entonces protegerme a mí mismo del horror que me invadía, considerando aquello como un castigo riguroso del egoísmo humano. El hombre se había contentado con vivir fácil y placenteramente a expensas del trabajo de sus hermanos, había tomado la Necesidad como consigna y disculpa, y en la plenitud del tiempo la Necesidad se había vuelto contra él. Intenté incluso una especie de desprecio a lo Carlyle [20] de esta mísera aristocracia en decadencia. Pero esta actitud mental resultaba imposible. Por grande que hubiera sido su degeneración intelectual, los Eloi habían conservado en demasía la forma humana para no tener derecho a mi simpatía y hacerme compartir a la fuerza su degradación y su miedo.

Tenía yo en aquel momento ideas muy vagas sobre el camino que seguir. La primera de ellas era asegurarme algún sitio para refugio, y fabricarme yo mismo las armas de metal o de piedra que pudiera idear. Esta necesidad era inmediata. En segundo lugar, esperaba proporcionarme algún medio de hacer fuego, teniendo así el arma de una antorcha en la mano, porque yo sabía que nada sería más eficaz que eso contra aquellos Morlocks. Luego, tenía que idear algún artefacto para romper las puertas de bronce que había bajo la Esfinge Blanca. Se me ocurrió hacer una especie de ariete. Estaba persuadido de que si podía abrir aquellas puertas y tener delante una llama descubriría la Máquina del Tiempo y me escaparía. No podía imaginar que los Morlocks fuesen lo suficientemente fuertes para transportarla lejos. Estaba resuelto a llevar a Weena conmigo a nuestra propia época. Y dando vueltas a estos planes en mi cabeza proseguí mi camino hacia el edificio que mi fantasía había escogido para morada nuestra.

11 - El Palacio de Porcelana Verde

Encontré el Palacio de Porcelana Verde, al filo de mediodía, desierto y desmoronándose en ruinas. Sólo quedaban trozos de vidrio en sus ventanas, y extensas capas del verde revestimiento se habían desprendido de las armaduras metálicas corroídas. El palacio estaba situado en lo más alto de una pendiente herbosa; mirando, antes de entrar allí, hacia el nordeste, me sorprendió ver un ancho estuario, o incluso una ensenada, donde supuse que Wandsworth [21] y Battersea [22] debían haber estado en otro tiempo. Pensé entonces —aunque no seguí nunca más lejos este pensamiento—, qué debía haber sucedido, o qué sucedía, a los seres que vivían en el mar.

Los materiales del palacio resultaron ser, después de bien examinados, auténtica porcelana, y a lo largo de la fachada vi una inscripción en unos caracteres desconocidos. Pensé, más bien neciamente, que Weena podía ayudarme a interpretarla, pero me di cuenta luego de que la simple idea de la escritura no había nunca penetrado en su cabeza. Ella me pareció siempre, creo yo, más humana de lo que era, quizá por ser su afecto tan humano.

Pasadas las enormes hojas de la puerta —que estaban abiertas y rotas—, encontramos, en lugar del acostumbrado vestíbulo, una larga galería iluminada por numerosas ventanas laterales. A primera vista me recordó un museo. El enlosado estaba cubierto de polvo, y una notable exhibición de objetos diversos se ocultaba bajo aquella misma capa gris. Vi entonces, levantándose extraño y ahilado en el centro del vestíbulo, lo que era sin duda la parte inferior de un inmenso esqueleto. Reconocí por los pies oblicuos que se trataba de algún ser extinguido, de la especie del megaterio. El cráneo y los huesos superiores yacían al lado sobre la capa de polvo; y en un sitio en que el agua de la lluvia había caído por una gotera del techo, aquella osamenta estaba deteriorada. Más adelante, en la galería, se hallaba el enorme esqueleto encajonado de un brontosaurio [23]. Mi hipótesis de un museo se confirmaba. En los lados encontré los que me parecieron ser estantes inclinados, y quitando la capa de polvo, descubrí las antiguas y familiares cajas encristaladas de nuestro propio tiempo. Pero debían ser herméticas al aire a juzgar por la perfecta conservación de sus contenidos.

¡Evidentemente, estábamos en medio de las ruinas de algún South Kensington [24] de nuestros días! Allí estaba, evidentemente, la Sección de Paleontología, que debía haber encerrado una espléndida serie de fósiles, aunque el inevitable proceso de descomposición, que había sido detenido por un tiempo, perdiendo gracias a la extinción de las bacterias y del moho las noventa y nueve centésimas de su fuerza, se había, sin embargo, puesto de nuevo a la obra con extrema seguridad, aunque con

suma lentitud, para la destrucción de todos sus tesoros. Aquí y allá encontré vestigios de los pequeños seres en forma de raros fósiles rotos en pedazos o ensartados con fibra de cañas. Y las cajas, en algunos casos, habían sido removidas por los Morlocks, a mi juicio. Reinaba un gran silencio en aquel sitio. La capa de polvo amortiguaba nuestras pisadas. Weena, que hacía rodar un erizo de mar sobre el cristal inclinado de una caja, se acercó pronto a mí —mientras miraba yo fijamente alrededor—, me cogió muy tranquilamente la mano y permaneció a mi lado,



Al principio me dejó tan sorprendido aquel antiguo monumento de una época intelectual, que no me paré a pensar en las posibilidades que presentaba. Hasta la preocupación por la Máquina del Tiempo se alejó un tanto de mi mente

A juzgar por el tamaño del lugar, aquel Palacio de Porcelana Verde contenía muchas más cosas que una Galería de Paleontología; posiblemente tenía galerías históricas; ¡e incluso podía haber allí una biblioteca! Para mí, al menos en aquellas circunstancias, hubiera sido mucho más interesante que aquel espectáculo de una vieja geología en decadencia. En mi exploración encontré otra corta galería, que se extendía transversalmente a la primera. Parecía estar dedicada a los minerales, y la vista de un bloque de azufre despertó en mi mente la idea de la potencia de la pólvora. Pero no pude encontrar salitre; ni, en realidad, nitrato de ninguna clase. Sin duda se habían disuelto desde hacía muchas edades. Sin embargo, el azufre persistió en mi pensamiento e hizo surgir una serie de asociaciones de cosas. En cuanto al resto del contenido de aquella galería, aunque era, en conjunto, lo mejor conservado de todo cuanto vi, me interesaba poco. No soy especialista en mineralogía. Me dirigí hacia un ala muy ruinosa paralela al primer vestíbulo en que habíamos entrado. Evidentemente, aquella sección estaba dedicada a la Historia Natural, pero todo resultaba allí imposible de reconocer. Unos cuantos vestigios encogidos y ennegrecidos de lo que habían sido en otro tiempo animales disecados, momias disecadas en frascos que habían contenido antaño alcohol, un polvo marrón de plantas desaparecidas: ¡esto era todo! Lo deploré, porque me hubiese alegrado trazar

los pacientes reajustes por medio de los cuales habían conseguido hacer la conquista de la Naturaleza animada.

Luego, llegamos a una galería de dimensiones sencillamente colosales, pero muy mal iluminada, y cuyo suelo en suave pendiente hacía un ligero ángulo con la última galería en que había entrado. Globos blancos pendían, a intervalos, del techo — muchos de ellos rajados y rotos — indicando que aquel sitio había estado al principio iluminado artificialmente. Allí me encontraba más en mi elemento, pues de cada lado se levantaban las enormes masas de unas gigantescas máquinas, todas muy corroídas y muchas rotas, pero algunas aún bastante completas. Como ustedes saben, siento cierta debilidad por la mecánica, y estaba dispuesto a detenerme entre ellas; tanto más cuanto que la mayoría ofrecían el interés de un rompecabezas, y yo no podía hacer más que vagas conjeturas respecto a su utilidad. Me imaginé que si podía resolver aquellos rompecabezas me encontraría en posesión de fuerzas que podían servirme contra los Morlocks.

De pronto, Weena se acercó mucho a mí. Tan repentinamente, que me estremecí. Si no hubiera sido por ella no creo que hubiese yo notado que el suelo de la galería era inclinado, en absoluto [25]. El extremo a que había llegado se hallaba por completo encima del suelo, y estaba iluminado por escasas ventanas parecidas a troneras. Al descender en su longitud, el suelo se elevaba contra aquellas ventanas, con sólo una estrecha faja de luz en lo alto delante de cada una de ellas, hasta ser al final un foso, como el sótano de una casa de Londres. Avancé despacio, intentando averiguar el uso de las máquinas, y prestándoles demasiada atención para advertir la disminución gradual de la luz del día, hasta que las crecientes inquietudes de Weena atrajeron mi atención hacia ello. Vi entonces que la galería quedaba sumida al final en densas tinieblas. Vacilé, y luego, al mirar a mi alrededor, vi que la capa de polvo era menos abundante y su superficie menos lisa. Más lejos, hacia la obscuridad, parecía marcada por varias pisadas, menudas y estrechas. Mi sensación de la inmediata presencia de los Morlocks se reanimó ante aquello. Comprendí que estaba perdiendo el tiempo en aquel examen académico de la maquinaria.

Recordé que la tarde se hallaba ya muy avanzada y que yo no tenía aún ni arma, ni refugio, ni medios de hacer fuego. Y luego, viniendo del fondo, en la remota obscuridad de la galería, oí el peculiar pateo, y los mismos raros ruidos que había percibido abajo en el pozo.

Cogí la mano de Weena. Luego, con una idea repentina, la solté y volví hacia una máquina de la cual sobresalía una palanca bastante parecida a las de las garitas de señales en las estaciones. Subiendo a la plataforma, así aquella palanca y la torcí hacia un lado con toda mi fuerza. De repente, Weena, abandonada en la nave central, empezó a gemir. Había yo calculado la resistencia de la palanca con bastante corrección, pues al minuto de esfuerzos se partió, y me uní a Weena con una maza en

la mano, más que suficiente, creía yo, para romper el cráneo de cualquier Morlock que pudiese encontrar. Estaba impaciente por matar a un Morlock o a varios. ¡Les parecerá a ustedes muy inhumano aquel deseo de matar a mis propios descendientes! Pero era imposible, de un modo u otro, sentir ninguna piedad por aquellos seres. Tan sólo mi aversión a abandonar a Weena, y el convencimiento de que si comenzaba a apagar mi sed de matanza mi Máquina del Tiempo sufriría por ello, me contuvieron de bajar derechamente a la galería y de ir a matar a los Morlocks.

Así pues, con la maza en una mano y llevando de la otra a Weena, salí de aquella galería y entré en otra más amplia aún, que a primera vista me recordó una capilla militar con banderas desgarradas colgadas. Pronto reconocí en los harapos obscuros y carbonizados que pendían a los lados restos averiados de libros. Desde hacía largo tiempo se habían caído a pedazos, desapareciendo en ellos toda apariencia de impresión. Pero aquí y allá, cubiertas acartonadas y cierres metálicos decían bastante sobre aquella historia. De haber sido yo un literato, hubiese podido quizá moralizar sobre la futileza de toda ambición. Pero tal como era, la cosa que me impresionó con más honda fuerza fue el enorme derroche de trabajo que aquella sombría mezcolanza de papel podrido atestiguaba. Debo confesar que en aquel momento pensé principalmente en las *Philosophical Transactions* [26] y en mis propios diecisiete trabajos sobre física óptica.

Luego, subiendo una ancha escalera llegamos a lo que debía haber sido en otro tiempo una galería de química técnica. Y allí tuve una gran esperanza de hacer descubrimientos útiles. Excepto en un extremo, donde el techo se había desplomado, aquella galería estaba bien conservada. Fui presuroso hacia las cajas que no estaban deshechas y que eran realmente herméticas. Y al fin, en una de ellas, encontré una caja de cerillas. Probé una a toda prisa. Estaban en perfecto estado. Ni siquiera parecían húmedas. Me volví hacia Weena. «*¡Baila!*», le grité en su propia lengua. Pues ahora poseía yo una verdadera arma contra los horribles seres a quienes temíamos. Y así, en aquel museo abandonado, sobre el espeso y suave tapiz de polvo, ante el inmenso deleite de Weena, ejecuté solemnemente una especie de danza compuesta, silbando unos compases de *El País del Hombre Leal*, tan alegremente como pude. Era en parte un modesto cancán, en parte un paso de baile, en parte una danza de faldón (hasta donde mi levita lo permitía), y en parte original. Porque, como ustedes saben, soy inventivo por naturaleza.

Aun ahora, pienso que el hecho de haber escapado aquella caja de cerillas al desgaste del tiempo durante años memoriales resultaba muy extraño, y para mí la cosa más afortunada. Además, de un modo bastante singular, encontré una substancia más inverosímil, que fue alcanfor. Lo hallé en un frasco sellado que, por casualidad, supongo, había sido en verdad herméticamente cerrado. Creí al principio que sería cera de parafina, y, en consecuencia, rompí el cristal. Pero el olor del alcanfor era

evidente. En la descomposición universal aquella substancia volátil había sobrevivido casualmente, quizá a través de muchos miles de centurias. Esto me recordó una pintura en sepia que había visto ejecutar una vez con la tinta de una belemnita [27] fósil hacía millones de años. Estaba a punto de tirarlo, pero recordé que el alcanfor era inflamable y que ardía con una buena y brillante llama —fue, en efecto, una excelente bujía— y me lo metí en el bolsillo. No encontré, sin embargo, explosivos, ni medio alguno de derribar las puertas de bronce. Todavía mi palanca de hierro era la cosa más útil que poseía yo por casualidad. A pesar de lo cual salí de aquella galería altamente exaltado.

No puedo contarles a ustedes toda la historia de aquella larga tarde. Exigiría un gran esfuerzo de memoria recordar mis exploraciones en todo su adecuado orden. Recuerdo una larga galería con panoplias de armas enmohecidas, y cómo vacilé entre mi palanca y un hacha o una espada. No podía, sin embargo, llevarme las dos, y mi barra de hierro prometía un mejor resultado contra las puertas de bronce. Había allí innumerables fusiles, pistolas y rifles. La mayoría eran masas de herrumbre, pero muchas estaban hechas de algún nuevo metal y se hallaban aún en bastante buen estado. Pero todo lo que pudo haber sido en otro tiempo cartuchos estaba convertido en polvo. Vi que una de las esquinas de aquella galería estaba carbonizada y derruida; quizá —me figuro yo— por la explosión de alguna de las muestras. En otro sitio había una amplia exposición de ídolos —polinésicos, mexicanos, griegos, fenicios—, creo que de todos los países de la Tierra. Y allí, cediendo a un impulso irresistible, escribí mi nombre sobre la nariz de un monstruo de esteatita procedente de Sudamérica, que impresionó en especial mi imaginación.

A medida que caía la tarde, mi interés disminuía. Recorrí galería tras galería, polvorientas, silenciosas, con frecuencia ruinosas; los objetos allí expuestos eran a veces meros montones de herrumbre y de lignito, en algunos casos recientes. En un lugar me encontré de repente cerca del modelo de una mina de estaño, y entonces por el más simple azar descubrí dentro de una caja hermética dos cartuchos de dinamita. Lancé un «¡Eureka!» y rompí aquella caja con alegría. Entonces surgió en mi una duda. Vacilé. Luego, escogiendo una pequeña galería lateral, hice la prueba. No he experimentado nunca desengaño igual al que sentí esperando cinco, diez, quince minutos a que se produjese una explosión. Naturalmente, aquello era simulado, como debía haberlo supuesto por su sola presencia allí. Creo, en realidad, que, de no haber sido así, me hubiese precipitado inmediatamente y hecho saltar la Esfinge, las puertas de bronce y (como quedó probado) mis probabilidades de encontrar la Máquina del Tiempo, acabando con todo.

Creo que fue después de aquello cuando llegué a un pequeño patio abierto del palacio. Estaba tapizado de césped y habían crecido tres árboles frutales en su centro. De modo que descansamos y nos refrescamos allí. Hacia el ocaso empecé a pensar en

nuestra situación. La noche se arrastraba a nuestro alrededor y aún tenía que encontrar nuestro inaccesible escondite. Pero aquello me inquietaba ahora muy poco. Tenía en mi poder una cosa que era, quizá, la mejor de todas las defensas contra los Morlocks: ¡tenía cerillas!

Llevaba también el alcanfor en el bolsillo, por si era necesario una llamarada. Me parecía que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche al aire libre, protegido, por el fuego. Por la mañana recuperaría la Máquina del Tiempo. Para ello, hasta entonces, tenía yo solamente mi maza de hierro. Pero ahora, con mi creciente conocimiento, mis sentimientos respecto a aquellas puertas de bronce eran muy diferentes. Hasta aquel momento, me había abstenido de forzarlas, en gran parte a causa del misterio del otro lado. No me habían hecho nunca la impresión de ser muy resistentes, y esperaba que mi barra de hierro no sería del todo inadecuada para aquella obra.

12 - En las tinieblas

Salimos del palacio cuando el Sol estaba aún en parte sobre el horizonte. Había yo decidido llegar a la Esfinge Blanca a la mañana siguiente muy temprano y tenía el propósito de atravesar antes de anochecer el bosque que me había detenido en mi anterior trayecto. Mi plan era ir lo más lejos posible aquella noche, y, luego, hacer un fuego y dormir bajo la protección de su resplandor. De acuerdo con esto, mientras caminábamos recogí cuantas ramas y hierbas secas vi, y pronto tuve los brazos repletos de tales elementos. Así cargado, avanzábamos más lentamente de lo que había previsto —y además Weena estaba rendida y yo empezaba también a tener sueño— de modo que era noche cerrada cuando llegamos al bosque. Weena hubiera querido detenerse en un altozano con arbustos que había en su lindero, temiendo que la obscuridad se nos anticipase; pero una singular sensación de calamidad inminente, que hubiera debido realmente servirme de advertencia, me impulsó hacia adelante. Había estado sin dormir durante dos días y una noche y me sentía febril e irritable. Sentía que el sueño me invadía, y que con él vendrían los Morlocks.

Mientras vacilábamos, vi entre la negra maleza, a nuestra espalda, confusas en la obscuridad, tres figuras agachadas. Había matas y altas hierbas a nuestro alrededor, y yo no me sentía a salvo de su ataque insidioso. El bosque, según mi cálculo, debía tener menos de una milla de largo. Si podíamos atravesarla y llegar a la ladera pelada, me parecía que encontraríamos un sitio donde descansar con plena seguridad; pensé que con mis cerillas y mi alcanfor lograría iluminar mi camino por el bosque. Sin embargo, era evidente que si tenía que agitar las cerillas con mis manos debería abandonar mi leña; así pues, la dejé en el suelo, más bien de mala gana. Y entonces se me ocurrió la idea de prenderle fuego para asombrar a los seres ocultos a nuestra espalda. Pronto iba a descubrir la atroz locura de aquel acto; pero entonces se presentó a mi mente como un recurso ingenioso para cubrir nuestra retirada.

No sé si han pensado ustedes alguna vez qué extraña cosa es la llama en ausencia del hombre y en un clima templado. El calor del Sol es rara vez lo bastante fuerte para producir llama, aunque esté concentrado por gotas de rocío, como ocurre a veces en las comarcas más tropicales. El rayo puede destrozar y carbonizar, mas con poca frecuencia es causa de incendios extensos. La vegetación que se descompone puede casualmente arder con el calor de su fermentación, pero es raro que produzca llama. En aquella época de decadencia, además, el arte de hacer fuego había sido olvidado en la Tierra. Las rojas lenguas que subían lamiendo mi montón de leña eran para Weena algo nuevo y extraño por completo.

Quería cogerlas y jugar con ellas. Creo que se hubiese arrojado dentro de no haberla yo contenido. Pero la levanté y, pese a sus esfuerzos, me adentré osadamente en el bosque. Durante un breve rato, el resplandor de aquel fuego iluminó mi camino.

Al mirar luego hacia atrás, pude ver, entre los apiñados troncos, que de mi montón de ramaje la llama se había extendido a algunas matas contiguas y que una línea curva de fuego se arrastraba por la hierba de la colina. Aquello me hizo reír y volví de nuevo a caminar avanzando entre los árboles obscuros. La obscuridad era completa, Y Weena se aferraba a mí convulsivamente; pero como mis ojos se iban acostumbrando a las tinieblas, había aún la suficiente luz para permitirme evitar los troncos. Sobre mi cabeza todo estaba negro, excepto algún resquicio de cielo azul que brillaba aquí y allá sobre nosotros. No encendí ninguna de mis cerillas, porque no tenía las manos libres. Con mi brazo izquierdo sostenía a mi amiguita, y en la mano derecha llevaba mi barra de hierro.

Durante un rato no oí más que los crujidos de las ramitas bajo mis pies, el débil susurro de la brisa sobre mí, mi propia respiración y los latidos de los vasos sanguíneos en mis oídos. Luego me pareció percibir unos leves ruidos a mi alrededor. Apresuré el paso, ceñudo. Los ruidos se hicieron más claros, y capté los mismos extraños sonidos y las voces que había oído en el Mundo Subterráneo. Debían estar allí evidentemente varios Morlocks, y me iban rodeando. En efecto, un minuto después sentí un tirón de mi chaqueta, y luego de mi brazo. Y Weena se estremeció violentamente, quedando inmóvil en absoluto.

Era el momento de encender una cerilla. Pero para ello tuve que dejar a Weena en el suelo. Así lo hice, y mientras registraba mi bolsillo, se inició una lucha en la obscuridad cerca de mis rodillas, completamente silenciosa por parte de ella y con los mismos peculiares sonidos arrulladores por parte de los Morlocks. Unas suaves manitas se deslizaban también sobre mi chaqueta y mi espalda, incluso mi cuello. Entonces rasqué y encendí la cerilla. La levanté flameante, y vi las blancas espaldas de los Morlocks que huían entre los árboles. Cogí presuroso un trozo de alcanfor de mi bolsillo, Y me preparé a encenderlo tan pronto como la cerilla se apagase. Luego examiné a Weena. Yacía en tierra, agarrada a mis pies, completamente inanimada, de bruces sobre el suelo. Con un terror repentino me incliné hacia ella. Parecía respirar apenas. Encendí el trozo de alcanfor y, lo puse sobre el suelo; y mientras estallaba y llameaba, alejando los Morlocks y las sombras, me arrodillé y la incorporé. ¡El bosque, a mi espalda, parecía lleno de la agitación y del murmullo de una gran multitud!

Weena parecía estar desmayada. La coloqué con sumo cuidado sobre mi hombro y me levanté para caminar; y entonces se me apareció la horrible realidad. Al maniobrar con mis cerillas y con Weena, había yo dado varias vueltas sobre mí mismo, y ahora no tenía ni la más ligera idea de la dirección en que estaba mi camino. Todo lo que pude saber es que debía hallarme de cara al Palacio de Porcelana Verde. Sentí un sudor frío por mi cuerpo. Era preciso pensar rápidamente qué debía hacer. Decidí encender un fuego y acampar donde estábamos. Apoyé a Weena,

todavía inanimada, sobre un tronco cubierto de musgo, y a toda prisa, cuando mi primer trozo de alcanfor iba a apagarse, empecé a amontonar ramas y hojas. Aquí y allá en las tinieblas, a mi alrededor, los ojos de los Morlocks brillaban como carbunclos.

El alcanfor vaciló y se extinguió. Encendí una cerilla, y mientras lo hacía, dos formas blancas que se habían acercado a Weena, huyeron apresuradamente. Una de ellas quedó tan cegada por la luz que vino en derechura hacia mí, y sentí sus huesos partirse bajo mi violento puñetazo. Lanzó un grito de espanto, se tambaleó un momento y se desplomó. Encendí otro trozo de alcanfor y seguí acumulando la leña de mi hoguera. Pronto noté lo seco que estaba el follaje encima de mí, pues desde mi llegada en la Máquina del Tiempo, una semana antes, no había llovido. Por eso, en lugar de buscar entre los árboles caídos, empecé a alcanzar y a partir ramas. Conseguí en seguida un fuego sofocante de leña verde y de ramas secas, y pude economizar mi alcanfor. Entonces volví donde Weena yacía junto a mi maza de hierro. Intenté todo cuanto pude para reanimarla, pero estaba como muerta. No logré siquiera comprobar si respiraba o no.

Ahora el humo del fuego me envolvía y debió dejarme como embotado de pronto. Además, los vapores del alcanfor flotaban en el aire. Mi fuego podía durar aún una hora, aproximadamente. Me sentía muy débil después de aquellos esfuerzos, y me senté. El bosque también estaba lleno de un soñoliento murmullo que no podía yo comprender. Me pareció realmente que dormitaba y abrí los ojos. Pero todo estaba obscuro, y los Morlocks tenían sus manos sobre mí. Rechazando sus dedos que me asían, busqué apresuradamente la caja de cerillas de mi bolsillo, y... ¡había desaparecido! Entonces me agarraron y cayeron sobre mí de nuevo. En un instante supe lo sucedido. Me había dormido, y mi fuego se extinguió; la amargura de la muerte invadió mi alma. La selva parecía llena del olor a madera quemada. Fui cogido del cuello, del pelo, de los brazos y derribado. Era de un horror indecible sentir en las tinieblas todos aquellos seres amontonados sobre mí. Tuve la sensación de hallarme apresado en una monstruosa telaraña. Estaba vencido y me abandoné. Sentí que unos dientecillos me mordían en el cuello. Rodé hacia un lado y mi mano cayó por casualidad sobre mi palanca de hierro. Esto me dio nuevas fuerzas. Luché, apartando de mí aquellas ratas humanas, y sujetando la barra con fuerza, la hundí donde juzgué que debían estar sus caras. Sentía bajo mis golpes el magnífico aplastamiento de la carne y de los huesos y por un instante estuve libre.

La extraña exultación que con tanta frecuencia parece acompañar una lucha encarnizada me invadió. Sabía que Weena y yo estábamos perdidos, pero decidí hacerles pagar caro su alimento a los Morlocks. Me levanté, y apoyándome contra un árbol, blandí la barra de hierro ante mí. El bosque entero estaba lleno de la agitación y del griterío de aquellos seres. Pasó un minuto. Sus voces parecieron elevarse hasta

un alto grado de excitación y sus movimientos se hicieron más rápidos. Sin embargo, ninguno se puso a mi alcance.

Permanecí mirando fijamente en las tinieblas. Luego tuve de repente una esperanza. ¿Qué era lo que podía espantar a los Morlocks? Y pisándole los talones a esta pregunta sucedió una extraña cosa. Las tinieblas parecieron tomarse luminosas. Muy confusamente comencé a ver a los Morlocks a mi alrededor —tres de ellos derribados a mis pies— y entonces reconocí con una sorpresa incrédula que los otros huían, en una oleada incesante, al parecer, por detrás de mí y que desaparecían en el bosque. Sus espaldas no eran ya blancas sino rojizas. Mientras permanecía con la boca abierta, vi una chispita roja revolotear y disiparse, en un retazo de cielo estrellado, a través de las ramas. Y por ello comprendí el olor a madera quemada, el murmullo monótono que se había convertido ahora en un borrascoso estruendo, el resplandor rojizo y la huida de los Morlocks.

Separándome del tronco de mi árbol y mirando hacia atrás, vi entre las negras columnas de los árboles más cercanos las llamas del bosque incendiado. Era mi primer fuego que me seguía. Por eso busqué a Weena, pero había desaparecido. Detrás de mí los silbidos y las crepitaciones, el ruido estallante de cada árbol que se prendía me dejaban poco tiempo para reflexionar. Con mi barra de hierro asida aún seguí la trayectoria de los Morlocks. Fue una carrera precipitada. En una ocasión las llamas avanzaron tan rápidamente a mi derecha, mientras corría, que fui adelantado y tuve que desviarme hacia la izquierda. Pero al fin salí a un pequeño claro, y en el mismo momento un Morlock vino equivocado hacia mi, me pasó, ¡y se precipitó derechamente en el fuego!

Ahora iba yo a contemplar la cosa más fantasmagórica y horripilante, creo, de todas las que había visto en aquella edad futura. Todo el espacio descubierto estaba tan iluminado como si fuese de día por el reflejo del incendio. En el centro había un montículo o túmulo, coronado por un espino abrasado. Detrás, otra parte del bosque incendiado, con lenguas amarillas que se retorcían, cercando por completo el espacio con una barrera de fuego. Sobre la ladera de la colina estaban treinta o cuarenta Morlocks, cegados por la luz y el calor, corriendo desatinadamente de un lado para otro, chocando entre ellos en su trastorno.



Al principio no pensé que estuvieran cegados, y cuando se acercaron los golpeé furiosamente con mi barra, en un frenesí de pavor, matando a uno y lisiando a varios más. Pero cuando hube observado los gestos de uno de ellos, yendo a tientas entre el espino bajo el rojo cielo, y oí sus quejidos, me convencí de su absoluta y desdichada impotencia bajo aquel resplandor, y no los golpeé más.

Sin embargo, de vez en cuando uno de ellos venía directamente hacia mí, causándome un estremecimiento de horror que hacía que le rehuyese con toda premura. En un momento dado las llamas bajaron algo, y temí que aquellos inmundos seres consiguieran pronto verme. Pensé incluso entablar la lucha matando a algunos de ellos antes de que sucediese aquello; pero el fuego volvió a brillar voraz, y contuve mi mano. Me paseé alrededor de la colina entre ellos, rehuyéndolos, buscando alguna huella de Weena. Pero Weena había desaparecido.

Al final me senté en la cima del montículo y contemplé aquel increíble tropel de seres ciegos arrastrándose de aquí para allá, y lanzando pavorosos gritos mientras el resplandor del incendio los envolvía. Las densas volutas de humo ascendían hacia el cielo, y a través de los raros resquicios de aquel rojo dosel, lejanas como si perteneciesen a otro Universo, brillaban menudas las estrellas. Dos o tres Morlocks vinieron a tropezar conmigo; los rechacé a puñetazos, temblando al hacerlo.

Durante la mayor parte de aquella noche tuve el convencimiento de que sufría una pesadilla. Me mordí a mí mismo y grité con el ardiente deseo de despertarme. Golpeé la tierra con mis manos, me levanté y volví a sentarme, vagué de un lado a otro y me senté de nuevo. Luego llegué a frotarme los ojos y a pedir a Dios que me despertase. Por tres veces vi a unos Morlocks lanzarse dentro de las llamas en una especie de agonía. Pero al final, por encima de las encalmadas llamas del incendio, por encima de las flotantes masas de humo negro, el blancor y la negrura de los troncos, y el número decreciente de aquellos seres indistintos, se difundió la blanca luz del día.

Busqué de nuevo las huellas de Weena, pero allí no encontré ninguna. Era

evidente que ellos habían abandonado su pobre cuerpecillo en el bosque. No puedo describir hasta qué punto alivió mi dolor el pensar que ella se había librado del horrible destino que parecía estarle reservado. Pensando en esto, sentí casi impulsos de comenzar la matanza de las impotentes abominaciones que estaban a mi alrededor, pero me contuve. Aquel montículo, como ya he dicho, era una especie de isla en el bosque. Desde su cumbre, podía ahora descubrir a través de una niebla de humo el Palacio de Porcelana Verde, y desde allí orientarme hacía la Esfinge Blanca. Y así, abandonando el resto de aquellas almas malditas, que se movían aún de aquí para allá gimiendo, mientras el día iba clareando, até algunas hierbas alrededor de mis pies y avancé cojeando —entre las cenizas humeantes y los troncos negruzcos, agitados aún por el fuego en una conmoción interna—, hacia el escondite de la Máquina del Tiempo. Caminaba despacio, pues estaba casi agotado, y asimismo cojo, y me sentía hondamente desdichado con la horrible muerte de la pequeña Weena. Me parecía una calamidad abrumadora. Ahora, en esta vieja habitación familiar, aquello se me antoja más la pena de un sueño que una pérdida real. Pero aquella mañana su pérdida me dejó otra vez solo por completo, terriblemente solo. Empecé a pensar en esta casa mía, en este rincón junto al fuego, en algunos de ustedes, y con tales pensamientos se apoderó de mí un anhelo que era un sufrimiento.

Pero al caminar sobre las cenizas humeantes bajo el brillante cielo matinal, hice un descubrimiento. En el bolsillo del pantalón quedaban algunas cerillas. Debían haberse caído de la caja antes de perderse ésta.

13 - La trampa de la Esfinge Blanca

Alrededor de las ocho o las nueve de la mañana llegué al mismo asiento de metal amarillo desde el cual había contemplado el Mundo la noche de mi llegada. Pensé en las conclusiones precipitadas que hice aquella noche, y no pude dejar de reírme amargamente de mi presunción. Allí había aún el mismo bello paisaje, el mismo abundante follaje; los mismos espléndidos palacios y magníficas ruinas, el mismo río plateado corriendo entre sus fértiles orillas. Los alegres vestidos de aquellos delicados seres se movían de aquí para allí entre los árboles. Algunos se bañaban en el sitio preciso en que había yo salvado a Weena, y esto me asestó de repente una aguda puñalada de dolor. Como manchas sobre el paisaje se elevaban las cúpulas por encima de los caminos hacia el Mundo Subterráneo. Sabía ahora lo que ocultaba toda la belleza del Mundo Superior. Sus días eran muy agradables, como lo son los días que pasa el ganado en el campo. Como el ganado, ellos ignoraban que tuviesen enemigos, y no prevenían sus necesidades. Y su fin era el mismo.

Me afligió pensar cuán breve había sido el sueño de la Inteligencia humana. Se había suicidado. Se había puesto con firmeza en busca de la comodidad y el bienestar de una sociedad equilibrada con seguridad y estabilidad, como lema; había realizado sus esperanzas, para llegar a esto al final. Alguna vez, la vida y la propiedad debieron alcanzar una casi absoluta seguridad. Al rico le habían garantizado su riqueza y su bienestar, al trabajador su vida y su trabajo. Sin duda en aquel Mundo perfecto no había existido ningún problema de desempleo, ninguna cuestión social dejada sin resolver. Y esto había sido seguido de una gran calma.

Una ley natural que olvidamos es que la versatilidad intelectual es la compensación por el cambio, el peligro y la inquietud. Un animal en perfecta armonía con su medio ambiente es un perfecto mecanismo. La Naturaleza no hace nunca un llamamiento a la inteligencia, como el hábito y el instinto no sean inútiles. No hay inteligencia allí donde no hay cambio ni necesidad de cambio. Sólo los animales que cuentan con inteligencia tienen que hacer frente a una enorme variedad de necesidades y de peligros.

Así pues, como podía ver, el hombre del Mundo Superior había derivado hacia su blanda belleza, y el del Mundo Subterráneo hacia la simple industria mecánica. Pero aquel perfecto estado carecía aún de una cosa para alcanzar la perfección mecánica: la estabilidad absoluta. Evidentemente, a medida que transcurría el tiempo, la subsistencia del Mundo Subterráneo, como quiera que se efectuase, se había alterado. La Madre Necesidad, que había sido rechazada durante algunos milenios, volvió otra vez y comenzó de nuevo su obra, abajo. El Mundo Subterráneo, al estar en contacto con una maquinaria que, aun siendo perfecta, necesitaba sin embargo un poco de pensamiento además del hábito, había probablemente conservado, por fuerza,

bastante más iniciativa, pero menos carácter humano que el Superior. Y cuando les faltó un tipo de carne, acudieron a lo que una antigua costumbre les había prohibido hasta entonces. De esta manera vi en mi última mirada el Mundo del año 802.701. Esta es tal vez la explicación más errónea que puede inventar un mortal. Esta es, sin embargo, la forma que tomó para mí la cosa y así se la ofrezco a ustedes.

Después de las fatigas, las excitaciones y los terrores de los pasados días, y pese a mi dolor, aquel asiento, la tranquila vista y el calor del Sol eran muy agradables. Estaba muy cansado y soñoliento y pronto mis especulaciones se convirtieron en sopor. Comprendiéndolo así, acepté mi propia sugerencia y tendiéndome sobre el césped gocé de un sueño vivificador. Me desperté un poco antes de ponerse el Sol. Me sentía ahora a salvo de ser sorprendido por los Morlocks y, desperezándome, bajé por la colina hacia la Esfinge Blanca. Llevaba mi palanca en una mano, y la otra jugaba con las cerillas en mi bolsillo.

Y ahora viene lo más inesperado. Al acercarme al pedestal de la esfinge, encontré las hojas de bronce abiertas. Habían resbalado hacia abajo sobre unas ranuras.

Ante esto me detuve en seco vacilando en entrar.

Dentro había un pequeño aposento, y en un rincón elevado estaba la Máquina del Tiempo. Tenía las pequeñas palancas en mi bolsillo. Así pues, después de todos mis estudiados preparativos para el asedio de la Esfinge Blanca, me encontraba con una humilde rendición. Tiré mi barra de hierro, sintiendo casi no haberla usado.



Me vino a la mente un repentino pensamiento cuando me agachaba hacia la entrada. Por una vez al menos capté las operaciones mentales de los Morlocks. Conteniendo un enorme deseo de reír, pasé bajo el marco de bronce y avancé hacia la Máquina del Tiempo. Me sorprendió observar que había sido cuidadosamente engrasada y limpiada. Después he sospechado que los Morlocks la habían desmontado en parte, intentando a su insegura manera averiguar para qué servía.

Ahora, mientras la examinaba, encontrando un placer en el simple contacto con el aparato, sucedió lo que yo esperaba. Los paneles de bronce resbalaron de repente y cerraron el marco con un ruido metálico. Me hallé en la obscuridad, cogido en la

trampa. Eso pensaban los Morlocks. Me reí entre dientes gozosamente.

Oía ya su risueño murmullo mientras avanzaban hacia mí. Con toda tranquilidad intenté encender una cerilla. No tenía más que tirar de las palancas y partiría como un fantasma. Pero había olvidado una cosa insignificante. Las cerillas eran de esa clase abominable que sólo se encienden rascándolas sobre la caja.

Pueden ustedes imaginar cómo desapareció toda mi calma. Los pequeños brutos estaban muy cerca de mí. Uno de ellos me tocó. Con la ayuda de las palancas barrí de un golpe la obscuridad y empecé a subir al sillín de la máquina. Entonces una mano se posó sobre mí y luego otra. Tenía, por tanto, simplemente que luchar contra sus dedos persistentes para defender mis palancas y al mismo tiempo encontrar a tientas los pernos sobre los cuales encajaban. Casi consiguieron apartar una de mí. Pero cuando sentí que se me escurría de la mano, no tuve más remedio que topar mi cabeza en la obscuridad —pude oír retumbar el cráneo del Morlock— para recuperarla. Creo que aquel último esfuerzo representaba algo más inmediato que la lucha en la selva.

Pero al fin la palanca quedó encajada en el movimiento de la puesta en marcha. Las manos que me asían se desprendieron de mí. Las tinieblas se disiparon luego ante mis ojos. Y me encontré en la misma luz grisácea y entre el mismo tumulto que ya he descripto.

14 - La visión más distante

Ya les he narrado las náuseas y la confusión que produce el viajar a través del tiempo. Y ahora no estaba yo bien sentado en el sillín, sino puesto de lado y de un modo inestable. Durante un tiempo indefinido me agarre a la máquina que oscilaba y vibraba sin preocuparme en absoluto cómo iba, y cuando quise mirar los cuadrantes de nuevo, me dejó asombrado ver adónde había llegado. Uno de los cuadrantes señala los días; otro, los millares de días; otro, los millones de días, y otro, los miles de millones. Ahora, en lugar de poner las palancas en marcha atrás las había puesto en posición de marcha hacia delante, y cuando consulté aquellos indicadores vi que la aguja de los millares tan de prisa como la del segundero de un reloj giraba hacia el futuro.

Entretanto, un cambio peculiar se efectuaba en el aspecto de las cosas. La palpitación grisácea se tornó obscura; entonces —aunque estaba yo viajando todavía a una velocidad prodigiosa— la sucesión parpadeante del día y de la noche, que indicaba por lo general una marcha aminorada, volvió cada vez más acusada. Esto me desconcertó mucho al principio. Las alternativas de día y de noche se hicieron más y más lentas, así como también el paso del Sol por el cielo, aunque parecían extenderse a través de las centurias. Al final, un constante crepúsculo envolvió la Tierra, un crepúsculo interrumpido tan sólo de vez en cuando por el resplandor de un cometa en el cielo entenebrecido. La faja de luz que señalaba el Sol había desaparecido hacía largo rato, pues el Sol no se ponía; simplemente se levantaba y descendía por el oeste, mostrándose más grande y más rojo. Todo rastro de la Luna se había desvanecido. Las revoluciones de las estrellas, cada vez más lentas, fueron substituidas por puntos de luz que ascendían despacio. Al final, poco antes de hacer yo alto, el Sol rojo e inmenso se quedó inmóvil sobre el horizonte: una amplia cúpula que brillaba con un resplandor empañado, y que sufría de vez en cuando una extinción momentánea. Una vez se reanimó un poco mientras brillaba con más fulgor nuevamente, pero recobró en seguida su rojo y sombrío resplandor. Comprendí que por aquel aminoramiento de su salida y de su puesta se realizaba la obra de las mareas. La Tierra reposaba con una de sus caras vuelta hacia el Sol, del mismo modo que en nuestra propia época la Luna presenta su cara a la Tierra. Muy cautelosamente, pues recordé mi anterior caída de bruces, empecé a invertir el movimiento. Giraron cada vez más despacio las agujas hasta que la de los millares pareció inmovilizarse y la de los días dejó de ser una simple nube sobre su cuadrante. Más despacio aún, hasta que los vagos contornos de una playa desolada se hicieron visibles.

Me detuve muy delicadamente y, sentado en la Máquina del Tiempo, miré alrededor. El cielo ya no era azul.

Hacia el nordeste era negro como tinta, y en aquellas tinieblas brillaban con gran

fulgor, incesantemente, las pálidas estrellas. Sobre mí era de un almagre intenso y sin estrellas, y al sudeste se hacía brillante, llegando a un escarlata resplandeciente hasta donde, cortado por el horizonte, estaba el inmenso disco del Sol, rojo e inmóvil. Las rocas a mi alrededor eran de un áspero color rojizo, y el único vestigio de vida que pude ver al principio fue la vegetación intensamente verde que cubría cada punto saliente sobre su cara del sudeste. Era ese mismo verde opulento que se ve en el musgo de la selva o en el liquen de las cuevas: plantas que, como éstas, crecen en un perpetuo crepúsculo.

La máquina se había parado sobre una playa en pendiente. El mar se extendía hacia el sudeste, levantándose claro y brillante sobre el cielo pálido. No había allí ni rompientes ni olas, pues no soplaba ni una ráfaga de viento. Sólo una ligera y oleosa ondulación mostraba que el mar eterno aún se agitaba y vivía. Y a lo largo de la orilla, donde el agua rompía a veces, había una gruesa capa de sal rosada bajo el cielo espeluznante. Sentía una opresión en mi cabeza, y observé que tenía la respiración muy agitada. Aquella sensación me recordó mi único ensayo de montañismo, y por ello juzgué que el aire debía estar más enrarecido que ahora.

Muy lejos, en lo alto de la desolada pendiente, oí un áspero grito y vi una cosa parecida a una inmensa mariposa blanca inclinarse revoloteando por el cielo y, dando vueltas, desaparecer sobre unas lomas bajas. Su chillido era tan lúgubre, que me estremecí, asentándome con más firmeza en la máquina. Mirando nuevamente a mi alrededor vi que, muy cerca, lo que había tomado por una rojiza masa de rocas se movía lentamente hacia mí. Percibí entonces que la cosa era en realidad un ser monstruoso parecido a un cangrejo. ¿Pueden ustedes imaginar un cangrejo tan grande como aquella masa, moviendo lentamente sus numerosas patas, bamboleándose, cimbreando sus enormes pinzas, sus largas antenas, como látigos de carretero, ondulantes tentáculos, con sus ojos acechándoles centelleantes a cada lado de su frente metálica? Su lomo era rugoso y adornado de protuberancias desiguales, y unas verdosas incrustaciones lo recubrían aquí y allá. Veía yo, mientras se movía, los numerosos palpos de su complicada boca agitarse y tantear.

Mientras miraba con asombro aquella siniestra aparición que se arrastraba hacia mí, sentí sobre mi mejilla un cosquilleo como si una mosca se posase en ella. Intenté apartarla con la mano, pero al momento volvió, y casi inmediatamente sentí otra sobre mi oreja. La apresé y cogí algo parecido a un hilo. Se me escapó rápidamente de la mano. Con una náusea atroz me volví y pude ver que había atrapado la antena de otro monstruoso cangrejo que estaba detrás de mí. Sus ojos malignos ondulaban sus pedúnculos, su boca estaba animada de voracidad, y sus recias pinzas torpes, untadas de un limo algáceo, iban a caer sobre mí. En un instante mi mano asió la palanca y puse un mes de intervalo entre aquellos monstruos y yo. Pero me encontré aún en la misma playa y los vi claramente en cuanto paré. Docenas de ellos parecían

arrastrarse aquí y allá, en la sombría luz, entre las capas superpuestas de un verde intenso.

No puedo describir la sensación de abominable desolación que pesaba sobre el Mundo. El cielo rojo al oriente, el norte entenebrecido, el salobre Mar Muerto, la playa cubierta de guijarros donde se arrastraban aquellos inmundos, lentos y excitados monstruos; el verde uniforme de aspecto venenoso de las plantas de liquen, aquel aire enrarecido que desgarraba los pulmones: todo contribuía a crear aquel aspecto aterrador. Hice que la máquina me llevase cien años hacia delante; y había allí el mismo Sol rojo —un poco más grande, un poco más empañado—, el mismo mar moribundo, el mismo aire helado y el mismo amontonamiento de los bastos crustáceos entre la verde hierba y las rojas rocas. Y en el cielo occidental vi una pálida línea curva como una enorme Luna nueva.



Viajé así, deteniéndome de vez en cuando, a grandes zancadas de mil años o más, arrastrado por el misterio del destino de la Tierra, viendo con una extraña fascinación cómo el Sol se tornaba más grande y más empañado en el cielo de occidente, y la vida de la vieja Tierra iba decayendo. Al final, a más de treinta millones de años de aquí, la inmensa e intensamente roja cúpula del Sol acabó por obscurecer cerca de una décima parte de los cielos sombríos. Entonces me detuve una vez más, pues la multitud de cangrejos había desaparecido, y la rojiza playa, salvo por sus plantas hepáticas y sus líquenes de un verde lívido, parecía sin vida. Y ahora estaba cubierta de una capa blanca. Un frío penetrante me asaltó. Escasos copos blancos caían de vez en cuando, remolineando. Hacia el nordeste, el relumbrar de la nieve se extendía bajo la luz de las estrellas de un cielo negro, y pude ver las cumbres ondulantes de unas lomas de un blanco rosado. Había allí flecos de hielo a lo largo de la orilla del mar, con masas flotantes más lejos; pero la mayor extensión de aquel océano salado, todo

sangriento bajo el eterno Sol poniente, no estaba helada aún.

Miré a mi alrededor para ver si quedaban rastros de alguna vida animal. Cierta indefinible aprensión me mantenía en el sillín de la máquina. Pero no vi moverse nada, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el mar. Sólo el légamo verde sobre las rocas atestiguaba que la vida no se había extinguido. Un banco de arena apareció en el mar y el agua se había retirado de la costa. Creí ver algún objeto negro aleteando sobre aquel banco, pero cuando lo observé permaneció inmóvil. Juzgué que mis ojos se habían engañado y que el negro objeto era simplemente una roca. Las estrellas en el cielo brillaban con intensidad, y me pareció que centelleaban muy levemente.

De repente noté que el contorno occidental del Sol había cambiado; que una concavidad, una bahía, aparecía en la curva. Vi que se ensanchaba. Durante un minuto, quizá, contemplé horrorizado aquellas tinieblas que invadían lentamente el día, y entonces comprendí que comenzaba un eclipse. La luna o el planeta Mercurio pasaban ante el disco solar. Naturalmente, al principio me pareció que era la Luna, pero me inclino grandemente a creer que lo que vi en realidad era el tránsito de un planeta interior que pasaba muy próximo a la Tierra.

La obscuridad aumentaba rápidamente; un viento frío comenzó a soplar en ráfagas refrescantes del este, y la caída de los copos blancos en el aire creció en número. De la orilla del mar vinieron una agitación y un murmullo. Fuera de estos ruidos inanimados el Mundo estaba silencioso. ¿Silencioso? Sería difícil describir aquella calma. Todos los ruidos humanos, el balido del rebaño, los gritos de los pájaros, el zumbido de los insectos, el bullicio que forma el fondo de nuestras vidas, todo eso había desaparecido. Cuando las tinieblas se adensaron, los copos remolineantes cayeron más abundantes, danzando ante mis ojos. Al final, rápidamente, uno tras otro, los blancos picachos de las lejanas colinas se desvanecieron en la obscuridad. La brisa se convirtió en un viento quejumbroso. Vi la negra sombra central del eclipse difundirse hacia mí. En otro momento sólo las pálidas estrellas fueron visibles. Todo lo demás estaba sumido en las tinieblas. El cielo era completamente negro.

Me invadió el horror de aquellas grandes tinieblas. El frío que me penetraba hasta los tuétanos y el dolor que sentía al respirar me vencieron. Me estremecí, y una náusea mortal se apoderó de mí. Entonces, como un arco candente en el cielo, apareció el borde del Sol. Bajé de la máquina para reanimarme. Me sentía aturdido e incapaz de afrontar el viaje de vuelta. Mientras permanecía así, angustiado y confuso, vi de nuevo aquella cosa movible sobre el banco —no había ahora equivocación posible de que la cosa se movía— resaltar contra el agua roja del mar. Era una cosa redonda, del tamaño de un balón de fútbol, quizá, o acaso mayor, con unos tentáculos que le arrastraban por detrás; parecía negra contra las agitadas aguas rojo sangre, y brincaba torpemente de aquí para allá. Entonces sentí que me iba a desmayar. Pero un

terror espantoso a quedar tendido e impotente en aquel crepúsculo remoto y tremendo me sostuvo mientras trepaba sobre el sillín.

15 - El regreso del Viajero a través del Tiempo

Y así he vuelto. Debí permanecer largo tiempo insensible sobre la máquina. La sucesión intermitente de los días y las noches se reanudó, el Sol salió dorado de nuevo, el cielo volvió a ser azul. Respiré con mayor facilidad. Los contornos fluctuantes de la Tierra fluyeron y refluyeron. Las agujas giraron hacia atrás sobre los cuadrantes. Al final vi otra vez vagas sombras de casas, los testimonios de la Humanidad decadente. Estas también cambiaron y pasaron; aparecieron otras. Luego, cuando el cuadrante del millón estuvo a cero, aminoré la velocidad. Empecé a reconocer nuestra mezquina y familiar arquitectura, la aguja de los millares volvió rápidamente a su punto de partida, la noche y el día alternaban cada vez más despacio. Luego los viejos muros del laboratorio me rodearon. Muy suavemente, ahora, fui parando el mecanismo.

Observé una cosa insignificante que me pareció rara. Creo haberles dicho a ustedes que, cuando partí, antes de que mi velocidad llegase a ser muy grande, la señora Watchets, mi ama de llaves, había cruzado la habitación, moviéndose, eso me pareció a mí, como un cohete. A mi regreso pasé de nuevo en el minuto en que ella cruzaba el laboratorio. Pero ahora cada movimiento suyo pareció ser exactamente la inversa de los que había ella hecho antes. La puerta del extremo inferior se abrió, y ella se deslizó tranquilamente en el laboratorio, de espaldas, y desapareció detrás de la puerta por donde había entrado antes. Exactamente en el minuto precedente me pareció ver un momento a Hilleter; pero él pasó como un relámpago. Entonces detuve la máquina, y vi otra vez a mi alrededor el viejo laboratorio familiar, mis instrumentos mis aparatos exactamente tales como los dejé. Bajé de la máquina todo trémulo, y me senté en mi banco. Durante varios minutos estuve temblando violentamente. Luego me calmé. A mi alrededor estaba de nuevo mi antiguo taller exactamente como se hallaba antes. Debí haberme dormido allí, y todo esto había sido un sueño.

¡Y, sin embargo, no era así exactamente! La máquina había partido del rincón sudeste del laboratorio. Estaba arrimada de nuevo al noroeste, contra la pared donde la han visto ustedes. Esto les indicará la distancia exacta que había desde la praderita hasta el pedestal de la Esfinge Blanca, a cuyo interior habían trasladado mi máquina los Morlocks.

Durante un rato mi cerebro quedó paralizado. Luego me levanté y vine aquí por el pasadizo, cojeando, pues me sigue doliendo el talón, y sintiéndome desagradablemente desaseado. Vi la *Pall Mall Gazette* sobre la mesa junto a la puerta. Descubrí que la fecha era, en efecto, la de hoy, y mirando el reloj vi que marcaba casi

las ocho. Oí las voces de ustedes y el ruido de los platos. Vacilé. ¡Me sentía tan extenuado y débil! Entonces olí una buena y sana comida, abrí la puerta y aparecí ante ustedes. Ya conocen el resto. Me lavé, comí, y ahora les he contado la aventura.

16 - Después del relato

—Sé —dijo el Viajero a través del Tiempo después de una pausa— que todo esto les parecerá completamente increíble. Para mí la única cosa increíble es estar aquí esta noche, en esta vieja y familiar habitación, viendo sus caras amigas y contándoles estas extrañas aventuras.

Miró al Doctor.

—No. No puedo esperar que usted crea esto. Tome mi relato como una patraña o como una profecía. Diga usted que he soñado en mi taller. Piense que he meditado sobre los destinos de nuestra raza hasta haber tramado esta ficción. Considere mi afirmación de su autenticidad como una simple pincelada artística para aumentar su interés. Y tomando así el relato, ¿qué piensa usted de él?

Cogió su pipa y comenzó, de acuerdo con su antigua manera, a dar con ella nerviosamente sobre las barras de la parrilla. Hubo un silencio momentáneo. Luego las sillas empezaron a crujir y los pies a restregarse sobre la alfombra. Aparté los ojos de la cara del Viajero a través del Tiempo y miré a los oyentes a mi alrededor. Estaban en la obscuridad, y pequeñas manchas de color flotaban ante ellos. El Doctor Parecía absorto en la contemplación de nuestro anfitrión. El Director del periódico miraba con obstinación la punta de su cigarro, el sexto. El Periodista sacó su reloj. Los otros, si mal no recuerdo, estaban inmóviles.

El Director se puso en pie con un suspiro y dijo:

—¡Lástima que no sea usted escritor de cuentos! —y puso su mano en el hombro del Viajero a través del Tiempo.

—¿No cree usted esto?

—Pues yo...

—Me lo figuraba.

El Viajero a través del Tiempo se volvió hacia nosotros

—¿Dónde están las cerillas? —dijo: encendió una y entre bocanadas de humo de su pipa habló—: Si he decirles la verdad... apenas creo yo mismo en ello... Y sin embargo...

Sus ojos cayeron con una muda interrogación sobre las flores blancas marchitas que había sobre la mesita. Luego volvió la mano con que asía la pipa, y vi que examinaba unas cicatrices, a medio curar, sobre sus nudillos.



El Doctor se levantó, fue hacia la lámpara, y examinó las flores.

—El gineceo es raro — dijo.

El Psicólogo se inclinó para ver y tendió la mano para coger una de ellas.

—¡Que me cuelguen! ¡Es la una menos cuarto! —exclamó el Periodista—. ¿Cómo voy a volver a mi casa?

—Hay muchos taxis en la estación —dijo el Psicólogo.

—Es una cosa curiosísima —dijo el Doctor—, pero no sé realmente a qué género pertenecen estas flores. ¿Puedo llevármelas?

El Viajero a través del Tiempo titubeó. Y luego de pronto:

—¡De ningún modo! —contestó.

—¿Dónde las ha encontrado usted en realidad? —preguntó el Doctor.

El Viajero a través del Tiempo se llevó la mano a la cabeza. Habló como quien intenta mantener asida una idea que se le escapa.

—Me las metió en el bolsillo Weena, cuando viajé a través del tiempo.

Miró desconcertado a su alrededor.

—¡Desdichado de mí si todo esto no se borra! Esta habitación, ustedes y esta atmósfera de la vida diaria son demasiado para mi memoria. ¿He construido yo alguna vez una Máquina del Tiempo, o un modelo de ella? ¿O es esto solamente un sueño? Dicen que la vida es un sueño, un pobre sueño a veces precioso... pero no puedo hallar otro que encaje. Es una locura. ¿Y de dónde me ha venido este sueño...? Tengo que ir a ver esa máquina ¡Si es que la hay! Cogió presuroso la lámpara, franqueó la puerta y la llevó, con su luz roja, a lo largo del corredor. Le seguimos. Allí, bajo la vacilante luz de la lámpara, estaba en toda su realidad la máquina, rechoncha, fea y sesgada; un artefacto de bronce, ébano, marfil y cuarzo translúcido y reluciente. Sólida al tacto pues alargué la mano y palpé sus barras con manchas y tiznes color marrón sobre el marfil, y briznas de hierba y mechones de musgo adheridos a su parte inferior, y una de las barras torcida oblicuamente.

El Viajero a través del Tiempo dejó la lámpara sobre el banco y recorrió con su

mano la barra averiada.

—Ahora está muy bien —dijo—. El relato que les he hecho era cierto. Siento haberles traído aquí, al frío.

Cogió la lámpara y, en medio de un silencio absoluto, volvimos a la sala de fumar.

Nos acompañó al vestíbulo y ayudó al Director a ponerse el gabán. El Doctor le miraba a la cara, y, con cierta vacilación, le dijo que debía alterarle el trabajo excesivo, lo cual le hizo reír a carcajadas. Lo recuerdo de pie en el umbral, gritándonos buenas noches.

Tomé un taxi con el Director del periódico. Creía éste que el relato era una «brillante mentira». Por mi parte, me sentía incapaz de llegar a una conclusión. ¡Aquel relato era tan fantástico e increíble, y la manera de narrarlo tan creíble y serena! Permanecí desvelado la mayor parte de la noche pensando en aquello. Decidí volver al día siguiente y ver de nuevo al Viajero a través del Tiempo. Me dijeron que se encontraba en el laboratorio, y como me consideraban de toda confianza en la casa, fui a buscarle. El laboratorio, sin embargo, estaba vacío. Fijé la mirada un momento en la Máquina del Tiempo, alargué la mano y moví la palanca. A lo cual la masa rechoncha y sólida de aspecto osciló como una rama sacudida por el viento. Su inestabilidad me sobrecogió grandemente, y tuve el extraño recuerdo de los días de mi infancia cuando me prohibían tocar las cosas. Volví por el corredor. Me encontré al Viajero a través del Tiempo en la sala de fumar. Venía de la casa. Llevaba un pequeño aparato fotográfico debajo de un brazo y un saco de viaje debajo del otro. Se echó a reír al verme y me ofreció su codo para que lo estrechase, ya que no podía tenderme su mano.

—Estoy atrozmente ocupado —dijo— con esa cosa de allí.

—Pero ¿no es broma? —dije—. ¿Viajó usted realmente a través del tiempo?

—Así es real y verdaderamente.

Clavó francamente sus ojos en los míos. Vaciló. Su mirada vagó por la habitación.

—Necesito sólo media hora —continuó—. Sé por qué ha venido usted y es sumamente amable por su parte. Aquí hay unas revistas. Si quiere usted quedarse a comer, le probaré que viajé a través del tiempo a mi antojo, con muestras y todo. ¿Me perdona usted que le deje ahora?

Accedí, comprendiendo apenas entonces toda la importancia de sus palabras; y haciéndome unas señas con la cabeza se marchó por el corredor. Oí la puerta cerrarse de golpe, me senté en un sillón y cogí un diario. ¿Qué iba a hacer hasta la hora de comer? Luego, de pronto, recordé por un anuncio que estaba citado con Richardson, el editor, a las dos. Consulté mi reloj y vi que no podía eludir aquel compromiso. Me levanté y fui por el pasadizo a decírselo al Viajero a través del Tiempo.

Cuando así el picaporte oí una exclamación, extrañamente interrumpida al final, y

un golpe seco, seguido de un choque. Una ráfaga de aire arremolinóse a mi alrededor cuando abría la puerta, y sonó dentro un ruido de cristales rotos cayendo sobre el suelo. El Viajero a través del Tiempo no estaba allí. Me pareció ver durante un momento una forma fantasmal, confusa, sentada en una masa remolineante —negra y cobriza—, una forma tan transparente que el banco de detrás con sus hojas de dibujos era absolutamente claro; pero aquel fantasma se desvaneció mientras me frotaba los ojos. La Máquina del Tiempo había partido. Salvo un rastro de polvo en movimiento, el extremo más alejado del laboratorio estaba vacío. Una de las hojas de la ventana acababa, al parecer, de ser arrancada.

Sentí un asombro irrazonable. Comprendí que algo extraño había ocurrido, y durante un momento no pude percibir de qué cosa rara se trataba. Mientras permanecía allí, mirando aturdido, se abrió la puerta del jardín, y apareció el criado.

Nos miramos. Después volvieron las ideas a mi mente.

—¿Ha salido su amo... por ahí? —dije.

—No, señor. Nadie ha salido por ahí. Esperaba encontrarle aquí.

Ante esto, comprendí. A riesgo de disgustar a Richardson, me quedé allí, esperando la vuelta del Viajero a través del Tiempo; esperando el segundo relato, quizá más extraño aún, y las muestras y las fotografías que traería él consigo. Pero empiezo ahora a temer que habré de esperar toda la vida. El Viajero a través del Tiempo desapareció hace tres años. Y, como todo el Mundo sabe, no ha regresado nunca.

Epílogo

No puede uno escoger, sino hacerse preguntas. ¿Regresará alguna vez? Puede que se haya deslizado en el pasado y caído entre los salvajes y cabelludos bebedores de sangre de la Edad de Piedra sin pulimentar; en los abismos del mar cretáceo; o entre los grotescos saurios, los inmensos animales reptadores de la época jurásica. Puede estar ahora —si se me permite emplear la frase— vagando sobre algún arrecife de coral Oolítico [28], frecuentado por los plesiosaurios, o cerca de los solitarios lagos salinos de la Edad Triásica. ¿O marchó hacia el futuro, hacia las edades próximas, en las cuales los hombres son hombres todavía, pero en las que los enigmas de nuestro tiempo están aclarados y sus problemas fastidiosos resueltos? Hacia la virilidad de la raza: pues yo, por mi parte, no puedo creer que estos días recientes de tímida experimentación de teorías incompletas y de discordias mutuas sean realmente la época culminante del hombre. Digo, por mi propia parte. Él, lo sé —porque la cuestión había sido discutida entre nosotros mucho antes de ser construida la Máquina del Tiempo—, no pensaba alegremente acerca del Progreso de la Humanidad, y veía tan sólo en el creciente acopio de civilización una necia acumulación que debía inevitablemente venirse abajo al final y destrozar a sus artífices. Si esto es así, no nos queda sino vivir como si no lo fuera. Pero, para mí, el porvenir aparece aún obscuro y vacío; es una gran ignorancia, iluminada en algunos sitios casuales por el recuerdo de su relato. Y tengo, para consuelo mío, dos extrañas flores blancas —encogidas ahora, ennegrecidas, aplastadas y frágiles— para atestiguar que aun cuando la inteligencia y la fuerza habían desaparecido, la gratitud y una mutua ternura aún se alojaban en el corazón del hombre.

Apéndice

Consideraciones generales

En mayo de 1938 millones de norteamericanos fueron presa del terror; una emisora de radio transmitió noticias que sobrecogieron sus ánimos: los marcianos habían invadido la Tierra y estaban aniquilando el planeta, abrasando pueblos, reduciendo a escombros ciudades enteras y exterminando todo tipo de fuerzas que osaban hacerles frente. El fin del Mundo parecía haber llegado. Durante ocho horas la emisora voceó angustiosamente el parte de guerra de aquella invasión y miles y miles de radioescuchas desalojaron a toda prisa sus hogares intentando distanciarse por todos los medios de aquella amenaza. La policía hubo de trabajar lo suyo para convencer a los asustados ciudadanos, que bloqueaban en su fuga caminos y carreteras, de que habían sido víctimas de un engaño. Ningún marciano de enorme cabeza había bajado a visitarnos. Aquella emisora que sembró el terror estaba retransmitiendo un espacio sobre ese tema. El talento de un joven director de programas especiales, Orson Welles, y el poder de las palabras fueron las causas de aquel pánico colectivo que ha pasado a la historia. Si gran parte del mérito de que aquella ficción se hiciese realidad corresponde a quien la puso en antena, no menores merecimientos recaen en el creador de la idea original y autor de la novela *La guerra de los mundos*, que fue la base del programa. Su nombre era el de Herbert George Wells, escritor de aquella historia cuyas palabras invadieron el Mundo.

Entorno social e histórico

Cuando el pequeño periódico local del pueblecillo de Bromley, situado en el condado inglés de Kent y a no mucha distancia de Londres, informó a su reducido y vecinal círculo de lectores sobre el feliz nacimiento en la tarde del 22 de septiembre de 1866 del niño Herbert George Wells, nada hacía prever que aquel sonrosado recién nacido sería uno de los testigos más lúcidos y afamados de su tiempo.

La época victoriana

La Inglaterra de aquel entonces atravesaba una de sus etapas históricas más

características: la llamada época victoriana. Esta se corresponde con la dilatada permanencia en el trono británico de la reina Victoria, que, habiendo sido coronada en 1837, sostendría tal símbolo de realeza hasta su fallecimiento en 1901.

Los aconteceres sociopolíticos más destacados de la sociedad inglesa durante aquellos años fueron los siguientes:

• Continuación del desarrollo económico que, habiéndose iniciado en el siglo anterior con la denominada primera revolución industrial, sufrirá una aceleración tan acentuada en los últimos treinta años, que algunos autores hablan de una segunda revolución industrial, en la que el carbón será acompañado, en cuanto fuente de energía, por el petróleo y la electricidad.

• Expansión colonial de los países europeos, que, llevados por la necesidad de encontrar materias primas: algodón, caucho, madera, etc., se reparten el continente africano y el sur de Asia.

• Como consecuencia de la concentración de la población en las zonas fabriles, las ciudades crecen de forma intensiva y aparecen las primeras formaciones políticas del proletariado organizado en sindicatos —*Trade Unions*— y partidos de ideología socialista de carácter reformista.

Por otra parte y durante los años de la época victoriana en que vivió H. G. Wells, deberán destacarse dos fenómenos que tiñeron con relieves muy especiales la vida inglesa en aquel tiempo: el maquinismo y la moral victoriana.

• El maquinismo nace como efecto del espectacular avance de la ciencia y de la técnica, que permitió la aparición sucesiva de toda una serie de instrumentos hasta componer una especie de catálogo de maravillas científicas: el teléfono, el micrófono, el alumbrado eléctrico, el gramófono, el motor de gasolina, la máquina de escribir, la máquina de segar, el cine, etc.. Las máquinas parecen ocupar el lugar de los dioses, así como en el paisaje las chimeneas de las fábricas ocultan las tradicionales torres de campanario y el prestigio de los clérigos y humanistas se eclipsa ante el de los nuevos sacerdotes: los científicos, algunos de los cuales sentarán en este tiempo los pilares del Mundo contemporáneo como es el caso de Darwin, con su *Teoría sobre la evolución del hombre y las especies*; Pasteur, que dio al traste con la creencia inmemorial en la generación espontánea de los gérmenes, o Mendeleyev, que al publicar su *Tabla Periódica de los Elementos* creó las bases de la química moderna.

• La moral victoriana es un fenómeno sociológico que está correlacionado con la prosperidad material de la burguesía durante aquel tiempo y que provocó el que los valores éticos de este grupo social se convirtiesen en la única escala de valores aceptable socialmente: el autoritarismo patriarcal en la familia; la condena hipócrita de cualquier hecho relacionado con el sexo; la gazmoñería en las costumbres; la huida de cualquier referencia a lo desagradable de la vida y en general la defensa del orden establecido basándose en un respeto falso eran las claves de aquella vida social

que se resistió duramente a aceptar cualquier tipo de cambio o innovación que alterase alguno de aquellos valores.

Europa de las guerras

Cuando H. G. Wells falleció en 1946 había sido testigo de las dos catástrofes bélicas mayores que ha presenciado el Mundo: la primera y segunda guerras mundiales. En 1914 y 1939 el Mundo fue escenario de unos enfrentamientos cuya causa última descansaba en las rivalidades nacionalistas que se habían forjado en los últimos años del siglo XIX. Aquellas guerras demostraron que las máquinas, creadas para la paz, podían fácilmente transformarse en herramienta de violencia y que el crecimiento económico tenía que ser reordenado para evitar tanto la explotación desmesurada de los trabajadores como la competencia salvaje de unos países con otros en su afán de encontrar materias primas baratas o acaparar mercados donde vender sus productos.

De entre los acontecimientos que jalonaron aquel tiempo y de los que el autor de *La máquina del tiempo* fue sin duda atento y estudioso espectador deben tenerse en cuenta la Revolución rusa de 1917, que supuso la toma del poder político y económico por el proletariado y por tanto la esperanza para muchos, desencantados más tarde, de que la utopía comunista podía ser una realidad; la gran crisis económica de 1929, que terminó con las ilusiones de quienes confiaban en un progreso continuo del bienestar general, y la publicación de los trabajos de Albert Einstein, sobre los que se fundamentaría la producción de la bomba atómica, cuya primera explosión tuvo lugar el mismo año [29] en que murió nuestro autor y que encierra en su dualidad —átomos para la guerra/átomos para la paz— toda la tragedia de la aventura científica y social de nuestros tiempos.

El entorno cultural

Los hombres no son seres que vivan aislados sino seres sociales que nacen, se desarrollan y crean sumergidos en una sociedad determinada que delimita sus posibilidades. Pensamos a partir de lo que otros han pensado antes o piensan con nosotros, actuamos en una realidad social que nos encontramos hecha y que o bien aceptamos o bien intentamos con nuestra actividad variar. Elegimos nuestras ideas entre las ideas que nuestro tiempo ofrece. Somos a la vez herederos de un tiempo y creadores de un porvenir. Mal comprenderíamos la obra de H. G. Wells si no

indicásemos, aunque sea brevemente, cuáles fueron los referentes literarios con los que hubo de convivir y entre los que tuvo que elegir.

Cuando H. G. Wells inició su obra literaria, el panorama de la novela inglesa estaba dominado por los continuadores de lo que se llama la gran época de la novela, aquella que forjaron novelistas como los franceses Balzac, Flaubert, o Zola, los ingleses Dickens, Jane Austen, o las hermanas Brönte, los norteamericanos Hawthorne y Melville, o los españoles Pérez Galdós y Valera. Los autores más cercanos a su época dentro de su país eran Thomas Hardy, George Meredith, y George Eliot, que continuaban cultivando la novela realista.

La generación literaria de nuestro escritor (entendiendo por generación un conjunto de escritores que comienzan a publicar en fechas semejantes) está a caballo temporalmente entre uno y otro siglo y literariamente entre la novela tradicional y la novela moderna. Algunos de los novelistas de su generación nos parecen hoy continuadores de la novela clásica decimonónica: Rudyard Kipling o John Galsworthy, mientras que otros parecen anunciar ya la novela contemporánea: Henry James, Joseph Conrad.

Características de la novela clásica son el uso del lenguaje cotidiano, la búsqueda de lo verosímil o posible en los temas, la observación detallista de la realidad y la presencia de un narrador omnisciente que maneja a su antojo los personajes. Frente a ella, la novela contemporánea contiene como rasgos diferenciadores o pertinentes el uso de un lenguaje muy elaborado, el tratamiento de temas complejos u obscuros, el alejamiento de los temas realistas, la escasez de descripciones prolongadas y la mayor autonomía de los personajes frente al poder del autor-narrador.

Cuando analicemos la obra de H. G. Wells, comprobaremos que, aun cuando formalmente sus novelas son de corte clásico o decimonónico, reúnen una serie de condiciones que hacen muy difícil su encuadramiento, a pesar de que la desbordante fantasía de sus primeras producciones lo emparentan con tan ilustres escritores como Jules Verne, R. L. Stevenson, o Cyrano de Bergerac.

El autor

Una familia humilde

La casa donde Herbert George Wells vino al mundo estaba situada en la calle principal del pequeño pueblo de Bromley (Kent), muy cercano por entonces a Londres y hoy en día integrado como un barrio más en la capital británica.

En el momento de nacer, su padre, Joseph, y su madre, Sara, eran propietarios de

una reducida tienda de objetos de porcelana y otras variedades de menaje doméstico. No era un buen negocio, y el nacimiento de H. G. Wells, tercer hijo varón del matrimonio, aumentó las preocupaciones en la familia. Los padres, que se habían conocido siendo sirvientes, él jardinero y ella doncella, en una mansión noble de la comarca, y que a base de ahorros y esfuerzos habían logrado montar aquel negocio, se vieron en la necesidad de encontrar nuevas fuentes de ingresos para sacar adelante a la familia, y así ella vuelve a tomar su antiguo empleo y el padre aporta nuevas entradas monetarias gracias a su habilidad como jugador de cricket, deporte tradicional inglés semejante al béisbol.

Aun cuando el propio H. G. Wells nos dice que la influencia de su padre, aficionado a la lectura, resultó más decisiva para su futura vida que el papel de su madre, sus biógrafos están de acuerdo en entender que el peso familiar descansaba en la figura materna y que será ella quien intente trazar el destino de sus hijos. Con la intención de hacerles subir un peldaño en la rígida escala social de su tiempo, decide prepararlos para que entren el día de mañana como dependientes de comercio u oficinistas, en cuyos modales y vestimenta, levita negra y alto cuello blanco, veía una divisa de honorabilidad y rango superior.

La escuela

Los primeros estudios los realizó en una escuela privada, regida por un antiguo conserje llegado a maestro, Thomas Morley, dotado de escasas habilidades pedagógicas y aún menores conocimientos. De aspecto feroz y de carácter colérico, seguía al pie de la letra la antigua máxima de que «la letra con sangre entra». Su frase favorita era «la primera ley del cielo, señores, es el orden». De aquellas circunstancias, que Wells relata en su novela *Kipps*, guardará siempre un amargo recuerdo. En alguna de sus cartas escribe literalmente: «No recuerdo que me enseñaran nada en la escuela. Nos señalaban lecciones y sumas y luego nos las oían. Pero nuestra pérdida era principalmente negativa, crecíamos embotados.»

Una caída afortunada

A los ocho años sufre una caída y se fractura la canilla de una pierna, debiendo guardar cama durante algunas semanas. El médico del pueblo colocó mal el hueso y hubo que romperlo de nuevo y reparar el error. Durante largo tiempo ha de permanecer instalado en la sala de su casa, y encerrado entre sus cuatro paredes

descubre un enorme horizonte: la lectura. A lo largo de la convalecencia devora los libros que su padre le proporciona y se desarrollan en él el hábito y el placer de la lectura. Dickens y Washington Irving son sus primeros novelistas favoritos. Con razón hablará de aquella caída como de uno de los momentos más afortunados de su vida.

Primeros empleos

Finalizados los estudios de cultura general y contabilidad, entra de ayudante de caja en un almacén de tejidos, pero sus tendencias a estar en la Luna y soñar despierto, añadidas a su mínima falta de interés, no le convierten precisamente en el empleado óptimo para el desempeño de dicho oficio. Lo despiden y pasa entonces y durante una breve temporada a ayudar a un pariente que dirige una escuela, tarea que le satisface y le permite dedicar tiempo a su vicio favorito: los libros.

Pero la desgracia parece acompañarle. La escuela quiebra por falta de alumnos y nuevamente ha de trabajar en un almacén de paños, donde aparte de desarrollar tareas manuales ha de permanecer interno durmiendo en el triste barracón de los trabajadores. Un día, cuando a las once de la noche apagan la luz y ha de interrumpir su lectura, decide abandonar no sólo aquel lugar, sino también aquel camino en la vida.

Una fuga y un telescopio

Tomada aquella decisión, se aleja del almacén y, andando más de cuarenta kilómetros, va a ver a su madre en la mansión de Uppark, donde ésta trabaja como criada de confianza. Aquel adiós y aquella caminata los recordará como «tal vez lo más grande de cuanto he realizado en mi vida».

Pasa entonces una breve temporada viviendo con su madre y entra en contacto, merced a su acceso a la biblioteca de los señores de la casa, con la obra del filósofo evolucionista Herbert Spencer; lee a Platón, a Voltaire y algún ensayo político que, como *Los derechos del hombre*, de Paine, uno de los padres del socialismo inglés, le causará profunda huella. En este intercambio placentero reconstruirá un telescopio desmantelado, que por azar encuentra, y contempla hechizado la armonía muda e imperecedera de las estrellas y planetas, que desde entonces servirán de fondo a todas sus imaginaciones.

Botica y escuela nocturna

La necesidad económica lo obliga a colocarse de nuevo como mancebo en una botica, que años más tarde describirá en su novela *El sueño*, que, al igual que gran parte del resto de sus escritos, contiene pasajes autobiográficos. Al tiempo se matricula en una escuela nocturna y, encontrándose con un buen maestro y ayudado por su pasión y curiosidad por el estudio, se interesa por aprender los conocimientos científicos del momento: la astronomía, la geología, la física, la biología, a la vez que se convierte en un evolucionista y admirador de Charles Darwin.

Comienzan los años felices

Habiendo destacado en sus estudios, es propuesto para seguir con una beca estudios superiores en la Escuela Normal de Ciencias de Londres y, lograda su admisión, se traslada a Londres para cursar diversas disciplinas. Entre sus nuevos maestros destaca la presencia de T. H. Huxley, eminente fisiólogo, defensor de Darwin y abuelo del futuro novelista Aldous Huxley. Para H. G. Wells aquellos años de estudio constituyeron sus primeros momentos de felicidad. Instalado en Londres, ya casado con Isabel, una parienta lejana y de quien se separa pronto, desarrolla una actividad exhaustiva: estudia, investiga, da clases particulares, y comienza a publicar en una revista científica sus primeros trabajos de carácter pedagógico. Terminados los cursos de la Escuela Normal, se sitúa como profesor auxiliar en una escuela de mediana calidad donde dejará un recuerdo de maestro exigente, preparado y dotado de excelentes condiciones para la enseñanza. Al tiempo se casa por segunda vez con una antigua alumna, Catherine Rollins, y colabora en diversas revistas y periódicos. Aquellos tiempos de tremendo esfuerzo, unidos a la estrechez económica en que vive, resienten gravemente su salud. Pesa por entonces cuarenta kilos. Una mañana, y luego de un ligero trabajo físico, tiene un vómito de sangre. El diagnóstico es claro: tuberculosis. Abandona la enseñanza y dedica su tiempo a redactar colaboraciones en la prensa, al tiempo que dirige la sección de Ciencias Naturales de una academia de enseñanza por correspondencia, incluyendo el papel que tal práctica podría representar en el futuro y que las actuales universidades a distancia han corroborado.

Novelista de éxito

Entre 1863 y 1864 Wells escribe una especie de relato fantástico, *La crónica de los Argonautas*, que aparece de forma periódica en la revista *National Observer*. Cuando esta revista se cierra, su editor, Henley, crea la *New Review* y desea para ella una novela sensacional, ofreciéndole una cantidad estimable a Wells para que escribiese una, recogiendo el tema de aquel antiguo relato: un viaje al futuro. En quince días de arduo trabajo rehízo aquel material y terminó *La máquina del tiempo*, que aparece primero en forma de serie y más tarde como libro. Fue un éxito instantáneo. Se hablaba del libro en todas partes. Se vendía. Se calificaba a su autor como hombre genial. De pronto se había convertido en un autor de fama, a quien todos los periódicos pedían colaboraciones. Abandona, aunque no de forma total, el periodismo y se dedica a escribir. En el mismo año publica *La visita maravillosa*, y en los tres años siguientes tres novelas que cimentaron y acrecentaron su prestigio: *La isla del doctor Moreau*, *El hombre invisible*, y *La guerra de los Mundos*.

De esta manera, y a los veintinueve años, se halló dueño absoluto de su libertad. Independiente económicamente, y con un prestigio de escritor con imaginación brillante, cálida humanidad y enorme originalidad mental, se encontró en una posición inmejorable. No se durmió en los laureles.

Una casa frente al mar

El éxito económico que acompaña sus primeras publicaciones le permitirá a H. G. Wells cumplir una ciega ilusión: tener una casa propia en un lugar ameno y grato donde poder seguir trabajando. Cuando el siglo XX inicia su andadura, el matrimonio Wells se traslada a su nueva residencia: la Casa de las Espadas, y allí, cuidando su precaria salud, haciendo deporte y dedicando la mayor parte de las horas del día a la dura tarea de escribir, pasará los años mejores de su vida. Pronto dos hijos varones alegrarán las paredes de la nada ostentosa pero sí agradable mansión.

Encuentro con el socialismo

En 1883 un grupo de intelectuales había creado en Londres un club político: la Sociedad Fabiana, que propugnaba un socialismo evolucionista y moderado. La preocupación de H. G. Wells por los temas políticos y por el socialismo en concreto era ya evidente aun antes de haberse consagrado como escritor. Una lectura atenta de *La máquina del tiempo* descubre que la reflexión sobre la posibilidad del socialismo o

el comunismo ocupaba su mente. Al poco de publicar *Anticipaciones*, un ensayo sobre los problemas sociales y políticos de su tiempo, los Webb, fundadores del grupo de los fabianos, lo convencen para que se integre a ellos. Allí se encontrará con otros miembros destacados de la cultura inglesa, como el autor teatral y futuro premio Nobel, Bernard Shaw, y el filósofo Bertrand Russell. Para aquella sociedad escribió diversos manifiestos y dedicó a su organización y difusión gran parte de sus energías.

Su socialismo se basaba en la idea de que el progreso de la humanidad pasaba por la necesidad de erradicar la pobreza e incrementar la cultura. Veía en la educación el arma principal para la transformación del Mundo. Resumía sus ideas en el eslogan «el hombre para el hombre», en oposición al comunismo, que lo entendía como «el hombre para el Estado», y al cristianismo, «el hombre para Dios». Su tuerte carácter individualista chocó pronto con las rígidas normas de los fabianos y su colaboración con ellos no se prolongó demasiado tiempo.

Un inconformista

Su buena posición social, su más que substanciosa fortuna y el éxito social que lo acompañó durante el resto de sus días no diluyeron sus ideales de buscar y defender la verdad y la libertad. Estuvo siempre al lado de los desventurados y de los perseguidos: apoyó el movimiento sufragista, luchó desde la tribuna de sus libros y escritos periodísticos contra la hipocresía de la moral burguesa, participó activamente en las campañas laboristas y continuó defendiendo la necesidad de educar a la humanidad. Aporta libros de divulgación histórica y científica con esa mira y continúa, dice en su biografía, «dándole cada día al martillo del trabajo literario».

Las mujeres en su vida

En pleno siglo XVIII, un ilustrado catedrático de Fisiología en la Universidad de Salamanca, don Fernando Mateos Beato, sostuvo la teoría de que la capacidad de amor dependía del volumen del bazo. Según tan excéntrico sabio, cada historia de amor producía la aparición de una señal circular en dicha víscera. Si tal afirmación fuese cierta, un análisis del bazo de H. G. Wells al final de sus años mostraría semejanzas con el corte transversal de un tronco de árbol. Un hombre como él, vitalista y apasionado, no podía menos de atraer con su fuerte personalidad a bastantes mujeres, y ser atraído a su vez por muchas de ellas. Dejando aparte su primera y fallida experiencia matrimonial, dos mujeres ocuparon un lugar destacado

en su biografía: Amy Catherine Rollins, su segunda mujer, y Rebeca West, a quien conoció en 1914 y con la que tuvo un hijo varón. Para Wells su ideal femenino era una combinación armónica de atractivo sexual y camaradería intelectual, y defendió, frente a la hipocresía moral dominante, la necesidad de «un sistema nuevo de relaciones entre el hombre y la mujer, a salvo del servilismo, de la agresión, de la provocación y del parasitismo». Sus novelas *Ana Verónica* y *Juana y Pedro* recogerán estas ideas.

Las últimas décadas

Desde la primera guerra mundial desarrollará una exhaustiva labor dando conferencias, publicando nuevos libros y haciendo oír su voz desde los mejores periódicos mundiales. Su objetivo es conseguir que los hombres superen sus motivos de enfrentamientos, crear una conciencia común entre todos los pobladores del Mundo e instrumentar una organización, la Sociedad de Naciones (antecedente de la actual ONU), que gobernase el estado Tierra. La segunda guerra mundial supuso el fracaso de sus esperanzas.

Su último adiós

Acosado por los achaques físicos que le habían perseguido a todo lo largo de su vida, tuberculosis y lesión de riñón, se refugió durante sus últimos años en su finca de Easton Glebe, dedicado a la revisión de sus obras completas. El trabajo siguió siendo su horizonte cotidiano. En la tarde del 13 de agosto del año 1946 llamó a su sirvienta y le pidió un pijama. Desde su lecho miró a los amigos que lo acompañaban y les dijo: «Proseguid: yo ya lo tengo todo». Pocas horas después murió. Como el viajero del tiempo, también él había entrado en el futuro.

La obra

Sus novelas

La obra de un autor tan polifacético como H. G. Wells es difícil de resumir en escasas páginas.

Como periodista, ensayista y novelista, además de alguna aventura teatral, sus

más de cien obras publicadas resisten cualquier intento de síntesis bajo una u otra etiqueta. Hay muchos Wells. Parte de su obra ha permanecido con mejor suerte que otra, pero en su mayoría sus novelas y escritos continúan vigentes.

Por mero afán metodológico separaremos el conjunto de sus producciones según corresponda a un género literario u otro. En realidad forman un conjunto interrelacionado y asombroso.

La producción narrativa de H. G. Wells puede a su vez ser diferenciada según su contenido básico:

• Novelas científicas: Como novelista científico y padre de la ciencia-ficción, está popularmente considerado. *La máquina del tiempo*, *La visita maravillosa*, *La isla del Dr. Moreau*, *El hombre invisible*, y *La guerra de los Mundos* son los títulos más representativos de este grupo. En ellas confluye la formación científica del autor y su temperamento de reformador y moralista social con sus innegables datos de artista. Comparado muchas veces con Jules Verne, sus talentos literarios son sin embargo divergentes, la imaginación del autor de *La vuelta al Mundo en ochenta días* era detallista: pensaba y calculaba, por ejemplo, el calibre y trayectoria del proyectil que llevaba a sus personajes hasta la Luna. Wells, en cambio, resuelve el problema inventando una substancia, «la cavorita», que actúa contra las fuerzas de la gravedad. Cada una de estas novelas encierra un sentido moral: *La máquina del tiempo*, la responsabilidad del hombre ante la humanidad; *El hombre invisible*, los peligros que engendra el poder sin un control ético, y *La isla del Dr. Moreau*, la necesidad de combatir los instintos animales del hombre con la disciplina educativa. Falta en estas novelas toda profundización en el elemento humano, los personajes son meros pretextos para comunicar ideas y circunstancias. Seguramente esto ha inducido a ciertos críticos a calificarlas como «libros para niños». Puede admitirse que algunas de las cualidades sobresalientes de estas historias derivan del hombre de ciencia más que del artista. Pero precisamente por su fuerza imaginativa y su penetración narrativa han permanecido más vivas que otras literariamente más conseguidas.

• Novelas de la vida: En la primera década del siglo XX, Wells escribió, según ciertos críticos, lo mejor de su obra. Son novelas como *Kipps*, *Tono-Bungay*, *La historia de Mr. Polly*, *El amor y Mr. Lewishan*, en las que aplica todo su amor, capacidad de expresión, humor e imaginación para recoger en ellas todo el espectáculo de la vida de gente humilde en lucha contra su medio social. Son novelas, frente al resto de su producción, escritas más con el corazón que con el cerebro.

• Novelas ideológicas: Si en todas sus novelas está presente el contenido ideológico, de carácter socialista, en este último grupo lo ideológico ya no es un telón de fondo o un discurso que aparezca salpicando la acción. En novelas como *El nuevo Maquiavelo*, *El señor Brithing*, *Dios*, *Rey invisible*, o *Juana y Pedro*, lo ideológico lo es todo y los personajes son tan sólo encarnación de una idea o una teoría. Son sus

novelas peor valoradas en la actualidad, pues el paso del tiempo ha vuelto farragoso lo que sin duda al publicarse era polémico.

Sus ensayos

Entre sus ensayos podemos distinguir los de carácter político-social y los históricos. Los primeros son exposiciones de sus teorías sociales y políticas y reflejan su pensamiento acerca de la necesidad de lograr un socialismo democrático y humanista. *Anticipaciones, La humanidad en formación,* y *Una Utopía moderna* son los más conocidos.

Al campo histórico se aproximó H. G. Wells llevado por su idea de dotar de una conciencia común a la comunidad humana. *Esquema de la Historia* e *Historia breve del Mundo* son libros que todavía hoy sorprenden por la acertada labor de síntesis que representan.

Su labor periodística

Sus escritos en prensa diaria y en todo tipo de revistas ocupan gran parte de sus obras completas. H. G. Wells gustaba de ser conocido más como periodista que como escritor. La divulgación científica, la polémica política, y las reflexiones pedagógicas son el tema de la mayoría de sus artículos.

La máquina del tiempo

Primera novela

Recogiendo aspectos diversos de algunos relatos anteriores, H. G. Wells escribió esta obra por encargo en quince días de arduo y fatigoso trabajo. Con ella se consagró en el Mundo literario. Su carácter de «opera prima» del autor hace su estudio más apasionante, pues en ella, como en una semilla, reside ya todo el fruto, se encuentran las raíces del resto de sus novelas.

El tema central

Aun cuando «el argumento» sea un viaje al futuro remoto y la descripción de la

sociedad en el año 802.701, el tema central de la novela es la responsabilidad de los hombres con respecto al porvenir. La forma de vida, las costumbres, las crueldades y la decadencia que el viajero del tiempo encuentra en su periplo es el resultado de lo que cada generación humana realice en su presente. Esa es la lección y la clave que la novela encierra.

Estructura

A lo largo de la novela pueden distinguirse dos bloques narrativos diferentes: uno formado por el antes y el después del viaje, en el que predominan los diálogos y escrito en tercera persona, y otro, el relato del viaje en sí, escrito en primera persona, y que contiene el tema central de la novela y la descripción de la sociedad del futuro.

El ritmo narrativo

En el primer bloque predomina la intención de acrecentar el interés del lector una vez que se le ha dado a conocer los poderes de la máquina del tiempo. La escena en que el modelo a escala reducida desaparece, la aparición fantasmagórica del viajero y la demora que en los contertulios y en los lectores produce la necesidad de éste de comer antes de «contar» lo que todos ansían conocer, es un acierto narrativo relevante, pues materialmente introduce deseos en el lector, por saber qué había y cómo era el futuro.

El relato sobre el viaje, escrito en primera persona, avanza tanto a base de descripciones fantásticas como por razón de las explicaciones diferentes, «las causas», que el viajero va dando, a sí mismo y al resto, acerca de aquel estado de cosas. El *suspense* que la terminación de las cerillas inyecta a la acción es también toda una prueba del bien saber narrar del autor.

El estilo

La prosa de H. G. Wells no destaca precisamente por su calidad literaria; busca en ella primordialmente la funcionalidad y no la belleza de la palabra o la armonía de la frase.

Para H. G. Wells, la literatura —son sus propias palabras— «no es orfebrería y su

finalidad no es la perfección; cuanto más se piensa en cómo debe hacerse, menos se logra. Estas debilidades conducen a un camino fatal, que se aparta de todo interés natural para ir hacia el vacío de un esfuerzo técnico, un egoísmo monstruoso de artífice».

La calidad de su escritura reside más en su fuerza natural y en su intencionalidad crítica que en valores del lenguaje o técnica literaria. Sin embargo en algunos momentos consigue párrafos de gran calidad poética, y las escenas con Weena en esta novela son leal prueba de ello.

Los protagonistas

• **La máquina.** El artefacto que ha de permitir llevar a cabo tan fantástico viaje es sin duda uno de los personajes principales. Aun cuando su mecanismo y modo de funcionamiento no se describen con demasiada verosimilitud (posibilidad de ser real), su aspecto externo, sus elementos y calidades se describen minuciosamente para que el lector la sienta como existente.

• **El Viajero del Tiempo.** Es el personaje clave de la novela, mediante el cual el autor nos cuenta, al tiempo que la propia materia narrativa, cómo es el futuro, su visión del Mundo y de la sociedad. Si al principio de la novela aparece como un sabio lleno de teorías y palabras abstractas, cuando la novela termina, las emociones, miedo, ternura, valentía, sagacidad por las que pasa lo han llenado de una calidad humana que despierta la simpatía del lector.

• **Los Eloi y los Morlocks.** Las dos clases de habitantes del futuro se describen como seres de psicología muy primaria. Nada se sabe sobre su pensamiento. La impresión que recibe el lector de la novela es que se trata de dos razas de animales inhumanos o, mejor, degeneraciones del hombre. Es importante observar que, como fiel admirador de las ideas sobre la evolución del hombre de Darwin, el autor los dota de apariencia exterior y potencias intelectuales en coherencia con su medio ambiente.

• **Weena.** Esta protagonista es quizá uno de los mejores hallazgos novelescos de H. G. Wells. Un ser primario, asustadizo y débil, pero que por su capacidad de sentir amor, ternura y lealtad representa el único motivo de confianza en la humanidad que se encuentra en la novela.

• **Los amigos del viajero.** Los testigos de las palabras del viajero del tiempo, sabios y periodistas en su mayoría, no simbolizan sino la sociedad contemporánea de H. G. Wells con su pluralidad de ideas, su escepticismo y su fe de carbonero. Son un mero pretexto para que se escuchen las teorías que sitúan científicamente, «crean la atmósfera necesaria» al contenido fantástico de la aventura.

Valoración final

La máquina del tiempo, además de una muy estimable novela de aventuras por la prodigiosa imaginación que el autor pone en ella, constituye un libro de gran valor para quien quiera acercarse a la obra de H. G. Wells, pues combina en ella sus preocupaciones científicas con sus pensamientos sociopolíticos, los dos polos que delimitaron su vida.

Constantino Bértolo Cadenas

Anexo 1: Teoría y Práctica del Viaje en el Tiempo

Larry Niven

The Theory and Practice of Time Travel, © 1971 by Larry Niven. Traducido por Víctor Pretell para *Velero 25*.

En: http://www.velero25.net/2007/jun2007/jun07pg03.htm

Especular: (2) Ponderar un asunto en sus diferentes aspectos y relaciones; meditar. Perderse en sutilezas o hipótesis sin base real.

Webster: Nuevo Diccionario Colegiado
1959

Hace tiempo a un hombre se le concedieron tres deseos. Él pidió los dos primeros, pero al conseguirlos se metió en grandes problemas, tales que si él quisiera continuar con ellos, sufriría terriblemente.

Ahora desesperado, clamó: "*¡deseo nunca haber tenido un hada madrina!*". Y el pasado se corrigió cancelando ambos deseos.

La primera historia de viaje en el tiempo fue un cuento de hadas, aquí drásticamente condensado.

Su tema esta profundamente enraizada en la literatura. L. Frank Baum lo usó en *La Tierra Maravillosa de Oz*. Cabell lo pidió prestado para *El semental plateado*. Tradicionalmente el protagonista puede cambiar el pasado sin viajar realmente atrás en el tiempo.

H. G. Wells, uno de los padres de la ciencia ficción moderna, también dio vida al concepto de la maquina del tiempo. Esta puede ser la razón por la que los hijos espirituales de Wells tienden a tratar el viaje temporal como ciencia ficción en vez de fantasía. Pero Wells únicamente escribió sobre viajes hacia el futuro. Él evitó la ***Paradoja del abuelo*** y todas las otras paradojas derivadas del viaje al pasado. Su máquina del tiempo fue un mero vehículo, no más notable que el escudo de gravedad hecho de Cavorita [30]. Wells también evito el aspecto más importante del viaje temporal: conseguir sus deseos. Cuando un niño ora: "*Por favor, Dios, haz que no pase*", él está inventando el viaje en el tiempo en su ser (olvidara la idea probablemente cuando mejore su dominio del idioma, más temprano que tarde.) El

propósito básico del viaje temporal es cambiar el pasado; y el primer peligro es que el Viajero pueda lograrlo. El hombre que por vez primera pensó en viajar al pasado combinando la máquina de Wells con el cuento de hadas produjo el viaje en el tiempo en su formato actual.

Las máquinas del Tiempo vienen en diferentes formas. El personaje de Wells viajaba sentado en un vehículo abierto como una bicicleta, gozando de una vista magnifica del destellante pasado. Las expediciones normales de *La Patrulla del Tiempo* de Poul Anderson se realizan en un vehículo que puede hacer todo lo que hace la maquina de Wells, además de volar.

Las máquinas más restringidas sólo pueden viajar hacia el futuro, o puede enviar sólo partículas subatómicas al pasado, o incluso pueden restringirse a cosas menos substanciales: pensamientos, sueños, estados emocionales. Otras pueden únicamente moverse en saltos discretos de un millón o sesenta millones de años. Un escritor que pone límites tan severos a su máquina del tiempo, generalmente está limitando su habilidad de cambiar el pasado para hacer su historia menos increíble.

La ***Paradoja del abuelo*** es básica en cualquier discusión sobre el viaje en el tiempo. Esta dice así:

A los ochenta años de edad tu abuelo inventa una máquina del tiempo. Tú lo odias, tomas la máquina y viajas sesenta años hacia el pasado y lo matas. ¿Cómo pueden sospechar de ti?

Pero tú lo has matado antes de que él pueda conocer a tu abuela. Así tu nunca naciste. Y él no tuvo una oportunidad para construir la máquina del tiempo.

Pero entonces no lo puedes haber matado. Así él puede engendrar a tu padre quien puede engendrarte a ti. Habrá luego una máquina del tiempo...

¡Tú y la máquina existen y no ocurre ninguna Paradoja!

En general nosotros llamaremos a cualquier interferencia con el pasado, sobre todo interferencias auto-cancelativas, como la ***Paradoja del abuelo***.

El viaje hacia el pasado viola ciertas cosas que nosotros consideramos leyes de la naturaleza:

(1) Un vehículo que viaja desde el siglo XXX DC hacia el siglo XX, puede considerarse como que sale de ninguna parte. Viola así la ley de la conservación de la materia. Si el vehículo lleva una fuente de energía de cualquier clase, también viola el principio de la conservación de la energía... una sutileza, considerando que ambas son la misma ley en estos días.

Decir que un tonelaje equivalente de materia desaparece mil años después no es ninguna respuesta. Durante diez siglos hubo una máquina del tiempo extra por allí.

Pero las cosas son aun peores si la ***Paradoja del abuelo*** está involucrada. Uno puede imaginar una máquina del tiempo con siglos de antigüedad que descansa en un museo, dentro de una urna de vidrio y acero con el vidrio y el acero que se habrían usado para construir la máquina de tiempo, si cualquiera hubiera proseguido y construido esa máquina del tiempo que nadie hizo, debido a la interferencia con el pasado que la misma máquina del tiempo posibilitó.

(2) Si uno no puede enviar materia a través del tiempo, quizás puede enviarse señales, información.

Pero incluso esto viola la conservación de la energía. Cualquier señal involucra algún tipo de energía.

Además, las leyes de la relatividad establecen que la información no puede viajar más rápidamente que c, la velocidad de la luz en el vacío. ¡Una señal viajando hacia atrás en el tiempo viajara más rápido que la infinitud!

(3) El viaje físico en el tiempo viola claramente cualquier ley del movimiento, como el movimiento siempre se relaciona al tiempo. Esto afecta la conservación del momento, lo relacionado a la energía cinética, e incluso la *Ley de la gravedad*. Cualquier *Ley de la la gravedad*.

(4) ¿Y que hay sobre obtener información del futuro?

Si la precognición y la profecía son sólo conjeturas muy exactas hechas por la mente subconsciente, entonces ninguna ley se viola. Pero si la precognición realmente tiene algo que ver con el tiempo.

Cito el *Principio de Heisenberg*: Uno no puede observar algo sin afectarlo. Si uno observa el futuro, debe haber un intercambio de energía de algún tipo. Pero eso implica que el futuro que se está observando es el futuro; que ya existe; esa información está fluyendo hacia el pasado.

He indicado que esto viola la relatividad y la conservación de la energía. También involucra una ***Paradoja del abuelo***, si la información obtenida de un futuro se usa para crear otro. ¿Y si la información no puede usarse para cambiar el futuro, entonces que tan bueno puede ser eso?

¿Y qué hay sobre la bolsa de valores?

(5) El viaje hacia el futuro no es más difícil que la animación suspendida y una cápsula del tiempo buena y durable. Pero no puede volver a casa sin viajar hacia el pasado.

¿Esto le parece a cualquiera como coger piojos? Efectivamente lo es. ¿Es que nosotros consideramos las leyes de la relatividad y la conservación sagradas, y que nunca pueden ser rotas, ni incluso violadas por las excepciones? El cielo lo prohíbe.

Pero el viaje temporal viola leyes más básicas que las leyes de la conservación.

Nuestra creencia en las leyes de cualquier tipo presupone una creencia en la causa y efecto. Viajar en el tiempo altera la causa y efecto, trastocándolas. Con una

Paradoja del abuelo operando, el efecto ocurrirá antes de la causa, nunca la causa puede ocurrir para llegar al efecto, con resultados que ni siquiera son autoconsistentes.

Los personajes en las historias de viajes en el tiempo a menudo se quejan de que el inglés realmente no esta construido para manipular el viaje temporal. Los tiempos verbales infringen todas las reglas. Nosotros en el comercio llamamos a este problema el "*Dolor de cabeza excedrina número V-3.14159*".

Para verlo en acción, me gustaría citar de una de mis propias historias, *Pájaro en mano* [31]. Los personajes han infligido un daño catastrófico al pasado, y están discutiendo cómo repararlo.

"— Entonces, ¿qué podemos hacer?

Svetz meditó unos instantes.

— Intentaremos esto: enviarme a mí hacia atrás, hasta una hora antes de la llegada de Zeera. El automóvil no habrá desaparecido aún. Lo duplicaré, duplicaré el duplicado, y llevaré el duplicado invertido y el automóvil original a la gran jaula de extensión. Eso le permitirá a usted destruir el duplicado. Cuando usted se haya marchado reapareceré, dejaré el automóvil original y regresaré aquí con el duplicado invertido. ¿Qué le parece?

— Una gran idea. ¿Le importaría repetirlo?

— Vamos a ver. Enviarme a mí hacia atrás..."

Esto fue menos una disgresión de lo que parecía. El idioma inglés no puede manipular el viaje en el tiempo. Concluimos que nuestros antepasados al hacer nuestro idioma no tenían la mente equipada para ocuparse del viaje en el tiempo. Naturalmente quiéralo o no nuestro pensamiento es demasiado dependiente de nuestro idioma.

Hasta donde sé, ningún idioma viene equipado con los tiempos verbales como para manipular el viaje en el tiempo. Ningún idioma de la Tierra. Aun.

Pero entonces, ningún idioma estuvo equipado para ocuparse de los láseres, televisión, o vuelo espacial hasta que se desarrollaran láseres, televisión, y vuelo espacial. Las palabras los siguieron.

¿Si inventáramos el viaje en el tiempo, desarrollaríamos un idioma para manejarlo?

Necesitaríamos un tiempo pasado verbal básico, un tiempo pasado verbal alterado, un tiempo pasado verbal potencial (podría haber sido), un tiempo futuro verbal alterado, un tiempo verbal futuro cortado (para un futuro que ya no puede ocurrir), un tiempo presente verbal básico, un tiempo verbal del presente-del-

momento, un tiempo verbal presente adjunto (para usarlo mientras el vehículo se está moviendo a través del tiempo), un tiempo pasado futuro ("yo lo encontraré en el bombardeo de Pearl Harbor en media hora".), un tiempo futuro pasado ("Sólo un recuerdo que escogí a diez millones de años desde ahora), y muchos más. Nosotros necesitaríamos dos direcciones de flujo del tiempo por lo menos: el tiempo personal secuencial, y el tiempo universal, con un juego completo de tiempos verbales para cada uno.

Necesitaríamos pronombres para distinguir [usted del pasado] de [usted del futuro] y [usted del presente]. Después de todo, los tres usted pueden todos estar sentándose algún día alrededor de la misma mesa.

Entretanto (si Dios quiere que la palabra signifique algo), el viaje en el tiempo debe ser considerado una fantasía. Viola demasiadas leyes físicas y lógicas.

Por otro lado es una extraordinaria forma de fantasía, que satisface a los juegos de lógica. La tentación para formular una serie de leyes autoconsistentes para viajar en el tiempo son enormes. ¡Son tantos los escritores que lo han probado!

Veamos algunas de las posibilidades más populares:

La defensa del viaje temporal # I:

Asuma que: (1) Sólo se puede viajar hacia el futuro. (2) El Universo es cíclico respecto al tiempo, repitiéndose a sí mismo una y otra vez.

¡Esto trabaja! Todos lo que tiene que hacer es ir hacia el futuro hasta el colapso final del Universo cuando este se desploma en sí mismo, para pasar a través del Big Bang cuando explota de nuevo, y esperar hasta alcanzar el área del pasado que está buscando. Entonces usted asesina a Hitler en 1920, o usa la bomba H sobre los malditos yanquis en Appomatox, o cualquier otro sueño particular. No ocurre ninguna ***Paradoja del abuelo***.

Solamente consigue un nuevo futuro.

Ciertamente, la próxima versión de usted no hará el viaje. Ya que ha eliminado su motivo. Así en el próximo ciclo los malditos yanquis ganarán la Guerra Civil norteamericana, Hitler comandará Alemania en la II guerra mundial, y así lo demás. Excepto que ha introducido meramente un ciclo doble. No hay ninguna Paradoja.

Más aún, la máquina del tiempo debe ser nada más y nada menos que una cápsula de tiempo SUMAMENTE durable.

Las objeciones:

Tres: Primero, algunas personas no creen en el tiempo cíclico (yo no). Segundo,

localizar la era apropiada es un problema nada fácil de resolver cuando se tiene la vida entera del Universo para investigar. Tendría mucha suerte si puede encontrar cualquier sección de la historia humana. Tercero, remover su cápsula del tiempo de la reacción que lleva al Big Bang podría cambiar la configuración final de la materia, originando una historia completamente diferente.

La defensa del viaje temporal # II:

Conocida también como la *Teoría de las múltiples pistas temporales*.

Hay un miríada de realidades, de Universos. Para cada decisión hecha por cualquier forma de vida, ocurren ambas; o todas las posibles si hay más de dos opciones. Se crea un Universo para cada opción.

Entonces la conservación de materia y energía funciona sólo para el Universo de Universos. Uno puede mover las máquinas del tiempo de un Universo a otro.

¡Tiene que admitirlo es vistoso!

Todavía no puede visitar el pasado. Pero puede encontrar un Universo dónde las cosas ocurrieron más lento; donde Napoleón está a punto de luchar en Waterloo, o Nerón está a punto de ascender al trono. O, en lugar de cambiar el pasado, sólo necesita busca el Universo dónde el pasado transcurre como necesita que ocurra. El Universo que quiere indiscutiblemente existe (aunque puede que tenga que investigar largo tiempo, antes de hallar lo que quiere).

El sucedáneo al viaje temporal viene a ser un caso particular del desplazamiento lateral en el tiempo, un viaje entre las múltiples pistas temporales.

La popular historia de los “y-si” que ha fascinado a muchos escritores. Incluso O. Henry escribió al menos una. Desde nuestro punto de vista, el viaje entre pistas temporales mantiene las leyes de la conservación, la ***Paradoja del abuelo***, todo.

Odio las historias de pistas temporales.

Permítame mostrarle por qué.

Primero, son demasiado fáciles de escribir. No se necesita un cerebro para escribir las historias de mundos alternativos. Solo necesita un buen libro de historia.

¿En segundo lugar... alguna vez sudó por una decisión? Piense aproximadamente en alguna que realmente le dio problemas, porque supo que lo que hizo lo afectaría para el resto de su vida. Ahora imagine que para cada decisión hecha, el Universo cambia.

¿No se siente tonto? Sudando por algo tan trivial, cuando de todos modos va a tomar todas las opciones. Y si piensa que eso es tonto, considere todavía que uno de sus yo no puede decidir...

En el tercer lugar, la probabilidad no apoya la *Teoría de las pistas temporales*.

¿Hay seis maneras en que un dado puede caer, cierto? Lo que hace treinta y seis maneras en que dos dados pueden caer, incluyendo seis maneras de conseguir un siete. Cada manera en que los dados pueden caer determina un Universo. ¿Entonces la posibilidad de acabar en uno de los treinta y seis Universos es uno en treinta y seis, cierto?

Entonces no importa si los dados están cargados. Una oportunidad en treinta y seis, exactamente, es la ventaja para cada vez que los dados caen. Una oportunidad en seis, exactamente, de conseguir un siete.

Sin embargo la experiencia muestra que los dados están cargados.

La defensa del viaje temporal # III:

La idea de invertir el flujo del tiempo no es tan tonta como parece. La cita de un artículo de octubre de 1969 del *Scientific American*, *Experiments in time reversal*, de Oliver E. Overseth.

“Todos nosotros reconocemos vívidamente la manera en que fluye el tiempo; por ejemplo, nosotros tenemos considerable confianza en que el matrimonio cuidadosamente arreglado entre la ginebra y el vermut no va a ser anulado de repente en nuestro vaso, dejándonos con dos capas de líquido tibio y un trozo de hielo. Es un hecho curioso, sin embargo, que las leyes que mantienen la base de nuestra comprensión de los procesos físicos fundamentales (y presumiblemente de los procesos biológicos también) no favorezcan una dirección de la flecha de tiempo por encima de otra. Ellas podrían representar el Mundo así el tiempo fluya hacia atrás o hacia adelante y los martinis vinieran aparte en lugar ser creadas.”

¿El Universo realmente es invariante bajo la inversión del tiempo? Muchos físicos no lo creen. Overseth y su compañero Roth pasaron casi dos años buscando un caso en la física subatómica en que la invarianza bajo la inversión del tiempo no se conserva.

Ellos sabían exactamente lo que estaban haciendo. Estaban viendo (usando algunos instrumentos muy indirectos) el decaimiento de una partícula lambda en un protón más un mesón pi. La anomalía podría haber sido un valor no nulo por el componente beta del spin del protón.

El punto es que ellos no encontraron lo que estaban buscando. Han habido muchos de esos experimentos, y ninguno ha tenido éxito. A nivel subatómico, uno no puede decir si el tiempo está corriendo hacia atrás o adelante.

¿Un hombre determinado podría alcanzar el pasado invirtiéndose en el tiempo y esperando a que el ultimo año ocurra de nuevo?

La teoría actual dice que él invertiría el spin y la carga de cada partícula

subatómica en su cuerpo. La inversión de carga convierte la masa entera en antimateria.

¡BOOM!

Menos dramáticamente, allí esta la conservación de masa y energía. Revierta la flecha del tiempo en un cuerpo humano, y cualquier físico vería que dos personas han desaparecido.

Claramente esto no puede pasar. No podemos hacerlo de esa manera.

Podríamos invertir el punto de vista de un hombre con más éxito: enviar hacia atrás en el tiempo su mente. Si no hay realmente ninguna diferencia entre el pasado y futuro, excepto en la actitud, entonces debe ser posible.

Excepto que el viajero arriesga su memoria que puede quedar como una pizarra en blanco, una tabula rasa. Cuando él alcance la fecha designada no podría recordar qué hacer.

Pero allí esta aun la entropía: la tendencia al desorden en el Universo, y el efecto más obvio de "avanzar" en el tiempo. La entropía no es obvia cuando están involucradas pocas reacciones, como en el caso del movimiento de los planetas, o como cuando una partícula lambda se descompone. Cuando la nube en forma de hongo se forma al explotar una bomba de hidrógeno es difícil de devolver a su envoltura metálico. Ésa es la entropía.

Cualquier especialista en medicina geriátrica sabe sobre la entropía.

Probemos algo menos ambicioso.

Suponga que nosotros encontramos un grupo de partículas que se mueven hacia atrás en el tiempo (exactamente lo que Roth y Overseth y asociados podrían haber encontrado en sus experimentos, si la inversión del tiempo resulta ser válida, aunque la mayoría espera encontrar simplemente lo contrario). Ahora nosotros escribimos los mensajes en este grupo. Mensajes simples:

"Ben Azul en la sexta, 4/4/72."

¡Pero desde nuestro punto de vista, nosotros empezamos encontrando un mensaje y acabamos borrándolo! Y si saliera mal... Nosotros encontraríamos un mensaje:

"Ben Azul en la sexta, 4/4/72."

Nosotros le apostamos, y él pierde. ¿Y ahora que? ¿Podemos desescribir un mensaje diferente? ¿O simplemente se niega a borrarse en absoluto?

Pero si funcionara, podríamos hacer una fortuna. ¡Y prácticamente no viola ninguna Ley física conocida!.

Entretanto, Roth y Overseth y varios más están todos convencidos que debe haber

excepciones a la simetría del tiempo. Si ellos lo encuentran, todo ha terminado.

La defensa del viaje temporal # IV:

La más vieja de todas, regresando a los tiempos griegos. Los filósofos lo llaman fatalismo o determinismo. Un fatalista cree que todo lo que pasa esta predeterminado hasta el fin del tiempo; que cualquier esfuerzo por cambiar el futuro predeterminado está predestinado, y es una parte del propio futuro predeterminado.

Para un fatalista, las vistas del futuro son exactamente como el tradicional cuadro del pasado. Ambos son rígidos, inflexibles. La introducción de viaje temporal no alteraría el cuadro en absoluto, cualquier esfuerzo por parte de un viajero del tiempo por cambiar el pasado ha sido ya hecho, y es ya una parte del pasado.

El fatalismo ha sido la base para muchos de los cuentos de frenéticos viajeros en el tiempo atrapados en una telaraña de circunstancias tales que cada movimiento que hacen solo provoca actos que lo llevan a la calamidad que está intentando evitar. El boceto del argumento normal es el clásico de *Edipo Rey*; de hecho es el hombre batallando contra el Destino heroicamente y perdiendo.

Note cómo el fatalismo resuelve la ***Paradoja del abuelo***.

No puede matar a su abuelo, porque no lo hizo. Matará al hombre equivocado si lo intenta; o su arma no disparará.

El fatalismo estropea el aspecto del deseo-cumplimiento del viaje en el tiempo. Cualquiera que evita la ***Paradoja del abuelo*** hará eso. La ***Paradoja del abuelo*** es lo fundamental del deseo-cumplimiento.

Haga como que no ocurrió

El modo de conseguir lo más divertido del viaje temporal es aceptarlo como es. Olvide la *relatividad* y las *Leyes de la conservación*. Permita los cambios en el pasado, presente y futuro, inversiones en el orden de causa y efecto, efectos cuya causa nunca pasan...

El viaje en el tiempo fatalista también permite estas vueltas causales, pero ellos siempre son simples lazos cerrados sin partes perdidas. La aparición de una máquina del tiempo en alguna parte siempre implica su desaparición en otra parte y otro tiempo.

Pero con esta nueva y libre manera de viajar en el tiempo...

Nosotros asumimos que hay sólo una realidad, un pasado y un futuro; que puede

cambiarse a voluntad vía la máquina del tiempo. La causa y efecto pueden desviarse hacia el pasado; y a veces un lazo puede eliminarse, desaparecer del río del tiempo. El viajero que mata a su abuelo de seis años de edad elimina la causa de sí mismo, pero él y su maquina del tiempo permanecen hasta que incluso alguien más vuelva a cambiar el pasado.

Entre los estilos determinista y de libre albedrío, el viaje en el tiempo cae en una clase de compromiso:

Asumimos un tipo de inercia, o efecto de histéresis, o *Ley de conservación especial para el viaje temporal*. El pasado se resiste al cambio. Los cambios en el tiempo tienden a restaurarse. Mate a Carlomagno y alguien ocupara su lugar, conquiste su imperio, cásese con sus esposas, engendre sus hijos. Los cambios serán menores y locales.

Fritz Leiber usó la *Conservación de Eventos* con éxito en los relatos de la *Guerra del Cambio*. En *Intenta cambiar el pasado* [32] , su protagonista recorre distancias enormes para impedir que una bala perfore la cabeza de un hombre.

Él era sincero. Era su propia cabeza. Al final tiene éxito pero ve como un meteorito perfora al igual que una bala la cabeza de su otro yo.

Las probabilidades cambian para proteger la historia. En este aspecto esta es la forma más segura de viaje en el tiempo. Pero uno tiene que recordar que las probabilidades han cambiado.

Intente salvar a Jesús con una ametralladora, y de seguro esta se bloqueará

Pero si tuviera éxito matando a su propio abuelo de seis años de edad, ciertamente tendría una buena oportunidad de ocupar su lugar. La *Conservación de Eventos* exige que alguien ocupe su lugar; y todos los demás están ocupando su lugar. Excepto, una figura extraña de otro tiempo, ¡Tu!. ¡Ahora la *Conservación de Eventos* trabaja para protegerlo en su nuevo papel!

Además, ya estás llevando los genes del abuelo.

Ciertos tipos de viaje en el tiempo pueden ser posibles; pero cambiar el pasado no lo es. Y puedo demostrarlo.

DADO: Que el Universo permite viajar en el tiempo como cambiar el pasado.

ENTONCES: Una máquina del tiempo no se inventará en ese Universo.

Pero, si una máquina del tiempo se inventa en ese Universo, alguien cambiará el pasado de ese Universo. Hay simplemente demasiados futuros subsiguientes a la invención de una máquina del tiempo: demasiadas personas con demasiados buenos

motivos para entrometerse en demasiados eventos que ocurren en demasía en el pasado.

Si asumimos que no hay ninguna inercia histórica, ninguna *Conservación de Eventos*, entonces cada cambio origina un nuevo Universo entero. Cada viaje al pasado nos obliga a volver a tirar todos los dados. Cada mínimo cambio reescribe todos los libros de historia, hasta por azar y el interminable cambio nos lleva a un Universo dónde no se inventa ninguna máquina del tiempo, nunca, de ninguna especie.

Entonces ese universo no cambiaría.

Ahora asuma que hay una inercia histórica; que el pasado tiende a permanecer inalterado; las probabilidades cambian para proteger el tejido de eventos. ¿Cuál es el cambio más simple en la historia que protegerá al pasado de la interferencia?

Correcto. ¡No maquinas del tiempo!

Ley de Niven: Si el Universo permite la posibilidad del viaje en el tiempo y de cambiar el pasado, ninguna maquina del tiempo se inventará en ese Universo.

¿Si el viaje en el tiempo es tan evidentemente imposible, por qué cada escritor de ciencia ficción bueno o malo quiere escribir un relato nuevo y fresco sobre el viaje en el tiempo?

Es una forma de competencia. Ningún escritor cree que un campo este completamente agotado. Y ningún campo alguna vez lo está. Hay siempre algo nuevo que decir, si puede encontrarlo.

El viaje en el tiempo puede ser un vehículo, como un dispositivo para ir más-rápido-que-la-luz. Las mejores evidencias nos dicen que nada puede viajar más rápidamente que la luz. Pero los tercos escritores de ciencia ficción constantemente usan la nave espacial más-rápida-que-la luz. Si un personaje debe alcanzar la Nebulosa del Velo, y si el argumento demanda que su novia aun sea una jovencita cuando él vuelva, entonces él necesita viajar más rápido que la luz. Similarmente, tome el viaje en el tiempo para enfrentar a un hombre contra un dinosaurio, o para hacer coincidir a un hombre moderno contra los caballeros del Rey Arturo.

Hay cosas que un escritor no puede decir sin usar el viaje en el tiempo.

Porque, el viaje en el tiempo es tan encantadamente abierto al razonamiento tortuoso. Debería ya estar convencido de eso ahora.

El cerebro necesita ejercitarse con historias en Universos dónde los efectos pasan antes de sus causas; donde el héroe y su enemigo pueden estar trabajando cada uno para prevenir el nacimiento del otro; donde una pared de ladrillo no puede ser nada más sólido que un sueño, si uno puede eliminar al arquitecto de la historia.

¿Si uno pudiera viajar en el tiempo, qué deseo no podría conseguir? Todos los tesoros del pasado caerían ante un hombre con una ametralladora. Cleopatra y Elena de Troya podrían compartir su cama, si las soborna con un cofre lleno de cosméticos

modernos. El muerto regresaría a la vida, o cesaría absolutamente de existir.

¿Molesto por la contaminación? Podría detener a tiempo a Henry Ford, a tiempo...

No. Nosotros ya enfrentamos bastante inseguridad. Lea su periódico, y alégrese de que por lo menos su pasado está seguro.

Anexo 2: La máquina del tiempo

Paul Davies
Difícil sería construir una, pero quizá no imposible

El viaje en el tiempo ha sido un tema recurrente de la ciencia ficción desde que H. G. Wells escribiera su célebre novela *La máquina del tiempo* allá por 1895. Pero, ¿es posible construir una máquina que transporte un ser humano al pasado o al futuro?

Durante decenios, el viaje en el tiempo estuvo proscripto por la ciencia respetable. En los últimos años, sin embargo, parece como si los físicos teóricos se recrearan en ello. ¿No es acaso divertido cavilar sobre viajes en el tiempo? Pero la investigación tiene también una vertiente seria. Es capital comprender la relación entre causa y efecto si se quiere elaborar una *Teoría unificada de la física*. Caso de ser posible el viaje en el tiempo sin restricciones, aunque sólo fuera en principio, la naturaleza de tal *Teoría unificada* se vería radicalmente afectada.

Nuestro más penetrante conocimiento del tiempo proviene de las *Teorías de la relatividad* de Einstein. Antes de su formulación, se creía que el tiempo era absoluto y universal, idéntico para todos, sin importar cuáles fuesen las circunstancias físicas. En su *Teoría de la relatividad especial*, Einstein enunció que el intervalo medido por los relojes de un sistema de referencia entre dos sucesos dependía de su movimiento. Los relojes de dos sistemas de referencia que se muevan de manera diferente registrarán lapsos de tiempo distintos entre dos sucesos que ocurran en el mismo momento.

Es habitual describir ese efecto mediante ***La Paradoja de los gemelos***. Supongamos que Lola y Luis son gemelos. Lola se monta en una nave espacial y viaja a elevada velocidad hasta una estrella cercana, da media vuelta y regresa a la Tierra, donde le espera Luis. Para Lola la duración del periplo podría ser de un año, pongamos por caso, pero cuando desciende de la nave espacial se encuentra con que en la Tierra han transcurrido diez años. Su hermano es ahora nueve años mayor que ella. Lola y Luis ya no tienen la misma edad, a pesar de haber nacido el mismo día. Este ejemplo ilustra una clase limitada de viaje en el tiempo. En efecto, Lola ha avanzado nueve años hacia el futuro de la Tierra.

Desfase horario

El efecto, conocido como dilatación del tiempo, tiene lugar siempre que dos

sistemas de referencia se mueven uno respecto al otro. En la vida corriente no percibimos extrañas distorsiones del tiempo, porque el efecto sólo resulta palmario cuando el movimiento se realiza a velocidades cercanas a la de la luz. Incluso a la velocidad de un avión, la dilatación del tiempo en un viaje asciende sólo a unos pocos nanosegundos. Con todo, los relojes atómicos son tan precisos, que registran la deriva y confirman que realmente el tiempo se estira con el movimiento. De modo que el viaje hacia el futuro es un hecho probado, aun cuando sólo se haya experimentado en cuantía poco apasionante.

Para observar distorsiones del tiempo espectaculares hay que escudriñar más allá del ámbito de la experiencia ordinaria. Los grandes aceleradores impulsan las partículas subatómicas a una velocidad cercana a la de la luz. Algunas de estas partículas, como los muones, contienen un reloj intrínseco: se desintegran con una vida media determinada. En conformidad con la *Teoría de Einstein*, se observa que los muones que se mueven rápidamente en los aceleradores se desintegran a cámara lenta. Algunos rayos cósmicos también experimentan portentosas distorsiones del tiempo. Estas partículas se mueven a una velocidad tan próxima a la de la luz que atraviesan la galaxia en minutos, a pesar de que en el sistema de referencia de la Tierra parezca que les lleva decenas de miles de años. Si no ocurriera la dilatación del tiempo, esas partículas nunca hubiesen llegado aquí.

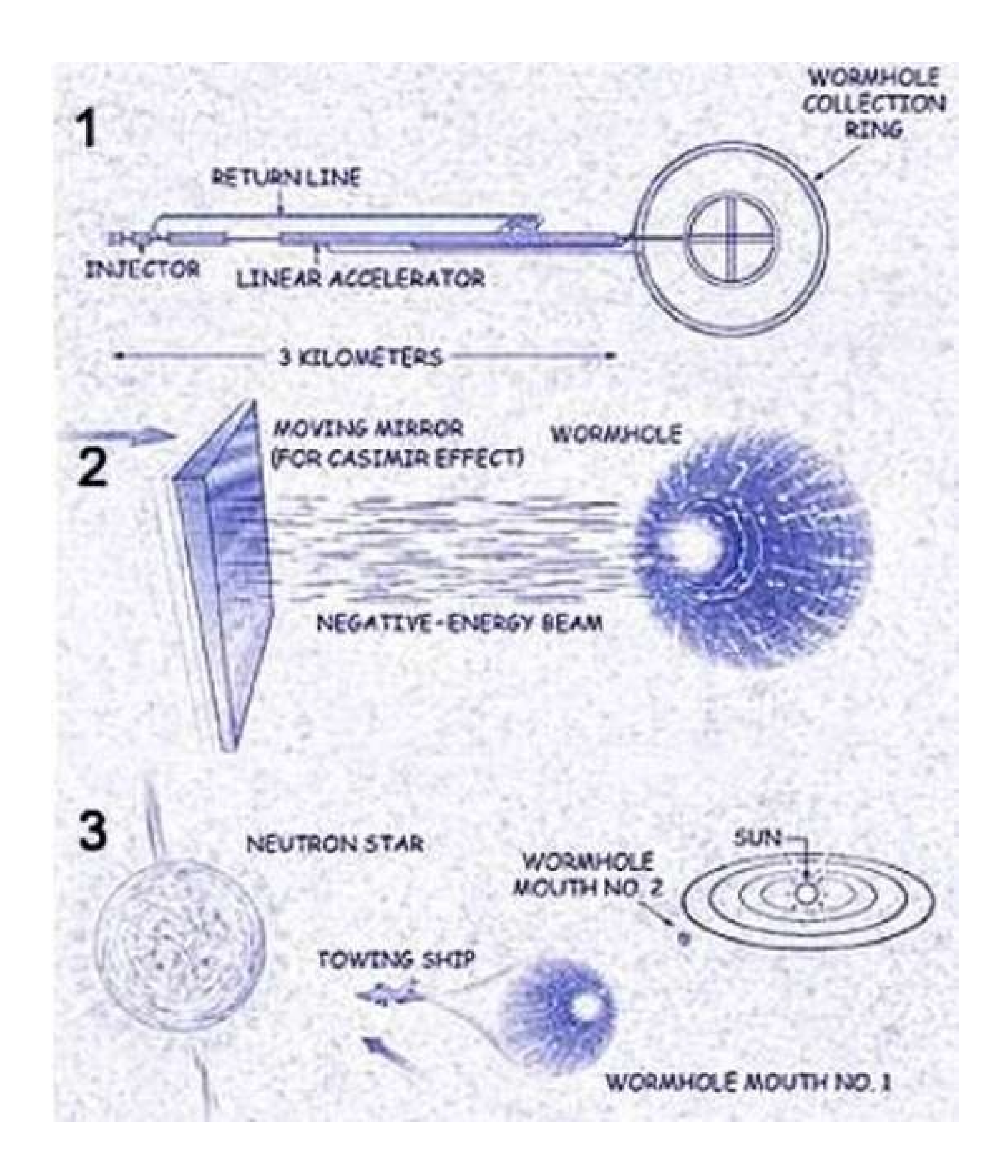
La velocidad es una manera de avanzar en el tiempo. La gravedad es otra. En su *Teoría general de la relatividad*, Einstein predijo que la gravedad retarda el tiempo. Los relojes avanzan un poco más rápido en el ático que en el sótano, que al estar más cerca del centro de la Tierra se halla inmerso más profundamente en el campo gravitatorio. De modo similar, los relojes avanzan más rápido en el espacio que en la Tierra. De nuevo el efecto es minúsculo, pero se ha medido directamente con relojes precisos. Para el Sistema de Posicionamiento Global (GPS) hubo que tener en cuenta estos efectos de distorsión temporal. Si no, marinos, taxistas y misiles crucero se apartarían muchos kilómetros de su ruta.

En la superficie de una estrella de neutrones, la gravedad adquiere tal intensidad, que el tiempo se retrasa un 30 por ciento con respecto al de la Tierra. Vistos desde esa estrella, los sucesos de aquí parecerían una película a cámara rápida. Un agujero negro representa la máxima distorsión del tiempo; en la superficie del agujero, el tiempo se detiene respecto al de la Tierra. Eso significa que, si cayésemos en un agujero negro desde sus alrededores, en el breve intervalo que nos llevaría alcanzar la superficie habría transcurrido para el resto del Universo una eternidad. El seno del agujero negro está por tanto más allá del final del tiempo, en lo que concierne al Universo exterior. Si un astronauta pasase a toda velocidad muy cerca de un agujero negro y regresara indemne, daría un gran salto hacia el futuro.

Solución de Gödel

Hasta ahora hemos tratado del Viaje en el tiempo hacia delante. ¿y para volver hacia atrás? Eso es mucho más problemático. En 1948 Kurt Gödel, por entonces en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, obtuvo una solución de las ecuaciones del campo gravitatorio de Einstein que describían un Universo en rotación; en él, un astronauta podría viajar a través del espacio hasta alcanzar su propio pasado. Se debería ello a la manera en la que la gravedad afecta a la luz en esa solución. La rotación del Universo arrastraría consigo la luz (y por tanto las relaciones causales entre los objetos), permitiendo que un objeto material viajara en una trayectoria cerrada en el espacio, que también se cerraría en el tiempo, sin que en ningún momento se sobrepasara la velocidad de la luz en la vecindad inmediata de la partícula. La solución de Gödel se dejó de lado como una curiosidad matemática; después de todo, las observaciones no muestran signo alguno de que el Universo en su conjunto esté girando. Su resultado sirvió, eso sí, para demostrar que la *Teoría de la relatividad* no proscribía el viaje hacia atrás en el tiempo. Efectivamente, Einstein confesó que le turbaba la idea de que su teoría permitiera viajar al pasado bajo algunas circunstancias.

Se han encontrado otros estados de cosas en los que cabría viajar al pasado. En 1974 Frank J. Tipler, de la Universidad de Tulane, calculó que un cilindro muy pesado, infinitamente largo, que girara en torno a su eje a una velocidad cercana a la de la luz, permitiría que los astronautas visitasen su propio pasado; la razón, de nuevo, estribaba en la luz, que sería arrastrada alrededor del cilindro a una trayectoria cerrada. En 1991, J. Richard Gott, de la Universidad de Princeton, predijo que las cuerdas cósmicas (unas estructuras que, según creen los cosmólogos, se crearon en las etapas primitivas de la gran explosión) podrían causar resultados similares. Pero a mediados de los años ochenta se había formulado ya la situación más realista para una máquina del tiempo; se fundaban en el concepto de agujero de gusano.



La maquina del tiempo de un agujero de gusano en tres pasos.

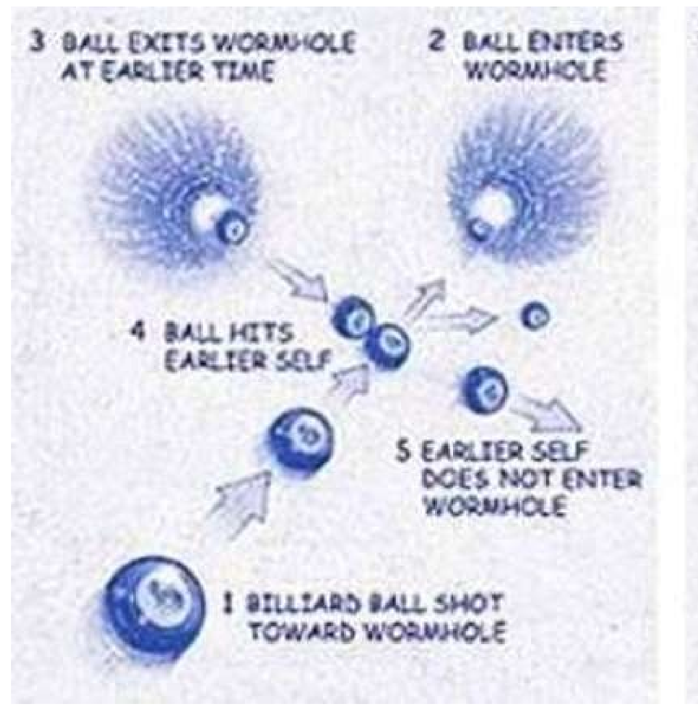
1 Encuéntrese o constrúyase un agujero de gusano: Un túnel que conecta dos lugares diferentes del espacio. En las profundidades del espacio podría haber grandes agujeros de gusano, reliquias de la gran explosión:. De no ser así, habría que conformarse con agujeros de gusano subatómicos, ya fueran naturales (se piensa que aparecen y desaparecen efímeramente por todas partes a nuestro alrededor) o artificiales (producidos por un acelerador de partículas, como se ilustra aquí). Estos agujeros de gusano tendrían que agrandarse hasta un tamaño útil, quizá por medio de campos energéticos como los que causaron la inflación del espacio poco después de la gran explosión.

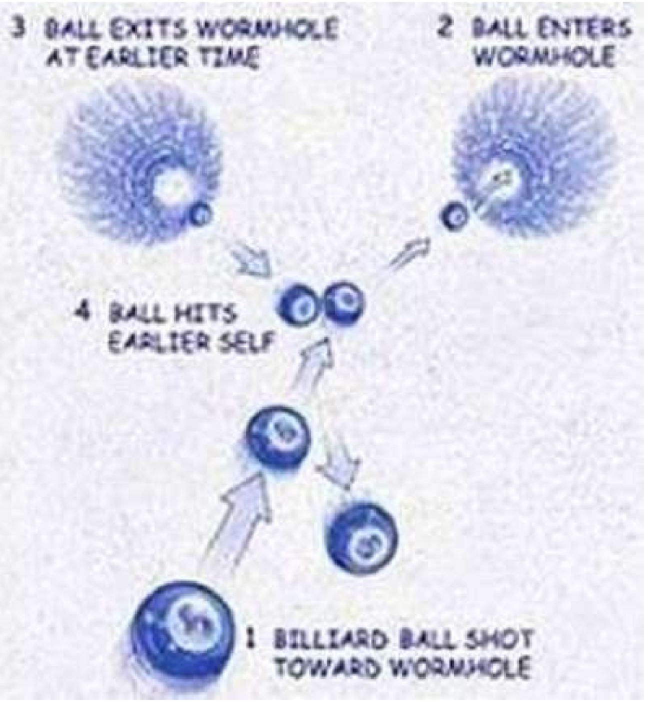
2 Estabilícese el agujero: Una inyección de energía negativa, producida por medios cuánticos, por el efecto Casimir quizá, permitiría que una señal u objeto atravesara sano y salvo el agujero de gusano. La energía negativa contrarresta la

tendencia del agujero de gusano a desmoronarse y convertirse en un punto de densidad infinita o casi infinita. En otras palabras, impide que el de gusano se convierta en agujero negro.

3 Remolcar el agujero de gusano: Una nave espacial, dotada de una técnica muy avanzada, separaría las dos entradas del agujero de gusano. Se situaría un acceso cerca de la superficie de una estrella de neutrones, un astro sumamente denso con un intenso campo gravitatorio. La gravedad, enorme, haría que el tiempo fuese más despacio allí. Como el tiempo transcurrirá más rápido en la otra boca del agujero de gusano, los dos accesos quedarán separados no sólo en el espacio, sino también en tiempo.

Los agujeros de gusano ofrecerían un atajo entre dos puntos muy separados del espacio. Al saltar a uno, apareceríamos, momentos después, en el otro lado de la galaxia. Encajan de manera natural en la *Teoría general de la relatividad*, donde la gravedad no sólo distorsiona el tiempo, sino también el espacio. La teoría permite que haya conexiones, similares a un túnel, entre dos puntos del espacio. A un espacio así los matemáticos lo llaman múltiplemente conexo. Al igual que un túnel que pase por debajo de un monte resultará más corto que la carretera que rodee la ladera, un agujero de gusano sería un camino más breve que la ruta usual por el espacio ordinario.





La madre de todas las paradojas

La célebre ***Paradoja de la madre*** (a veces formulada empleando otra relación de parentesco) se plantea cuando las personas o los objetos pueden viajar hacia atrás en el tiempo. Hay una versión simplificada: una bola de billar pasa por una máquina del tiempo de agujero de gusano. Al salir, choca consigo misma e impide su propia entrada en el agujero de gusano.

La Paradoja se resuelve teniendo en cuenta algo bien simple: la bola de billar no puede hacer nada que sea incompatible con la lógica o las leyes de la física. No puede pasar por el agujero de gusano de suerte tal, que impida que pase por el agujero de gusano. Pero nada obsta para que lo atraviese de muchas otras maneras.

Carl Sagan recurrió a los agujeros de gusano como dispositivos ficticios en la novela *Contacto,* de 1985. Kip S. Thorne y sus colaboradores del Instituto Tecnológico de California, azuzados por Sagan, se propusieron averiguar si eran compatibles con la física conocida. Partieron de que un agujero de gusano se parecería a un agujero negro en que su gravedad sería enorme. Pero al revés que un agujero negro, que ofrece un camino de sentido único hacia ningún lado, un agujero de gusano tendría salida y no sólo entrada.

Materia exótica

Para que el agujero de gusano se pudiera atravesar, debería contener lo que Thorne calificó de materia exótica, generadora de antigravedad, para combatir la tendencia natural de los cuerpos con mucha masa a convertirse en agujeros negros por su propio peso. Se sabe que en algunos sistemas cuánticos existen estados con energía negativa; las leyes de la física, pues, no vedan la materia exótica de Thorne, aunque no está claro que se pueda juntar tanta substancia antigravitatoria como para estabilizar un agujero de gusano.

Thorne y sus colaboradores comprendieron que, si se pudiese crear un agujero de gusano estable, también se lo podría convertir en una máquina del tiempo. Un astronauta que lo cruzara no sólo saldría en cualquier lugar del Universo, sino en cualquier época: bien en el futuro, bien en el pasado.

Para adaptar el agujero de gusano al viaje en el tiempo, habría que arrastrar uno de sus accesos hasta las cercanías de una estrella de neutrones; habría que dejarlo cerca de la superficie de ésta. La gravedad de la estrella ralentizaría el tiempo cerca de esa entrada, de manera que se iría acumulando una diferencia de tiempo entre los extremos del agujero de gusano. Si ambos accesos se emplazaran luego en un lugar idóneo del espacio, esa diferencia de tiempo quedaría congelada.

Supongamos que la diferencia fuera de 10 años. Un astronauta que atravesara el agujero de gusano en una dirección saltaría 10 años hacia el futuro, mientras que otro

que lo atravesara en sentido contrario saltaría 10 años hacia el pasado. Regresando a su punto de partida a elevada velocidad por el espacio ordinario, el segundo astronauta volvería a casa antes de haber salido. En otras palabras, una trayectoria cerrada en el espacio se podría convertir, asimismo, en una trayectoria cerrada en el tiempo. La única restricción consiste en que el astronauta no podría regresar a un tiempo anterior al de la construcción del agujero de gusano.

Un problema colosal que se interpone en la fabricación de una máquina del tiempo a partir de un agujero de gusano es la creación del agujero de gusano en sí. Pudiera acontecer que en el espacio se den estructuras de ese tipo de manera natural, como reliquias de la gran explosión. En tal caso, una supercivilización podría hacerse con el control de una de ellas. O bien podrían aparecer agujeros de gusano a escalas minúsculas, a la llamada longitud de Planck, unos 20 órdenes de magnitud menor que el núcleo atómico. En principio, cabría estabilizar un agujero de gusano tan diminuto mediante un impulso de energía, para luego agrandarlo hasta una dimensión que permitiera su uso.

Paradojas

Suponiendo que se resolvieran los problemas de ingeniería, la producción de una máquina del tiempo abriría una caja de Pandora de paradojas causales. Piénsese, por ejemplo, en un viajero por el tiempo que visitara el pasado y asesinase a su madre cuando aún era niña. ¿Cómo se puede racionalizar esto? Si la niña muere, no puede llegar a ser la madre del viajero en el tiempo. Pero si el viajero en el tiempo nunca nació, no podría regresar para matar a su madre.

Las paradojas de este tipo surgen cuando el viajero en el tiempo intenta cambiar el pasado, lo cual está claro que es imposible. Pero eso no impide que alguien forme parte del pasado. Supongamos que el viajero en el tiempo regresa y salva a una niña de ser asesinada, y esa niña es su madre. El lazo causal es entonces coherente; no constituye ninguna paradoja. La congruencia causal impone restricciones a lo que un viajero en el tiempo pueda hacer, pero no excluye la posibilidad del propio viaje.

Aun cuando el viaje en el tiempo no fuera, en sentido estricto, paradójico, no dejaría de resultar muy extraño. Un viajero del tiempo se adelanta un año y lee algo sobre un nuevo teorema matemático en un futuro número de *Investigación y Ciencia*. Apunta los detalles, regresa a su propio tiempo y le enseña el teorema a un estudiante, que lo escribe para *Investigación y Ciencia*. Artículo, claro está, que es el que ha leído el viajero del tiempo. La cuestión que se plantea es: ¿de dónde provino la información sobre el teorema? No del viajero del tiempo, que la leyó, ni del estudiante, que la obtuvo del viajero del tiempo. La información al parecer no

proviene de ninguna parte, de ningún raciocinio.

Las extrañas consecuencias que derivan del viaje en el tiempo han llevado a algunos a rechazar la idea misma. Stephen W. Hawking, de la Universidad de Cambridge, propuso una *Conjetura de protección de la cronología*, que impediría los lazos causales. Puesto que la *Teoría de la relatividad* permite tales bucles causales, la protección de la cronología requeriría que interviniese algún otro factor que impidiera el viaje al pasado. ¿Cuál? De entrada, los procesos cuánticos. Con la existencia de una máquina del tiempo las partículas regresarían a su propio pasado. Los cálculos indican que la perturbación producida se reforzaría a sí misma; se crearía una fuente incontrolada de energía que acabaría por desbaratar el agujero de gusano.

La *protección de la cronología* es, por ahora, tan sólo una conjetura; por tanto, el viaje en el tiempo sigue siendo posible. La resolución definitiva de esta cuestión quizá tenga que esperar a que se logre la unificación de la mecánica cuántica y la gravitación, gracias a la *Teoría de cuerdas* o a su extensión, la llamada *Teoría M*. Cabe incluso especular que, con la próxima generación de aceleradores de partículas, se puedan crear agujeros de gusano subatómicos que sobrevivan lo suficiente como para que las partículas cercanas trencen lazos causales efímeros. No tendría mucho que ver con la máquina del tiempo que imaginaba Wells, pero cambiaría para siempre nuestra concepción de la realidad física.

Bibliografía complementaria

Física cuántica de los viajes a través del tiempo. David Deutsch y Michael Lockwood, *Investigación y Ciencia*, páginas 48-54, Mayo de 1994.

Black holes and time warps: Einstein's outrageous legacy. Kip S. Thorne, W. W. Norton, 1994.

Time travel in Einstein's Universe: the physical possibilities of travel through time. J. Richard Gott III, Houghton Mifflin, 2001.

How to build a time machine. Paul Davies, Viking, 2002. *Revista Investigación y Ciencia* 314, Noviembre de 2002.

Notas

[1] Matemático y astrónomo norteamericano (1835-1909). Fue profesor en la universidad John Hopkins y autor de tablas de constantes astronómicas.

[2] La batalla de Hastings (1066) terminó con la derrota de Haroldo II, rey de los anglosajones, a manos de Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, que era uno de los pretendientes a la corona inglesa. Invadió Inglaterra, y con su triunfo, los normandos se convirtieron en los amos de la isla.

[3] Homero: poeta épico griego autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Murió hacia el año 850 a. C.. Platón: filósofo griego (428-347 a. C.). Es uno de los grandes clásicos de la filosofía y de la literatura universales. Entre sus obras se encuentran los *Diálogos* y *La República*. El personaje de Wells los menciona como paradigmas de la lengua griega.

[4] Antigua ciudad inglesa. Durante largo tiempo Burslem fue el principal centro alfarero de Inglaterra.

[5] En castellano Tubinga, ciudad alemana, famosa por su universidad, que fue la antigua capital de Württemberg-Hohenzollern.

[6] Se refiere a Nabucodonosor II (605-562 a. C.), rey de babilonia, que según el libro de Daniel 4, 25-34, pasó por periodos de locura y cordura en castigo por sus pecados e iniquidades.

[7] Se refiere al político británico Archibald Philip Primrose, conde de Rosebery (1847-1929). Fue rector de tres universidades británicas, Ministro de Asuntos Exteriores, y posteriormente Primer Ministro de Inglaterra.

[8] Ciudad de Sajonia (Alemania Oriental) conocida entre otras cosas por su cerámica de alta calidad. Fue precisamente en Sajonia donde el físico alemán Ehrenfried Walter von Tschimaus (1651-1700) obtuvo por primera vez en Europa la cerámica dura mencionada por Wells.

[9] El segundo río en longitud de Gran Bretaña. Atraviesa la ciudad de Londres y a partir de ahí es navegable hasta la desembocadura.

[10] Mamífero desdentado de talla mediana y aspecto deforme. Tiene dos o tres dedos con uñas muy desarrolladas, que le sirven para desplazarse generalmente en posición colgante.

[11] Es una obra escrita en 1516 por el inglés Thomas More (1478-1535), que presenta un sistema ideal de gobierno y considera la propiedad privada como fuente de todos los males.

[12] Charles Grant Blairfindie, llamado Grant Allen (1848-1899), naturalista y novelista inglés. Discípulo de Spencer y autor de varias novelas.

[13] No se refiere el autor al célebre naturalista inglés Charles Darwin y a sus

teorías sobre la evolución de las especies, sino a su hijo sir George Howard Darwin (1845-1912), profesor de física y astronomía en Cambridge y autor de varias obras científicas sobre astronomía.

[14] Barrios industriales y populares de la parte oriental de Londres, cuyo bajo nivel de vida contrasta con los opulentos barrios residenciales del *West End*.

[15] Aglomeración de la zona suburbana en el Sur de Londres.

[16] O carolingios. Familia franca que dominó gran parte de Europa desde mediados del siglo VIII hasta fines del siglo IX. El autor alude al hecho de que los monarcas carolingios llegaron a acumular en sus manos un poder inmenso que posteriormente fueron perdiendo gradualmente (al igual que ocurre con los Eloi) hasta convertirse en meras figuras decorativas.

[17] Diosa de la venganza en la mitología helénica. Es la encargada de que los excesos de prosperidad o de orgullo vayan seguidos de grandes desgracias.

[18] La estrella más brillante del cielo (hemisferio norte).

[19] Es el movimiento rotatorio retrógrado del eje de la Tierra que produce un desplazamiento gradual de los equinoccios hacia el oeste. Debe señalarse que Wells comete un error de cálculo al afirmar que se habían producido cuarenta precesiones durante los 802.701 años que había avanzado el Viajero a través del Tiempo: las precesiones se realizan cada 25.960 años, por lo que durante ese lapso sólo podrían haberse producido alrededor de treinta precesiones.

[20] Thomas Carlyle (1795-1881), historiador y crítico británico, puso especial énfasis en demostrar la influencia determinante de los grandes hombres en la historia de la humanidad.

[21] Distrito del SurOeste del Gran Londres, en la orilla derecha del Támesis.

[22] Parque situado en el SurOeste de Londres.

[23] Género de dinosaurios fósiles del grupo de los saurópodos.

[24] Museo londinense fundado en 1835. En 1899 se le cambió el nombre por el de *Victoria and Albert Museum*. Conserva importantes muestras de escultura, pintura, lacas, orfebrería, mobiliario y otros exponentes de las artes decorativas.

[25] Puede ser, naturalmente, que el suelo no estuviese inclinado, sino que el museo estuviera construido en la ladera de la colina (Nota del Editor).

[26] *Transacciones filosóficas*, publicación de la «Royal Society of London», equivalente a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas, y Naturales.

[27] Fósil de figura cónica o de maza. En la extremidad de la concha interna que tenían ciertos moluscos marinos que vivieron el los períodos Jurásico y Cretáceo.

[28] Dícese de la roca que contiene oolitos (cuerpos formados por envolturas minerales de substancias calcáreas o de óxido de hierro o de silicio).

[29] Aquí hay un error: las primeras bombas atómicas utilizadas por los *Estados*

Unidos de América para el genocidio humano fueron utilizadas en Japón en las ciudades de Hiroshima (6 de Agosto de 1945) y en Nagasaki (9 de Agosto de 1945), una año antes del fallecimiento de H. G. Wells (Nota del lector).

[30] Ambos eran vehículos filosóficos, no más. A Wells le gustaba predicar.

[31] *Bird in the hand*, © 1970 by Mercury Press Inc.. Traducido por ? en *Antología de novelas de anticipación 18*, Acervo.

[32] *Try and change the past*, *Astounding Science Fiction*, Marzo de 1958.